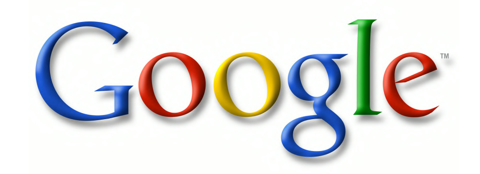


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

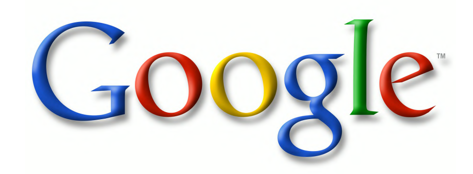
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`







233657 f

HISTORIA
DE LA FLORIDA

POR EL INCA

GARCILASO DE LA VEGA.

NUEVA EDICION.

TOMO III.

MADRID.
IMPRENTA DE VILLALPANDO.
1803.

BODLEIAN
16 DEC 1932
LIBRARY



HISTORIA DE LA FLORIDA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Sucesos del exército hasta llegar á Guaxule y á Ichiaba.

Ya diximos que el Gobernador y su exército habian salido de Xuala, y caminado cinco dias por el despoblado que hay hasta Guaxule. Es de saber, volviendo atrás con nuestro cuento, que el mismo dia que salieron del pueblo Xuala, echaron menos tres esclavos que se habian huido la noche antes, los dos eran negros de nacion, criados del Capitan Andres de Vasconcelos de Silva, y el otro era morisco, de Berberia, esclavo de Don Carlos Enriquez, caballero natural de Xerez de Badajoz; de quien atrás hicimos

tomádola por el suelo, de una brazeada, como quien siembra, derramó por el monte, y hervazal todas las perlas por no llevarlas acuestas, con ser un hombre tan robusto y fuerte que llevára poco menos carga que una acemila, lo qual hecho volvió la taleguilla á las alforjas como si valiera mas que las perlas, y dexó admirado á su amigo y á todos los demás que vieron el disparate, los quales no imaginaron que tal hiciera, porque á sospecharlo todavia se lo estorvaran, porque las perlas valian en España mas de seis mil ducados, porque eran todas gruesas del tamaño de avellanas y de garbanzos gordos, y estaban por horadar, que era lo que mas se estimaba en ellas; porque tenian su color perfecto, y no estaban ahumadas, como las que se hallaron horadadas. Hasta treinta de ellas volvieron á recoger rebuscándolas entre yerbas

y matas, y viéndolas tan buenas se dolieron mucho mas de la perdicion hecha, y levantaron un refran comun que entre ellos se usaba, que decia: *no son perlas para Juan Terron.* El qual nunca quiso decir donde las hubo; y como los de su camarada se burlasen con él muchas veces despues del daño, y le motejasen de la locura que habia hecho, que conformaba con la rusticidad de su nombre, les dixo un dia que se vió muy apretado: Por amor de Dios que no lo menteis mas, porque os *certifico, que todas las veces* que se me acuerda de la necedad que hice, me dan deseos de ahorcarme de un árbol. Tales son los que la prodigalidad incita á sus siervos, que despues de haberles hecho derramar en vanidad sus haciendas, les provoca á desesperaciones. La liberalidad, como virtud tan excelente, recrea con gran suavidad á los

que la abrazan y usan de ella.

Sin haberles acaecido otra cosa que sea de contar, habiendo caminado cinco jornadas por la sierra, llegaron los Castellanos á la provincia y pueblo de Guaxule, el que estaba asentado entre muchos rios pequeños que pasaban por la una parte y por la otra del pueblo, los quales nacian de aquellas sierras que los Españoles pasaron, y de otras que adelante habia.

El señor de la provincia, que tambien habia el mismo nombre Guaxule, salió media legua del pueblo, y sacó en su compañia quinientos hombres nobles, bien aderezados de ricas mantas, de divers pelleginas, y grandes plumages s bre sus cabezas, conforme al comun de toda aquella tierra: este aparato recibió al Goberna mostrándole señales de amor, y bládole palabras de mucho con

miento, *dichas* con todo buen semblante señoril: llevóle al pueblo, que era de trescientas casas, y lo aposentó en la suya, que con el recaudo de los Embaxadores de la señora de Cofachiqui la tenia desembarazada para su alojamiento, y prevenidas otras cosas para mejor le servir. La casa estaba en un cerro, alto como de otras semejantes hemos dicho. Tenia toda ella al derredor un paseadero, que podian pasearse por él seis hombres juntos.

En este pueblo estuvo el Gobernador quatro dias, informándose de lo que por la comarca habia: de allí fue en seis jornadas de á cinco leguas á otro pueblo y provincia llamada Ychiaha, cuyo señor habia el mismo nombre. El camino que llevó en estas seis jornadas fue seguir el agua abaxo los muchos arroyos que por Guaxule pasaban, los quales, todos juntándose en poco espa-

yor que Guadalquivir p

Este pueblo Ychiaha

tado á la punta de una g
mas de cinco leguas en l
rio hacia. El cacique sali
al Gobernador, y le h
fiesta, con todas las demo
de regocijo y amor que p
trar, y los Indios que co
xo hicieron lo mismo con
ñoles, que holgaron muc
ver: y pasándolos por el r
chas canoas y balsas que p
efecto tenian apercibidas, los
taron en sus casas como á
hermanos, y en el mismo g
todo el dem

cho que *se habian holgado* de haberlos conocido. En Ychiaha hizo el Gobernador las diligencias que en los demas pueblos y provincias hacia, informándose de lo que en la tierra y su comarca habia. El curaca, entre otras cosas que en respuesta de lo que le preguntaron dixo, *fue*, *que treinta* leguas de allí habia minas del metal amarillo que buscaban, y que para certificarse de ellas enviase su *señoria* dos Españoles, ó mas los que quisiese, que las fuesen á ver, que él daria guias que seguramente los llevasen y traxesen. Oyendo esto, se ofrecieron dos Españoles á ir con los Indios, el uno se llamaba Juan de Villalobos, natural de Sevilla, y el otro Francisco de Silvera, natural de Galicia, los quales se partieron luego, y quisieron ir á pie y no á caballo, aunque los tenian, por hacer mejor diligencia y en mas breve tiempo.

CAPITULO II.

Como sacan las perlas de sus conchas. Relacion que traxeron los descubridores de las minas de oro.

Luego otro dia que los dos Españoles se fueron á ver las minas de oro que tanto deseaban hallar, vino el curaca á visitar al Gobernador, y le hizo un presente de una hermosa sarta de perlas, que sino fueran agujereadas con fuego, fuera una gran dadiva, porque la sarta era de dos brazas, las perlas como avellanas, y todas casi parejas de un tamaño. El Gobernador las recibió con mucho agradecimiento, y en recompensa le dió piezas de terciopelo, paños de diversos colores, y otras cosas de España que el Indio tuvo en mucho, al qual preguntó el Gobernador, si aquellas perlas

se pescaban *en su* tierra. El cacique respondió que sí, y que en el templo y entierro que en aquel mismo *pueblo* tenia de *sus padres* y abuelos, habia mucha cantidad de ellas: que si las queria se las llevase todas, ó la parte que quisiese. El Adelantado le dixo, que agradecia su *buena voluntad*, *que aunque* las deseara, no hiciera agravio al entierro de sus mayores, quanto mas que no las queria: que *aun las* que le habia dado en la sarta las habia recibido por ser dadiva de sus manos, que no queria saber mas de como se sacaban de las conchas donde se criaban.

El cacique dixo, que otro dia á las ocho de la mañana lo veria su señoria, que aquella tarde y la noche siguiente las pescarian los Indios. Luego al mismo punto mandó despachar quarenta canoas, con órden que á toda diligencia pescasen

[redacted]

las conchas, y volviesen por la mañana. La qual venida, mandó el curaca, antes que las canoas llegasen, traer mucha leña, y amontonarla en un llano, ribera del rio, y la hizo quemar, y que se hiciese mucha brasa. Luego que las canoas vinieron mandó tenderla, y echar sobre ella las conchas que los Indios traian, las quales, con el calor del fuego se abrian, y daban lugar á que entre la carne de ellas buscasen las perlas. Casi en las primeras conchas que se abrieron sacaron los Indios diez ó doce perlas gruesas como garbanzos medianos, y las traxeron al curaca y al Gobernador, que estaban juntos mirando como las sacaban, y vieron que eran muy buenas en toda perfeccion, salvo que todavia el fuego con su calor y humo les ofendia su buen color natural.

El Gobernador, habiendo visto sacar las perlas, se fue á comer á

su posada, *y poco despues* que hubo *comido*, entró un soldado natural de Guadalcanal, que habia por *nombre Pedro* Lopez, el qual descubriendo una *perla* que en *la* mano traia dixo: Señor, comiendo de las ostras que hoy traxeron los Indios, de las quales llevé unas pocas á mi *posada, y las hice* cocer, topé esta entre los dientes, que me los hubiera quebrado, y por parecerme buena la traigo á *vuesa* señoria, para que de su mano la envie á mi señora Doña Isabel de Bobadilla. El Adelantado le respondió diciendo: Yo os agradezco vuestra buena voluntad, y he por recibido el presente y la gracia que haceis á Doña Isabel para os la agradecer, y satisfacer en qualquiera ocasion que se os ofrezca; mas la perla será mejor que la guardeis y que la lleven á la Habana, para que del valor de ella os traigan *un par* de caballos,

dos yeguas, y otra cosa que habeis menester. Lo que yo haré por el buen ánimo que nos habeis mostrado será, que de mi hacienda pagaré el quinto que le pertenece á la de su magestad.

Los Españoles que con el Gobernador estaban, miraron la perla, y los que de ellos presumian algo de lapidarios, la apreciaron que valia en España quatrocientos ducados, porque era del tamaño de una gruesa avellana con su cáscara y todo, redonda en toda perfeccion, y de color claro y resplandeciente, que como no habia sido sacada con fuego como las otras, no habia recibido daño en su color y hermosura. Damos cuenta de estas particularidades aunque tan menudas, porque por ellas se vea la riqueza de aquella tierra.

Un dia de los que los Españoles estuvieron en este pueblo de Ychia-

ha, acaeció una desgracia que á todos ellos lastimó mucho, y fue, que un caballero, natural de Badajoz, llamado Luis Bravo de Xerez, andando con una lanza en la mano paseándose por un llano cerca del rio, vió pasar un perro cerca de sí: tiròle la lanza con deseo de matarle para comerselo, porque por la falta general que en toda aquella tierra habia de carne, comian los Castellanos quantos perros podian haber á las manos. Del tiro no acertó al perro, y la lanza pasó deslizándose por el llano adelante hasta caer por la barranca abaxo en el rio, y acertó á dar por la una sien, y salir por la otra á un soldado que con una caña estaba pescando en él, de que cayó luego muerto. Luis Bravo, descuidado de haber hecho tiro tan cruel, fue á buscar su lanza, y la halló atravesada por las sienes de Juan Mateos, que así habia él



nombre el soldado: era natural de Almendral, el qual solo, entre todos los Españoles que andaban en este descubrimiento, tenia canas, por las quales todos le llamaban padre, y respetaban como si lo fuera de cada uno de ellos, y así generalmente sintieron su desgracia, que habiéndose ido á holgar lo hubiesen muerto tan miserablemente. Tan cerca como cierta tenemos la muerte en todo tiempo y lugar.

Las cosas referidas sucedieron en el real, entretanto que los dos compañeros fueron, y vinieron de descubrir las minas, los quales gastaron diez dias en su viage. Dixeron que las minas eran de muy fino azofar, como el que atras habian visto, mas que entendian, segun la disposicion de la tierra, que no dexarian de hallarse minas de oro y de plata si buscasen las vetas y mineros. Demas de esto dixeron, que la tierra que

habian visto era toda muy buena para sementeras y pastos, y que los Indios por los pueblos que habian pasado los habian recibido con mucho amor y regocijo, y les habian hecho mucha fiesta y regalo, tanto que cada noche despues de haberles banqueteado, les enviaban dos mozas hermosas que durmiesen con ellos, y los entretuviesen la noche, mas que ellos no osaban tocarlas, temiendo no les flechasen otro dia los Indios, porque sospechaban que se las enviaban para tener ocasion de los matar si llegasen á ellas. Esto temian los Españoles, y quizá sus huespedes lo hacian por regalarlos demasiadamente, viendo que eran mozos, porque si quisieran matarlos, no tenian necesidad de buscar achaques.

en Acoste y en Coza. Hos[

que en estas provincias

les hizo.

Recibida la relacion de las
de oro que fueron á descubrir
dó el Gobernador apercibir
dia siguiente la partida, la q
cieron nuestros Castellanos, d
al curaca y á sus Indios pri
les muy contentos de las d
que el General y sus capita
dieron por el hospedage que
cieron.

Caminaron aquel dia la isl
xo, que como diximos era de
leguas en largo A la punta d

bió á los Castellanos muy de otra manera que el cacique de Ychiaha, porque no les mostró semblante alguno de amistad, antes estaba puesto en arma con mas de mil y quinientos Indios de guerra, bien compuestos de plumages, y apercibidos de armas, las quales traian en las manos *sin las* querer dexar, aunque habian recibido ya á los Españoles en su pueblo, y se mostraban tan bravos y ganosos de pelear, que no habia Indio que hablando con el Español no presumiese clavarle los dedos en los ojos, y así lo acometian á hacer, y si les preguntaban algo respondian con tanta soberbia, sacudiendo y blandiendo los brazos con los puños cerrados, señales que ellos hacen quando quieren pelear, que no se les podia sufrir la desvergüenza que tenian, ni las palabras y ademanes, que todos provocaban á batalla; de tal manera que muchas ve-

diciéndoles, que sufri
que hiciesen los Indios,
no quebrar el hilo que h
bian traido desde que sa
belicosa provincia de A
se hizo como el Goberna
dó: mas aquella noche
los otros la pasaron toda
sus esquadrones, como ene
clarados.

El dia siguiente se
los Indios mas afables, y
y los mas principales vin
nuevo semblante á ofrecer
bernador todo lo que en s
tenian, y le dieron zara pa
mino. Entendióse ...

deció el *ofrecimiento* y *les* pagó el maiz, de que ellos quedaron contentos. El mismo dia salió del pueblo, y pasó el rio en canoas y balsas, de que habia gran cantidad, y daban todos gracias á Dios que los hubiese sacado del pueblo Acoste sin haber quebrado la paz que hasta allí habian *traido.*

Salidos de Acoste, entraron en una gran provincia llamada Coza. Los Indios salieron á recibirles de paz, y les hicieron toda buena amistad, dándoles para el camino bastimento y guias de un pueblo á otro.

El curaca y señor de esta provincia habia el mismo nombre que ella, la qual, por donde los Españoles la pasaron, tenia mas de cien leguas de largo, todas de tierra fértil y muy poblada, tanto que algunos dias que caminaron por ella pasaban por diez y por doce pueblos, sin los que dexaban á una ma-

cho contento y regocij
los christianos, y los ho
sus casas, y de muy bu
tad les daban quanto ten
el camino les iban sirvie
un pueblo hasta llegar
quando estos los habian
volvian aquellos. De esta
llevaron por todas las c
alojándose los Españoles
en poblado y otras en el
mo acertaban á hacerse
das, que todas eran de á
guas poco mas ó menos.

El señor de aquella
Coza, que estaba al otro
ella, enviaba cada dia nu

tierra muy poco á poco, *holgándose y regalándose todo lo que le fuese posible;* que él le esperaba en el pueblo principal de su provincia para servir á su señoría y á todos los suyos, con el amor y voluntad que ellos verian.

Los Españoles caminaron veinte y tres ó *veinte y quatro dias* sin acaecerles cosa que sea de contar, sino es repetir muchas veces la buena acogida que los Indios les hacian hasta que llegaron al pueblo principal llamado Coza, de quien tomaba *nombre toda la provincia*, donde estaba el señor de ella, el qual salió una gran legua á recibir al Gobernador, acompañado de mas de mil hombres nobles, muy bien aderezados, con mantos de diversos aforros de pieles, muchas de ellas eran de martas finas, que daban de sí grande olor de almizcle. Traian sobre sus cabezas grandes plumages,

[redacted]

que son la gala y ornamento de que los Indios de este gran reyno mas se precian; y como estos fuesen bien dispuestos, como lo son generalmente todos los de aquella tierra, y los plumages subiesen media braza en alto, y fuesen de muchas y diversas colores, y ellos estuviesen en el campo puestos por su orden en forma de esquadron de veinte por hilera, hacian una hermosa y agradable vista á los ojos.

Con esta grandeza y ostentacion militar y señoril recibieron los Indios al General, y á sus capitanes y soldados, haciendo todas las mayores demostraciones que podian, del contento que decian tener de verlos en su tierra. Al Gobernador aposentaron en una de tres casas que en diversas partes del pueblo tenia el curaca, hechas de la forma que de otras semejantes hemos dicho, *asentadas* en alto, con las ventajas

de casas de señor á las de los vasallos. El pueblo estaba fundado á la ribera de un rio: tenia quinientas casas grandes y buenas, que bien mostraba ser cabeza de provincia tan grande y principal como se ha dicho. La mitad del pueblo hácia la posada del Gobernador tenia desembarazado, donde se alojaron los capitanes y soldados, y cupieron todos en él, porque las casas eran capaces de mucha gente, donde estuvieron los Castellanos once ó doce dias, servidos y regalados del curaca, y de todos los suyos, como si fueran hermanos muy queridos; que cierto ningun encarecimiento basta á decir el amor, cuidado y diligencia con que los servian, de tal manera que los mismos Españoles se admiraban de ello.

Gobernador para que as
ble en él. Como sale el
aquella provin

Un dia de los que es
Españoles en este pu
Coza, el señor de él, c
mido á la mesa del Gob
biendo hablado con él
pertenecientes á la co
poblar de la tierra, y
pondido con mucha sa
Adelantado á todo lo
esto le habia pregunta
pareció tiempo se leva
haciendo al General

dixo: *Señor*, el amor que á vuesa señoria, y á todos los suyos he cobrado en estos pocos dias que ha que le conozco, me fuerza á suplicarle, que si busca tierras buenas donde poblar, tenga por bien de quedarse en la mia, y hacer asiento en ella, que yo creo que es una de las mejores provincias que vuestra señoria habrá visto de quantas ha hallado en este reyno; y mas hago saber á vuesa señoria, que acertó á pasar por lo mas flaco, y vé lo menos bueno de ella. Si vuestra señoria gustare de verla despacio, yo le llevaré por otras partes mejores, que le darán todo contento, y podrá tomar de ellas lo que mejor le pareciere para poblar y fundar su casa y corte, y sino quisiere hacerme de presente esta merced, á lo menos no me niegue el invernar en este pueblo el invierno que viene, que está ya cerca, donde le servirémos

como vuestra señoria verá, que á las obras me remito, y entonces podrá vuestra señoria enviar despacio sus capitanes y soldados para que, habiendo visto mi tierra por todas partes, traigan verdadera relacion de lo que he dicho, para mayor satisfaccion de vuestra señoria.

El Gobernador le agradeció su buena voluntad, y le dixo, que en ninguna manera podia poblar dentro en la tierra, hasta saber qué puerto ó puertos tenia en la costa de la mar, para recibir los navios y gente que de España ó de otras partes viniesen á ellos con ganados, plantas y las demas cosas necesarias para poblar: que quando fuese tiempo recibiria su ofrecimiento, y mantendria siempre su amistad, y que entretanto sosegase, que no tardaria en volver por allí, poblando la tierra, y que entonces haria quanto le pidiese de su gusto y contento.

El cacique le besó las manos, y dixo que tomaba aquellas palabras de su señoria por prendas de su promesa, y que las guardaria en su corazon y en su memoria hasta verlas cumplidas, que lo deseaba en extremo. Este señor era de edad de veinte y seis ó veinte y siete años, muy gentil hombre, como lo son los mas de aquella tierra, y de buen entendimiento: hablaba con discrecion, y daba buena razon de todo lo que le preguntaban: parecia haberse criado en una corte de toda buena doctrina y policia.

Pasados diez ó doce dias que el exército hubo descansado en el pueblo de Coza, mas por condescender con la voluntad del curaca, que gustaba de los tener en su tierra, que por necesidad que hubiesen tenido de descansar, le pareció al Gobernador seguir su viage en demanda de la mar, como lo llevaba encami-

nado ; que desde que salió de la provincia de Xuala habia caminado hácia la costa, haciendo un arco por la tierra para salir al puerto de Achusi, como lo habian concertado con el capitan Diego Maldonado, que habia quedado á descubrir la costa, y habia de venir al principio del invierno venidero al dicho puerto de Achusi con socorro de gente, armas, ganado y bastimentos, como atrás dexamos dicho: y este era el fin principal del Gobernador, de ir á este puerto para empezar á hacer su poblacion.

El cacique Coza quiso acompañar al General hasta los límites de su tierra, y así salió en su compañia con mucha gente noble de guerra y mucho bastimento, é Indios de carga que lo llevasen. Caminaron con el orden acostumbrado cinco jornadas, y al fin de ellas llegaron á un pueblo llamado Talise, que

era el último de la provincia de Coza, y frontera y defensa de ella. Era fuerte en extremo, porque demas de la cerca que tenia hecha de madera y tierra, le cercaba casi todo un gran rio, y lo dexaba hecho península. Este pueblo Talise no obedecia bien á su señor Coza, por trato doble de otro señor llamado Tascaluza, cuyo estado confinaba con el de Coza, y le hacía vecindad no segura, ni amistad verdadera: y aunque los dos no traian guerra descubierta, el Tascaluza era hombre soberbio y belicoso, de muchas cautelas y astucias, como adelante veremos, y como tal tenia desasosegado este pueblo para que no obedeciese bien á su señor. Lo qual habiéndolo entendido de mucho atrás el cacique Coza, holgó de venir con el Gobernador, así por servirle en el camino, y en el mismo pueblo Talise, como por amedrentar los

moradores de él con el favor de los Españoles, y hacer que le fuesen obedientes.

En el pueblo de Coza quedó huido un christiano, si lo era, llamado Falco Herrado: no era Español, ni se sabia de qual provincia fuese natural, hombre muy plebeyo, y asi no se echó menos hasta que el exército llegó á Talise. Hicieronse diligencias para volverlo á cobrar, mas no aprovecharon; porque muy desvergonzadamente envió á decir con los Indios que fueron con los recaudos del Gobernador, que por no ver antes sus ojos cada dia á su capitan, que le habia reñido y maltratado de palabra, queria quedarse con los Indios, y no ir con los Castellanos, por tanto que no le esperasen jamas.

El curaca respondió mas comedida y cortesmente á la demanda *que el* Gobernador le hizo, pidién-

dole mandase á sus Indios traxesen aquel Christiano huido: dixo, que pues no habian querido quedarse todos en su tierra, holgaba mucho se hubiese quedado siquiera uno: que suplicaba á su señoria le perdonase, que no haria fuerza para que volviese al que de su gana se quedase, antes lo estimaria en mucho. El Gobernador, viendo que quedaba lejos, y que los Indios no le habian de compeler á que volviese, no hizo mas instancia por él.

Olvidadosenos ha de decir, como en el mismo pueblo Coza quedó un negro enfermo que no podia caminar, llamado Robles, el qual era muy buen christiano y buen esclavo: quedó encomendado al cacique, y él tomó á su cargo el regalarle y curarle con mucho amor y voluntad. Hicimos caudal de estas menudencias para dar cuenta de ellas, para que quando Dios Nuestro Señor sea

[redacted]

servido que aquella tierra se conquiste y gane, se advierta á ver si quedó algun rastro ó memoria de los que así se quedaron entre los naturales de este gran reyno.

CAPÍTULO V.

Del bravo curaca Tascaluza, que era casi gigante: Como recibió al Gobernador.

En el pueblo Talise estuvo el Gobernador diez dias, haciendo diligencias para haber noticia de todas partes de lo que quedaba por andar de su viage, y de lo que habia en las provincias comarcanas, á un lado y á otro de este pueblo. En el interin vino un hijo de Tascaluza, mozo de edad de diez y ocho años, de tan buena estatura de cuerpo, que del pecho arriba era mas alto que ningun Español ni Indio de los

que habia en el exército. Vino acompañado de mucha gente noble: traía una embaxada de su padre, en que ofrecia al Gobernador su amistad, persona y estado, para que de todo ello se sirviese como mas gustase. El General lo recibió muy afablemente, y le hico mucha honra, así por su calidad, como por su gentileza y buena disposicion. El qual, despues de haber dado su embaxada, y habiendo entendido que el Adelantado queria ir donde su padre Tascaluza estaba, le dixo: Señor, para ir allá, aunque no son mas de doce ó trece leguas, hay dos caminos; suplico á vuestra señoria mande que dos Españoles vayan por el uno, y vuelvan por el otro, porque vean qual de éllos es el mejor, por el qual vuestra señoria haya de ir, que yo daré guias que seguramente los lleven y vuelvan. Así se hizo, y uno de los dos que fueron á descu-

brir los caminos fué Juan de Villalobos, el que fué á descubrir las minas de oro, y las halló de azofar, el qual era amicisimo de ver primero que otro de sus compañeros lo que en el descubrimiento habia: con esta pasion se ofreció á andar el camino dos veces y aun tres.

Quando volvieron los dos compañeros con la relacion de los caminos, el Gobernador se despidió del buen Coza y de los suyos, los quales quedaron muy tristes, porque los Castellanos se iban de su tierra. El General salió por el camino que le dixeron era mas acomodado: pasó el rio de Talise en balsas y canoas, que era tan caudaloso que no se vadeaba. Caminó dos dias, y al tercero, bien temprano, llegó á dar vista al pueblo donde el curaca Tascaluza estaba: no era este el pueblo principal de su estado, sino otro de los comunes.

Tascaluza, sabiendo por sus correos que el Gobernador venia cerca, salió á recibirle fuera del pueblo. Estaba en un cerrillo alto, lugar eminente, de donde á todas partes se descubria mucha tierra. Tenia en su compañia no mas de cien hombres nobles, muy bien aderezados de ricas mantas de diversos aforros, con grandes plumages en las cabezas, conforme el trage y usanza de ellos. Todos estaban en pie, solo Tascaluza estaba sentado en una silla de las que los señores de aquellas tierras usan, que son de madera, una tercia poco mas ó menos de alto, con algun cóncavo para el asiento, sin espaldar ni braceras, toda de una pieza. Cabe si tenia un alferez con un gran estandarte, hecho de gamuza amarilla con tres barras azules, que lo partian de una parte á otra, hecho al mismo talle y forma de los estandartes que en

ñoles ver insignia mil
hasta entonces no hab
tandarte, vandera ni g

La disposicion de T
como de su hijo, que á
pujaba mas de media v
parecia gigante, ó lo e
altura de su cuerpo se
toda la demas proporc
miembros y rostro. Era
cara, y tenia en ella t
dad, que en su aspecto
bien la ferocidad y gran
animo: tenia las espalda
á su altura, y por la ci
poco mas de dos tercias
los b...

que anduvieron de la Florida.

De la manera que se ha dicho estaba esperando Tascaluza al Gobernador, y aunque los caballeros y capitanes del exército que iban delante, llegaban donde él estaba, no hacia movimiento á ellos, ni semblante de comedimiento alguno, como *si no los viera*, *ni pasaran* cerca de él. Así estuvo hasta que llegó el Gobernador, y quando lo vió cerca, se levantó á él, y salió como quince ó veinte pasos de su asiento á recibirle.

El General se apeó y lo abrazó, y los dos se quedaron en el mismo puesto hablando, entretanto que el exército se alojaba en el pueblo y fuera de él, porque no cabia toda la gente dentro, y luego fueron los dos mano á mano hasta la casa del Gobernador, que era cerca de la casa de Tascaluza, donde dexó al General, y se fué con sus Indios.

[redacted]

Dos dias descansaron los Españoles en aquel pueblo, y al tercero salieron en seguimiento de su viage. Tascaluza, por mostrar mucha amistad al Gobernador, quiso acompañarle, diciendo lo hacia para que fuese mejor servido por su tierra. El Gobernador mandó que le aderezasen un caballo á la brida, en que fuese, como se habia hecho siempre con los curacas, señores de vasallos, que con él habian caminado, aunque se nos ha olvidado decirlo hasta este lugar. En todos los caballos que en el exército llevaban no se halló alguno que pudiese sufrir y llevar á Tascaluza, segun la grandeza de su cuerpo, y no porque era gordo, que, como atrás diximos, tenia menos de vara de pretina, ni era pesado por vejez, que apenas tenia quarenta años. Los Castellanos, haciendo mas diligencia buscando en que fuese Tascaluza, hallaron

un rocin del Gobernador, que por ser tan fuerte servia de llevar carga: este pudo sufrirle. Era tan alto Tascaluza, que puesto encima del caballo, no le quedaba una quarta de alto de sus pies al suelo.

No tuvo en poco el Gobernador que se hallase caballo en que fuese Tascaluza, porque no se desdeñase de que lo llevasen en acemila. Así caminaron tres jornadas de á quatro leguas, y al fin de ellas llegaron al pueblo principal, llamado Tascaluza, de quien la provincia y el señor de ella tomaban el nombre. El pueblo era fuerte: estaba sentado en una península que el rio hacia, el qual era el mismo que pasaba por Talise, y venia mas engrosado y poderoso.

El dia siguiente se ocuparon en pasarlo, y por el mal recaudo que habia de balsas, gastaron casi todo el dia, y se alojaron á media le-

-pañoles, y el un
Juan de Villalobos,
mos hecho mencion
se supo que hubiese
sospechose que los In
doles lejos del real,
muerto, porque el Vill
de quiera que se hallab
amigo de correr la tieri
que en ella habia: cosa
la vida á todos los que
ra tienen esta mala costu
Con el mal indicio d
dos Españoles, temieron
taron la novedad del hecl
amistad de Tascaluza n
verdadera y leal como n
most-

bian dado á guardar á *ellos*, ó qué obligacion tenian ellos de darles cuenta de sus Castellanos. El Gobernador no quiso hacer mucha instancia en pedirlos, porque entendió que eran muertos, y que no serviria la diligencia sino de escandalizar y ahuyentar al cacique y á sus vasallos: pareciòle dexar la averiguacion y el castigo para mejor coyuntura.

Al amanecer del dia siguiente envió el General dos escogidos soldados de los mejores que en todo su exército habia, el uno llamado Gonzalo Quadrado Xaramillo, hijodalgo, natural de Zafra, hombre hábil y plático en toda cosa, de quien seguramente se podia fiar qualquiera grave negocio de paz ó de guerra, el otro se decia Diego Vazquez, natural de Villanueva de Barcarrota, hombre asimismo de todo buen crédito y confianza. En-

las oficinas necesarias, que etan harto pocas, y á estos cuerpos así solos llaman casas. Y como las de este pueblo habian sido hechas para frontera y plaza fuerte, y para ostentacion de la grandeza del Señor, eran muy hermosas, y las mas de ellas eran del cacique, y las otras de los hombres mas principales y ricos de todo su estado.

El pueblo estaba asentado en un muy hermoso llano: tenia una cerca de tres estados en alto, la qual era hecha de maderos tan gruesos como bueyes: estaban hincados en tierra, tan juntos, que estaban pegados unos con otros. Otras viga menos gruesas y mas largas; iba atravesadas por la parte de afuera y de adentro, atadas con cañas que bradas y cordeles fuertes, y em barrados por cima con mucho barr pisado, con paja larga, la qual mez cla henchia todos los huecos y va

el demas exército saliese con brevedad en su seguimiento; el qual salió tarde, y la gente caminó derramada por los campos, cazando, y habiendo placer, bien descuidados, por la mucha paz que todo aquel verano hasta alli habian traido, de haber batalla.

El Gobernador, que llevaba cuidado de caminar, llegó á las ocho de la mañana al pueblo de Mauvila, el qual era de pocas casas, que apenas tenia ochenta; empero todas ellas muy grandes, que algunas eran capaces de mil y quinientas personas, y otras de mil, y las menores de mas de quinientas. Llamamos casa á lo que es un cuerpo solo, como una Iglesia, que los Indios no labraban sus casas trabando unos cuerpos con otros, sino que cada una, conforme á su posibilidad, hacia un cuerpo de casa como una sala, y esta tenia sus apartados con

este pueblo habian sid
ra frontera y plaza fue
ostentacion de la gran
ñor, eran muy hermos
de ellas eran del caciqu
de los hombres mas p
ricos de todo su estado.

El pueblo estaba as
muy hermoso llano: te
ca de tres estados en al
era hecha de maderos
como bueyes: estaban
tierra, tan juntos, que
gados unos con otros,
menos gruesas y mas
atravesadas por la parte
de adentro

os de la *madera y sus* ataduras; de
ıl suerte que propiamente parecia
ared enlucida con plana de Alva-
il. A cada cincuenta pasos de esta
erca habia una torre capaz de sie-
e ú ocho hombres que podian pe-
ear en ella. La cerca por lo baxo,
n altor de un estado, estaba llena
le troneras para tirar las flechas á
os de fuera. No tenia el pueblo mas
e dos puertas, una al levante y otra
l poniente. En medio del pueblo
ıabia una gran plaza, y en derre-
lor de ella estaban las casas mayo-
es y mas principales.

A esta plaza llegaron el Gober-
ıador y el gigante Tascaluza, el
qual, luego que se apeó, llamó á
Juan Ortiz, intérprete, y señalan-
lo con el dedo, le dixo: En esa ca-
a grande se aposentará el Gober-
ıador y los caballeros y gentiles
ıombres que su señoria quisiere te-
ıer consigo; y su servicio y recá-



do el pueblo hay tan solo un muchacho, sino que estan libres y desembarazados de todo impedimento. El campo, un tiro de arcabuz al derredor del pueblo, como vuestra señoria lo habrá visto, tienen limpio y deserbado, de tal manera, y con tanta curiosidad, que aun hasta las raices de las yerbas tienen arrancadas á mano, lo qual me parece señal de querernos dar batalla, y que no haya cosa que les estorve. Con estos malos indicios se puede juntar la muerte de los dos Españoles que del alojamiento pasado ayer faltaron: por todo lo qual me parece que vuestra señoria debe recatarse de este Indio, y no fiarse de él; que aunque no hubiera mas del mal rostro y peor semblante que él y los suyos hasta ahora nos han mostrado, y la soberbia y desvergüenza con que nos hablan, bastara para apercibirnos á no tener su

amistad por buena, sino por falsa y engañosa.

El General respondió, que de mano en mano, entre los que allí estaban, pasase la palabra y el aviso de unos á otros de lo que en el pueblo habia, para que todos disimuladamente estuviesen apercibidos; y particularmente mandó á Gonzalo Quadrado, que luego que el Maese de Campo llegase, le diese noticia de lo que en el pueblo habia visto, para que ordenase lo que á todos conviniese.

Alonso de Carmona en su quaderno escrito de mano hace muy larga relacion del viage que estos Españoles, y él con ellos, hicieron desde la provincia de Cofachiqui hasta la de Coza: cuenta las grandezas de la provincia Coza, y las generosidades del Señor de ella, y nombra muchos pueblos de los de aquel camino, aunque no todos los

que yo he nombrado. De la estatura de Tascaluza dice, que para gigante no le faltaba casi nada, y que era muy bien agestado. Juan Coles, hablando de este jayan, dice estas palabras: Llegados que fuimos á la provincia de este señor Tascaluza, nos salió de paz. Este era un hombre grande, que desde el pie á la rodilla tenia tanta canilla como otro hombre muy grande desde el pie á la cintura: tenia los ojos como de buey. De camino iba en un caballo, y el caballo no lo podia llevar: vistiólo el Adelantado de grana, y dióle una muy hermosa capa de ella misma. Y Alonso de Carmona, habiendo dicho el vestido de grana, añade estas palabras: Al entrar el Gobernador y Tascaluza en Mauvila, salieron los Indios á recibirlos con bayles y danzas, por mas disimular su traicion; y las hacian los *mas principales*; y acabado aquel

regocijo, salió otro bayle de mugeres hermosisimas á maravilla; porque, como tengo dicho, son muy bien agestados aquellos Indios, y asimismo las mugeres en tanto grado, que despues, quando nos salimos de la tierra, y fuimos á parar á México, sacó el Gobernador Moscoso una India de esta provincia de Mauvila, que era muy hermosa, y muy gentil muger, que podia competir en hermosura con la mas gentil de España que habia en todo México; y así por su gran extremo enviaban aquellas señoras de México á suplicar al Gobernador se la enviase, que la querian ver, y él lo hacia con gran facilidad, porque se holgaba de que se la codiciasen muchos. Todas son palabras de Alonso de Carmona, como él mismo las dice; y huelgo de referir estas, y todas las que en la historia van en nombre de estos dos soldados, tes-

tigos de vista, para que se vea
claro se muestra ambas relacion
la nuestra ser todas de un paño.
mas adelante dice Alonso de
mona el aviso que decimos
Gonzalo Quadrado Xaramillo,
que no lo nombra, dió al Gob
dor Hernando de Soto, y añad
le dixo, como aquella mañan
otras muchas antes habian salic
Indios á ensayarse al campo, c
parlamento que cada dia les ha
Capitan antes de la escaram
exercicio militar.

El cacique Tasculaza, com
da dicho, luego que el Gober
y él entraron en el pueblo,
tró en una casa donde estaba s
sejo de guerra, esperando par
cluir y determinar el órden q
bian de tener en matar los Es
les, porque de mucho atrás ten
terminado aquel curaca matar
el pueblo Mauvila, y para est

bia juntado la gente de guerra que allí tenia, no solamente de sus vasallos y subditos, sino tambien de los vecinos y comarcanos, para que todos gozasen del triunfo y gloria de haber muerto los Castellanos, y hubiesen su parte del despojo que llevaban, que con esta condicion habian venido los no vasallos.

Pues como Tascaluza se viese entre sus Capitanes, y con los mas principales de su exército les dixo, que con brevedad determinasen el como harian aquel hecho, si degollarian luego á los Españoles que allí al presente estaban en el pueblo, y en pos de ellos á los demas como fuesen viniendo, ó si aguardarian á que llegasen todos, que segun se hallaban poderosos y bravos esperaban degollarlos con tanta facilidad á todos juntos, como divididos en tres tercios de vanguardia, batalla y retaguardia, que el exército traia cami-

[redacted]

nando; que lo determinasen luego, porque él no aguardaba sino la resolucion de ellos.

CAPITULO VII.

Resuélvense los del consejo de Tascaluza matar los Españoles: principio de la batalla que tuvieron.

Los Capitanes del consejo estuvieron divisos en lo que Tascaluza les propuso, que unos dixeron que no aguardasen á que los Castellanos se juntasen, porque no se les dificultase la empresa, sino que luego matasen los que allí tenian, y despues los demás como fuesen llegando; otros mas bravos dixeron, que parecia género de cobardia y muestra de temor, y aun olia á traicion quererlos matar divididos, sino que pues en valentia, destreza y ligereza les hacian la misma ventaja que en nú-

mero, los *dexasen juntar*, y de un golpe los degollasen á todos, que esto era de mayor honra, y mas conveniente á la grandeza de Tascaluza, *por ser hazaña mayor*.

Los primeros Capitanes replicaron diciendo, que no era bien arriesgar que juntándose todos los Españoles se pusiesen en mayor defensa, y matasen algunos Indios, que por pocos que fuesen, pesaria mas la pérdida de los pocos amigos, que placeria la muerte de todos sus enemigos: que bastaba se consiguiese el fin que pretendian, que era degollarlos todos: que el como, seria mejor y mas acertado quanto mas á su salvo lo hiciesen.

Este último consejo prevaleció, que aunque el otro éra mas conforme á la soberbia y bravosidad de Tascaluza, él tenia tanto deseo de ver degollados los Españoles, que qualquiera dilacion por breve que

que se les ofreciese; y
do no la hubiese, lo hiciesen
cho, que con enemigos no er
nester buscar causas para los n

Entre tanto que en el co
de Tascaluza se trataba de la
te de los Españoles, los criado
Gobernador, que se habian ade
tado y dado priesa á su camino
se habian alojado en una de las
sas grandes que salian á la plaza
nian aderezado de almorzar ó de
mer, que todo se hacia junto,
dixeron que su señoria comiese,
era ya hora. El General envió un

no le dexaron entrar dentro, los quales, habiendo llevado el recaudo respondieron, que luego saldria su señor.

Habiendo pasado un buen espacio de tiempo, volvió Juan Ortiz á repetir su recaudo á la puerta: respondiéronle lo mismo. Dende á buen rato tornó á decir tercera vez, digan á Tascaluza que salga que el Gobernador le espera con el manjar en la mesa. Entonces salió de la casa un Indio, que debia ser el Capitan General, y con una soberbia y altivez estraña habló, diciendo. ¿Qué están aquí estos ladrones, vagamundos, llamando á Tascaluza mi señor, diciendo, salí, salí, hablando con tan poco miramiento como si hablaran con otro como ellos? Por el sol y por la luna que ya no hay quien sufra la desvergüenza de estos demonios, y será razon que por ella mueran hoy hechos pedazos, y dé fin á su maldad y tirania.

Apenas habia dicho estas palabras el Capitan, quando otro Indio que salió en pos de él le puso en las manos un arco y flechas para que empezase la pelea. El Indio General, echando sobre los hombros las vueltas de una muy hermosa manta de martas que al cuello traia abrochada, tomó el arco, y poniéndole una flecha, encaró con ella para la tirar á una rueda de Españoles que en la calle estaban.

El Capitan Baltasar de Gallegos, que acertó á hallarse cerca á un lado de la puerta por donde el Indio salió, viendo su traicion, y la de su cacique, y que todo el pueblo en aquel punto levantaba un gran alarido, hechó mano á su espada, y le dió una cuchillada por cima del hombro izquierdo, que como el Indio no tuviese armas defensivas, ni aun ropa de vestir, sino la manta, le abrió todo aquel quarto, y con las entra-

ñas todas defuera cayó luego muerto, sin que le hubiese dado lugar á que soltase la flecha.

Quando este Indio salió de la casa á decir aquellas malas palabras que contra los Castellanos dixo, ya dexaba dada arma á los Indios para la batalla, y así salieron de todas las casas del pueblo, principalmente de las que estaban en derredor de la plaza, seis ó siete mil hombres de guerra, y con todo ímpetu y denuedo arremetieron con los pocos Españoles que descuidados estaban en la calle principal por donde habian entrado, que de vuelo, con mucha facilidad, sin dexarles poner los pies en tierra, como dicen, los llevaron hasta echarlos por la puerta afuera, y mas de doscientos pasos en el campo. Tan feroz y brava fue la inundacion de los Indios que salieron sobre los Españoles: aunque es verdad que en todo aquel

valor y esfuerzo, defendiénc
retirándose para atrás, porque
posible hacer pie, y resistir al
tu cruel y soberbio con que los
salieron de las casas y del pu

Entre los primeros Indios
lieron de la casa de donde s
Indio capitan, salió un mozo
hombre, de hasta diez y ocho
el qual, poniendo los ojos en
sar de Gallegos, le tiró con
furia y presteza seis ó siete fl
y aunque le quedaban mas, v
que con aquellas no la habia m
ó herido, porque el Español
bien armado, tomó el arco co
bas manos, y cerrando con él

da, y correr por la frente. Baltasar de Gallegos, viéndose tan malparado, á toda priesa, por no darle lugar á que lo tratase peor, le dió dos estocadas por los pechos, de que cayó muerto el enemigo.

Entendióse por congeturas que este Indio mozo fuese hijo de aquel Capitan, que fue el primero que salió á la batalla, y que con deseo de vengar la muerte del padre hubiese peleado con Baltasar de Gallegos, con tanto corage y deseo de matarle como el que mostró; empero bien mirado, todos peleaban con la misma ansia de matar ó herir á los Españoles.

Los soldados que eran de á caballo, que, como diximos, tenian fuera de la cerca del pueblo atados los caballos, viendo el ímpetu y furor con que los Indios los acometian, salieron del pueblo corriendo á tomar sus caballos. Los que se dieron

[redacted]

mejor maña, y pusieron mas diligencia, pudieron subir en ellos. Otros que entendieron que no fuera tan grande la avenida de los enemigos, ni les dieran tanta priesa como les dieron, no pudiendo subir en los caballos, se contentaron con soltarlos, cortando las riendas ó cabestros, para que pudiesen huir, y no los flechasen los Indios. Otros mas desgraciados, que ni tuvieron lugar de subir en los caballos, ni aun de cortar los cabestros, se los dexaron atados, donde los enemigos los flecharon con grandísimo contento y regocijo. Y como eran muchos, los medios acudieron á pelear con los Castellanos, y los medios se ocuparon en matar los caballos que hallaron atados, y en recoger todo el carruage y hacienda de los Christianos, que toda habia llegado ya entonces, y estaba arrimada á la cerca del pueblo, y tendida por aquel llano esperando

alojamiento. Toda la hubieron los enemigos en su poder, que no se les escapó cosa alguna de ella, sino fue la hacienda del Capitan Andres de Vasconcellos, que aun no habia llegado.

Los Indios la metieron toda en sus casas, y dexaron á los Españoles despojados de quanto llevaban, que no les quedó sino lo que sobre sus personas traian, y las vidas que poseian; por las quales peleaban con todo el buen ánimo y esfuerzo que en tan gran necesidad era menester, aunque estaban desusados de las armas, por la mucha paz que desde Apalache hasta allí habian traido, y descuidados de pelear aquel dia, por la amistad fingida que Tascaluza les habia hecho; mas lo uno ni lo otro fue parte para qne dexasen de hacer el deber.

Sucesos de la batalla
hasta el primer te
ella.

Los pocos caballeros qu
subir en sus caballos, de
lieron del pueblo, con o
que habian llegado de ca
cuidados de hallar batalla
juntándose todos, arrem
resistir el ímpetu y furia
los Indios perseguian á los
les que peleaban á pie, los
por mucho que se esforzaban
dian hacer que los Indios no
vasen retirando por el llano
te, hasta que vieron arre

remetieron á ellos con tanto corage, y vergüenza de la afrenta pasada, que no pararon hasta volverlos á encerrar en el pueblo; y queriendo entrar dentro, fue tanta la flecha y piedra que de la cerca y de sus troneras llovió sobre ellos, que les convino apartarse de ella.

Los Indios, viéndolos retirar, salieron con el mismo ímpetu que la primera vez, unos por la puerta, y otros derribándose por la cerca abaxo, cerraron con los nuestros temerariamente hasta asirse de las lanzas de los caballeros, y mal que les pesó, los llevaron retirando mas de doscientos pasos lejos de la cerca.

Los Españoles, como se ha dicho, se retiraban sin volver las espaldas, peleando con todo concierto y buena órden, porque en ella consistia la salud de ellos, que eran pocos, y faltaban los mas, que habian



una flecha al tiempo que el frayle acertaba á volver las riendas huyendo de ellos, le dió con ella en las espaldas, y le hirió aunque poco, porque traia puestas sus dos capillas, y toda la demas ropa que en su religion usan traer, que es mucha, y encima de toda ella traia un gran sombrero de fieltro que asido de un cordon al cuello pendia sobre las espaldas: por toda esta defensa no fue mortal la herida, que el Indio de buena gana le habia tirado la flecha. El frayle quedó escarmentado, y se hizo á lo largo con temor no le tirasen mas.

Muchas heridas y muertes hubo en esta porfiada batalla, mas la que mayor lastima y dolor causó en los Españoles, así por la desdicha con que sucedió, como por la persona en quien cayó, fue la de Don Carlos Enriquez, caballero natural de Xerez de Badajoz, casado con una

sobrina del Gobernador, y por su mucha virtud y afabilidad querido, y amado de todos, de quien otra vez hemos hecho mencion. Este caballero, desde el principio de la batalla, en todas las arremetidas y retiradas, habia peleado como muy valiente caballero; y habiendo sacado de la última retirada herido el caballo de una flecha, la qual traia hincada por un lado del pecho encima del pretal, para habersela de sacar, pasó la lanza de la mano derecha á la izquierda, y asiendo de la flecha tiró de ella, tendiendò el cuerpo á la larga por el cuello del caballo adelante; y haciendo fuerza, torció un poco la cabeza sobre el hombro izquierdo, de manera que descubrió en tan mala vez la garganta. A este punto cayó una flecha desmandada con un harpon de pedernal, y acertó á darle en lo poco de la garganta que tenia descubier-

pobre caballero cayó luego
ballo abaxo degollado, au
murió hasta otro dia.

Con semejantes sucesos
de las batallas, peleaban l
Castellanos con mucha m
de ambas partes, aunque
traer armas defensivas er
la de los Indios, los quales
do peleado mas de tres ho
llano, reconociendo que le
con pelear en el campo ras
daño que los caballos les
acordaron retirarse todos a
cerrar las puertas, y pone
muralla. Así lo hicieron, l

bien armada que los infantes, se apeasen, y tomando rodelas para su defensa, y hachas para romper las puertas, que los mas de ellos las traían consigo, acometiesen al pueblo, y como valientes Españoles hiciesen lo que pudiesen por ganarlo.

Luego en un punto se formó un esquadron de doscientos caballeros, que arremetieron con la puerta, y á golpe de hacha la rompieron, y entraron por ella no con poco mal de ellos.

Otros Españoles, no pudiendo entrar por la puerta, por ser angosta, por no detenerse en el campo, y perder tiempo de pelear, daban con las hachas grandes golpes en la cerca, derribaban la mezcla de barro y paja que por cima tenia, y descubrian las vigas atravesadas, y las ataduras con que estaban atadas, y por ellas, ayudándose unos á otros,

Los Indios, viendo los
llanos dentro en el pueblo, q
tenian por inexpugnable, y
iban ganando, peleaban co
de desesperados, así en las c
mo de las azoteas que habia
de hacian mucho daño á lo
tianos, los quales por defen
los que peleaban de los ter
por asegurarse de que no les
sen por las espaldas, y tamb
que los Indios no les volvie
nar las casas que ellos iban
acordaron pegarles fuego:
sieron por obra, y como
sen de paja, en un punto s
grandísima llama y humo

raron en el pueblo, acudieron muchos de ellos á la casa que se habia señalado para el servicio y recámara del Gobernador, la qual no habian acometido hasta entonces, por parecerles que la tenian segura. Entonces fueron con mucho denuedo á gozar de los despojos de ella; mas en la casa hallaron buena defensa, porque habia dentro tres ballesteros y cinco alabarderos de los de la guardia del Gobernador, que solian acompañar su recámara y servicio, y un Indio de los primeros que en aquella tierra habian preso, el qual era ya amigo y fiel criado, y como tal traia su arco y flechas para quando fuese necesario pelear contra los de su misma nacion, en favor y servicio de la agena. Acertaron á hallarse asimismo en la casa dos sacerdotes, un clérigo y un frayle, y dos esclavos del Gobernador. Toda esta gente se puso en defensa de la casa:



los sacerdotes con sus oraciones, y los seglares con las armas, y pelearon tan animosamente, que no pudieron los enemigos ganarles la puerta, los quales acordaron entrarles por el techo, y así lo abrieron por tres ó quatro partes, mas los ballesteros y el Indio flechero lo hicieron tan bien, que á todos los que se atrevieron á entrar por lo destechado, en viéndolos asomar, los derribaron muertos ó mal heridos. En esta animosa defensa estaban estos pocos Españoles, quando el General, sus capitanes y soldados llegaron peleando á la puerta de la casa, y retiraron de ella los enemigos; con lo qual quedaron libres los de la casa, y se salieron y fueron al campo, dando gracias á Dios que los hubiese librado de tanto peligro.

CAPITULO IX.

Prosigue la batalla de Mauvila, hasta el segundo tercio de ella.

Quando pasó lo que en el capítulo precedente contamos, ya habia mas de quatro horas que sin cesar peleaban Indios y Castellanos, matándose unos á otros cruelísimamente; porque los Indios parecia que quanto mas daño recibian, tanto mas se obstinaban y desesperaban de la vida, y en lugar de rendirse, peleaban con mayor ansia por matar los Españoles; y ellos, viendo la pertinacia, porfia y rabia de los Indios, los herian y mataban sin piedad alguna.

El Gobernador, que habia peleado todas las quatro horas á pie delante de los suyos, se salió del pueblo, y subiendo en un caballo,

[redacted]

para con él acrecentar el temor á los enemigos, y el ánimo y esfuerzo á los suyos, acompañado de el buen Nuño Tobar, que tambien venia á caballo, volvió á entrar en el pueblo, y ambos caballeros, apellidando el nombre de Nuestra Señora, y del Apóstol Santiago, y dando grandes voces á los suyos que les hiciesen lugar, pasaron rompiendo del un cabo al otro del esquadron de los enemigos que en la calle principal y en la plaza peleaban, y revolvieron sobre ellos, alanceándolos á una mano y á otra, como valientes y diestros caballeros que eran.

En estas vueltas y revueltas, al tiempo que el Gobernador se enhastaba sobre los estrivos para dar una lanzada á un Indio, otro que se halló á sus espaldas, le tiró una flecha por cima del arzon trasero, y le acertó en lo poco que el General

descubrió desarmado entre el arzon y las coracinas, y aunque tenia cota de malla se la rompió la flecha, y le entró una sesma de ella por la asentadura izquierda; y el buen General, así por no dar á entender que estaba herido, porque los suyos no se estorvasen con su herida, como porque con la priesa del pelear no tuvo lugar de quitarse la flecha, peleó con ella todo lo que la batalla despues duró, que fueron casi cinco horas, sin poder asentarse sobre la silla, que no fue poca prueba de la valentia de este Capitan, y de la destreza que en la silla gineta tenia.

A Nuño Tobar dieron otro flechazo en la lanza, que con ser delgada la atravesaron por medio junto á la mano, y la hasta de la lanza se mostró tan fina que no se hendió, antes pareció que la flecha habia sido un taladro que sutilmente la habia barrenado; y así despues corta-



da la flecha por ambas partes sirvió la lanza como antes. Cuentase este tiro aunque de tan poca importancia, porque raras veces acaecen semejantes *tiros*; y tambien porque en él se vea lo que muchas veces hemos dicho, de la ferocidad y destreza que en sus arcos y flechas los Indios de la Florida tienen.

Estos dos caballeros, aunque pelearon todo el dia, y rompieron muchas veces los esquadrones que á cada paso los Indios formaban y rehacian, y entraron en los trances mas peligrosos de esta batalla, no sacaron mas heridas de las que hemos dicho, que no fue poca ventura.

El fuego que se puso á las casas iba creciendo por momentos, y hacia mucho daño en los Indios, porque como eran muchos, y no podian pelear todos en las calles y plazas, porque no cabian en ellas, peleaban de los terrados y azoteas, y allí los

cogia el fuego y los quemaba, ó les forzaba á que huyendo de él se despeñasen de los terrados abaxo.

No hacia menos daño en las casas que tomaba por la puerta, que, como se ha dicho eran salas grandes con no mas de una puerta; y como el fuego la ocupaba, los que estaban dentro, no pudiendo salir fuera, se quemaban y ahogaban con el fuego y con el humo; y de esta manera perecieron muchas mugeres que estaban encerradas en las casas.

En las calles no era menos perjudicial el fuego, porque con el viento, unas veces cargaba la llama y el humo sobre los Indios, les cegaba la vista, y ayudaba á que los Españoles los llevasen de arrancada sin poderles resirtir, otras volvia en favor de los Indios contra los Christianos, y hacia que volviesen á ganar quanto de la calle habian perdido. Así andaba el fuego favorecien-

Con la crueldad y rabi:
ha visto se sustentó la pele:
bas partes hasta las quatro d
de, habiendo pasado siete l
tiempo que peleaban sin cesa
hora, viendo los Indios los
que de los suyos habian n
fuego y hierro, y que pc
quien pelease enflaquecian sus
y crecian las de los Castellan
llidaron las mugeres, y les
ron, que tomando armas de
chas que por las calles habia
hiciesen por vengar la muert
suyos; y quando no los pu
vengar, á lo menos hiciese
todos muriesen antes que ser

ban peleando entre sus maridos: mas con el nuevo mandato no quedó alguna que no saliese á la batalla, tomando las armas que por el suelo hallaban, que asaz habia de ellas: hubieron á las manos muchas espadas, partesanas y lanzas de las que los Españoles habian perdido, y las convirtieron contra sus dueños, hiriéndoles con sus mismas armas. Tambien tomaban arcos y flechas, y no las tiraban con menos destreza y ferocidad que sus maridos, y se ponian delante de ellos á pelear, y determinadamente se ofrecian á la muerte con mucha mas temeridad que los varones. Con toda rabia, y despecho se metian por las armas de los enemigos, mostrando bien que la desesperacion y ánimo de las mugeres en lo que han determinado hacer, es mayor y mas desenfrenado que el de los hombres. Empero los Españoles, viendo que aquello hacian

que eran mugeres.

Entre tanto que duraba es
ga y porfiada batalla, los tron
pifaros y atambores no cesabar
car arma con grande instanci
ra que los Españoles que habia
dado en la retaguarda se diese
sa á venir al socorro de los su

El Maese de Campo, y l
con él venian caminaban derra
por el campo cazando, y ha
placer, descuidados de lo que
ba en Mauvila. Pues como sin
el ruido de los instrumentos r
res, y la grita y voceria que
y fuera del pueblo andaba, y
sen el mucho humo que por d

al postrer quarto de la batalla.

Entre estos venia el Capitan Diego de Soto, sobrino del Gobernador, y cuñado de Don Carlos Enriquez, cuya desgracia contamos atrás, el qual, como supiese el suceso del cuñado, á quien amaba tiernamente, sintiendo el dolor de tanta pérdida, con deseo de la vengar, se arrojó del caballo abaxo, y tomando una rodela y la espada en la mano entró en el pueblo, y llegó donde la batalla andaba mas feroz y cruel, que era en la calle principal: aunque es verdad que en todas las otras no faltaba sangre, fuego y mortandad, que todo el pueblo estaba lleno de fiera pelea.

En aquel lugar, y á las quatro de la tarde entró Diego de Soto en la batalla, mas á imitar en la desdicha á su cuñado, que á vengar su muerte; que no era tiempo de propias venganzas, sino de la ira de la

toda junta la guerra que en
podian haber tenido, y qui
hubiera sido tan cruel com
solo este dia, segun verem
lante: que para batalla de l
Españoles, pocas ó ninguna
bido en el Nuevo Mundo que
se á ésta, así en la obstinad
de pelear, como en el esp
tiempo que duró, sino fué la
fiado Pedro de Valdivia, que
mos en la historia del Perú.

Pues como deciamos, el
tan Diego de Soto llegó á
recio de la batalla, y apena
entrado en ella, quando le die

biesen podido quitarle la flecha. Esta fué la venganza que hizo á su pariente Don Carlos, para mayor dolor y pérdida del General y de todo el exército, porque eran dos caballeros que dignamente merecian ser sobrinos de tal tio.

CAPITULO X.

Fin de la batalla de Mauvila: quan mal parados quedaron los Españoles.

No fue menos sangrienta la batalla que hubo en el campo, para lo qual se habia limpiado y rozado hasta arrancar las yerbas y raices: porque los Indios, habiéndose encerrado en el pueblo para defenderse en él, y reconociendo que por ser muchos se estorvaban unós á otros en la pelea, y que por ser el lugar estrecho nò podian aprovecharse de su ligereza, acordaron muchos de

... con todo buen á
y deseo de vencer.
tiempo reconocieron
les salia mal, porque
cian ventaja con su
Españoles de á pie, l
llo les eran superiores
ceaban en el campo á t
tad sin que pudiesen def
que estos Indios no us
aunque las tienen, que s
sa contra los caballos, po
nen sufrimiento para es
enemigo llegue á golpe d
no que quieren tenerlo a
lleno de flechas antes qu
ellos con buen trecho ...

Españoles de la retaguardia, caballeros é infantes, llegaron, y todos arremetieron á los Indios que en el campo andaban peleando; y despues de haber batallado gran espacio de tiempo con muchas muertes y heridas que recibieron, que aunque llegaron tarde, les cupo muy buena parte de ellas, como vimos en Diego de Soto, y presto verémos en los demás, los desbarataron y mataron los mas de ellos: algunos se escaparon con la huida.

En este tiempo, que era ya cerca de ponerse el sol, todavia sonaba la grita y voceria de los que peleaban en el pueblo. Al socorro de los suyos entraron muchos de á caballo, otros quedaron fuera para lo que fuese menester. Hasta entónces, por la estrechura del sitio, ninguno de á caballo habia peleado dentro en el pueblo, sino el General y Nuño Tobar. Entrando pues ahora muchos

[redacted]

caballeros, se dividieron pór las calles, que en todas ellas habia que hacer; y rompiendo los Indios que en ellas peleaban, los mataron.

Díez ó doce caballeros entraron por la calle principal, donde la batalla era mas feroz y sangrienta, y donde todavia estaba un esquadron de Indios é Indias que peleaban con toda desesperacion, que ya no pretendian mas que morir peleando: contra éstos arremetieron los de á caballo, y tomándolos por las espaldas los rompieron con mas facilidad, y pasaron por ellos con tanta furia, que á vueltas de los Indios derribaron muchos Españoles que pie á pie peleaban con los enemigos, los quales murieron todos, que ninguno quiso rendirse ni dar las armas, sino morir con ellas peleando como buenos soldados.

Este fue el postrer encuentro de la batalla, con que acabaron de ven-

cer los Españoles al tiempo que el sol se ponia, habiéndose peleado de ambas partes nueve horas de tiempo sin cesar, y fué dia del Bienaventurado San Lucas Evangelista, año de mil quinientos y quarenta, y este mismo dia, aunque muchos años despues, se escribió la relacion de ella.

Al mismo punto que la batalla se acabó, un Indio de los que en el pueblo habian peleado, embebecido en su pelea y corage, no habia mirado lo que se habia hecho de los suyos, hasta que volviendo en sí los vió todos muertos. Pues como se hallase solo, ya que no podia vencer, quiso salvar la vida huyendo: con este deseo arremetió á la cerca, y con mucha ligereza subió encima para irse por el campo; empero viendo los Castellanos de á pie y de á caballo que en él habia, la mortandad hecha, y que no podia escapar, quiso antes matarse que no darse á

prision, y quitando con toda presteza la cuerda del arco, la echó á una rama de un árbol que entre los palos hincados de la cerca vivia en su ser, que por venirles á cuenta, yendo cercando el pueblo, lo habian dexado asi los Indios: y no solamente habia este árbol vivo en la cerca, sino otros muchos semejantes que de industria los habian dexado, los quales hermoseaban grandemente la cerca.

Atado pues el cabo de la cuerda á una rama del árbol, y el otro á su cuello, se dexó caer de la cerca abaxo con tanta presteza, que aunque algunos Españoles desearon socorrerlo porque no muriese, no pudieron llegar á tiempo: asi quedó el Indio ahorcado de su propia mano, dexando admiracion de su hecho y certidumbre de su deseo, que quien ahorcó á sí propio mejor ahorcára á los Castellanos si pudiera, donde se

puede bien congeturar la temeridad y desesperacion con que todos ellos pelearon, pues uno que quedó vivo se mató él mismo.

Acabada la batalla, el Gobernador Hernando de Soto, aunque salió mal herido, tuvo cuidado de mandar que los Españoles muertos se recogiesen para los enterrar otro dia, y los heridos se curasen; y para los curar habia tanta falta de lo necesario que murieron muchos de ellos antes de ser curados; porque se halló por cuenta que hubo mil setecientas setenta y tantas heridas de cura, y llamaban heridas de cura á las que eran peligrosas, y que era forzoso que las curase el cirujano, como eran las penetrantes á lo hueco ó casco quebrado en la cabeza, ó flechazo en el codo, rodilla ó tovillo, de que se temiese que el herido habia de quedar coxo ó manco.

De estas heridas se halló el nú-

[redacted]

mero que hemos dicho, que de las que pasaban la pantorrilla de una parte á otra, el muslo, las asentaderas, ó el brazo por la tabla ó por el molledo, aunque fuese con lanza, ni de las cuchilladas ó estocadas que no eran peligrosas de muerte, no hacian caso de ellas para que las curase el cirujano, sino que los mismos heridos se curaban unos á otros, aunque fuesen capitanes ú oficiales de la hacienda real, de las quales heridas hubo casi infinito número, porque apenas quedó hombre que no saliese herido, y los mas sacaron á cinco y á seis heridas, y muchos salieron con diez y con doce.

Habiendo contado, aunque mal, el suceso de la sangrienta batalla de Mauvila, y el vencimiento que los nuestros hubieron de ella, de la qual escaparon con tantas heridas como hemos dicho, tengo necesidad de

emitirme en lo que de este capitulo resta á la consideracion de los que lo leyeren, para que con imaginarlo suplan lo que yo en este lugar no puedo decir cumplidamente, acerca de la afliccion y estrema necesidad que estos Españoles tuvieron de todas las cosas necesarias para poderse curar y remediar las vidas, que aun para gente sana y descansada era mucha falta, como luego verémos, quanto mas para hombres que sin parar habian peleado nueve horas de relox, y habian salido con tantas y tan crueles heridas. Y quiero valerme de este remedio, porque demas de mi poco caudal, es imposible que cosas tan grandes se puedan escribir bastantemente, ni pintarlas como ellas pasaron.

Por tanto es de considerar quanto á lo primero, que si para curar tanta multitud de heridas acudian á

los cirujanos, no habia en todo el exército mas de uno, y ese no tan hábil y diligente como fuera menester, antes torpe y casi inútil. Pues si pedian medicinas no las habia, porque esas pocas que llevaban, con el aceyte de comer, que dias habia lo habian reservado para semejantes necesidades, y las vendas é hilas que siempre traían apercebidas, y toda la demás ropa de lino, de sábanas y camisas, de que pudieran aprovecharse para hacer vendas é hilas, con la demás ropa de vestir que llevaban, toda, como atrás diximos, la habian metido los Indíos en el pueblo, y el fuego que los mismos Españoles encendieron la habia consumido. Pues si querian comer algo, no habia qué, porque el fuego habia quemado el bastimento que los Castellanos habian traido, y el que los Indios tenian en sus casas, de las quales no habia quedado tan

sola una en pie, que todas se habian abrasado.

En ésta necesidad se vieron nuestros Españoles, sin médicos ni medicinas, sin vendas ni hilas, sin comida ni ropa con que abrigarse, sin casas, ni aun chozas en que meterse para huir del frio y sereno de la noche, que de todo socorro los dexó despojados la desventura de aquel dia. Y aunque quisieran ir á buscar alguna cosa para su remedio, les estorvaba la obscuridad de la noche, el no saber donde hallarla, y el verse todos tan heridos y desangrados que los mas de ellos no podian tenerse en pie; solo tenian abundancia de suspiros y gemidos que el dolor de las heridas, y el mal remedio de ellas les sacaban de las entrañas.

En lo interior de sus corazones, y á voces altas, llamaban á Dios los amparase y socorriese en aquella

[redacted]

afliccion: y nuestro Señor, como padre piadoso, les socorrió con darles en aquel trabajo un ánimo invencible, qual siempre lo tuvo la nacion Española, sobre todas las naciones del mundo, para valerse en sus mayores necesidades, como estos se valieron en la presente, segun verémos en el capitulo venidero.

CAPITULO XI.

Diligencias que los Españoles en socorro de sí mismos hicieron: dos casos extraños que sucedieron en la batalla.

Viéndose nuestros Españoles en la necesidad, trabajo y afliccion que hemos dicho, considerando que no tenian otro socorro que el de su propio ánimo y esfuerzo, lo cobraron tal, que luego con gran diligencia acudieron los menos heridos al so-

corro de los mas heridos, unos procurando lugar abrigado donde ponerlos, para lo qual acudieron á las ramadas y grandes chozas que los Indios tenian hechas fuera del pueblo para alojamiento de los Españoles: de las ramadas hicieron algunos cobertizos arrimados á las paredes que habian quedado en pie. Otros se ocuparon en abrir Indios muertos, y sacar el unto para que sirviese de ungüentos y aceytes para curar las heridas. Otros traxeron paja sobre que se echasen los enfermos. Otros desnudaban las camisas á los compañeros muertos, y se quitaban las suyas propias para hacer de ellas vendas, é hilas, de las quales las que eran hechas de ropa de lino se reservaron para curar, no á todos, sino solamente á los que estaban heridos de heridas mas peligrosas: que los demas de heridas no peligrosas se curaban con hilas y vendas no

haber.

Otros trabajaron en des
caballos muertos, y en con
guardar la carne de ellos pa
á los mas heridos, en lugar
llos y gallinas, que no hal
cosa con que los regalar.

Otros, con todo el trabajc
nian, se pusieron á hacer gu
centinela, para que si los er
viniesen no les hallasen des
bidos, aunque poquisimos c
estaban para poder tomar
mas.

De esta manera se socc
aquella noche unos á otros,
zándose todos á pasar con hu

porque como no habia mas que un cirujano, y esé no muy liberal, no se pudo dar mas recaudo á ellas. En este tiempo murieron trece Españoles, por no haberse podido curar. En la batalla fallecieron quarenta y siete, de los quales fueron muertos los diez y ocho de heridas de flechas por los ojos, ó por la boca, que los Indios, sintiéndolos armados los cuerpos, les tiraban al rostro.

Sin los que murieron antes de ser curados, y en la batalla, perecieron despues otros veinte y dos christianos, por el mal recaudo de curas y *médicos. De manera que* podemos decir que murieron en esta batalla de Mauvila ochenta y dos Españoles.

A esta pérdida se añadió la de quarenta y cinco caballos que los Indios mataron en la batalla, que no fueron menos llorados y plañidos que los mismos compañeros, por-

que veian que en ellos consistia la mayor fuerza de su exército.

De todas estas pérdidas, aunque tan grandes, ninguna sintieron tanto como la de Don Cárlos Enriquez, porque en los trabajos y afanes, por su mucha virtud y buena condicion, era regalo y alivio del Gobernador, como lo son de sus padres los buenos hijos. Para los capitanes y soldados era socorro en sus necesidades, amparo en sus descuidos y faltas, y paz y concordia en sus pasiones y discordias particulares, poniéndose entre ellos á los apaciguar y conformar: y no solamente hacia esto entre los capitanes y soldados, mas tambien les servia de intercesor y padrino para con el General, para alcanzarles su perdon y gracia en los delitos que hacian: y el mismo Gobernador, quando en el exército se ofrecia alguna pesadumbre entre personas graves, la remitia á Don

Carlos, para que con su mucha afabilidad y buena maña la apaciguase y allanase.

En estas cosas y otras semejantes, de mas de hacer cumplidamente el oficio de buen soldado, se ocupaba éste de veras caballero, favoreciendo y socorriendo con obras y palabras á los que le habian menester: de los quales hechos deben preciarse los que se precian de apellido de caballero, é hijodalgo; porque verdaderamente suenan mal estos nombres sin la compañia de las tales obras; porque ellas son su propia esencia, origen y principio de donde la verdadera nobleza nació, y con la que ella se sustenta, y no puede haber nobleza donde no hay virtud.

Entre otros casos extraños que en esta batalla acaecieron, contarémos dos que fueron mas notables. El uno fue, que en la primera arreme-

con que los acometieron,
del pueblo y los llevaron r
por el campo, salió huyendo
pañol natural de una aldea d
joz, hombre plebeyo, muy
rial y rústico, cuyo nombr
ido de la memoria: solo est
entonces á espaldas vueltas.
pues ya fuera de peligro, a
su parecer no lo debia de est
una gran caida, de la qual
tonces se levantó, mas dend
co se cayó muerto sin herida
ñal de golpe alguno que le h
dado. Todos los Españoles di
que de asombro y de cobar
habia muerto, porque no h

tural de la ciudad de Yelves, de la compañia de Andres de Vasconcelos de Silva, soldado que habia sido en Africa en las fronteras del reyno de Portugal, peleó todo el dia á caballo como muy valiente soldado que era, hizo en la batalla cosas dignas de memoria; y á la noche, acabada la pelea, se apeó y quedó como si fuera una estatua de palo, y sin mas hablar ni comer, ni beber, ni dormir, pasados tres dias, falleció de esta vida sin herida, ni señal de golpe que le hubiese causado la muerte. Debió ser que se desalentó con el mucho pelear. Por lo qual, en oposito del pasado se decia, que este buen fidalgo habia muerto de valiente y animoso, por haber peleado y trabajado excesivámente.

Todo lo que en comun y en particular hemos dicho de esta gran batalla de Mauvila, así del tiempo que duró, que fueron nueve horas, co-

mo de los sucesos que en ella hu
los refiere en su relacion Alonso
Carmona, y cuenta la herida
Gobernador, y el flechazo de
lanza de Nuño Tobar, y dice, que
la dexaron hecha cruz. Cuenta
muerte desgraciada de Don Carlo
Enriquez, y la del Capitan Diego
de Soto, su cuñado, y añade, que
el mismo Carmona le puso una ro-
dilla sobre los pechos, y otra sobre
la frente, y que probó á tirar con
ambas manos de la flecha que tenia
hincada por el ojo, y que no pudo
arrancarla. Tambien dice las nece-
sidades, y trabajos que todos pade-
cieron en comun. Juan Coles, aun-
que no tan largamente como Alonso
de Carmona, dice lo mismo, y par-
ticularmente refiere el número de
las heridas de cura que nosotros de-
cimos: y ambos dicen igualmente
los Españoles y caballos que murie-
ron en esta batalla, que como fue

tan reñida, les quedaron bien en la memoria los sucesos de ella.

CAPITULO XII.

Número de Indios que murieron en la batalla de Mauvila.

El número de Indios é Indias que en este rompimiento perecieron á hierro y á fuego, se entendió que pasó de once mil personas, porque al derredor del pueblo quedaron tendidos mas de dos mil y quinientos hombres, y entre ellos hallaron á Tascaluza el mozo, hijo del cacique. Dentro del pueblo murieron á hierro mas de tres mil Indios, que las calles no se podian andar de cuerpos muertos. El fuego consumió en las casas mas de tres mil y quinientas animas, porque en sola una casa se quemaron mil personas, que el fuego tomó por la puerta, los ahogó y quemó dentro sin dexarlos salir

fuera, que era compasion ver qual los dexó, y los mas de estos eran mugeres.

Quatro leguas en circuito en los montes, arroyos y quebradas, no hallaban los Españoles, yendo á correr la tierra, sino Indios muertos y heridos en número de dos mil personas, que no habian podido llegar á sus casas: que era lástima hallarlos aullando por los montes sin remedio alguno.

De Tascaluza, cuya fue toda esta mala hacienda, no se supo que se hubiese hecho, porque unos Indios decian que habia escapado huyendo, y otros que se habia quemado, y esto fue lo que se tuvo por mas cierto, y lo que él mejor merecia; porque segun despues se averiguó, desde el primer dia que tuvo noticia de los Castellanos, y supo que habian de ir á su tierra, habia determinado de los matar en ella, y

con este acuerdo habia enviado al hijo á recibir al Gobernador al pueblo Talise, como atrás queda dicho, para que él y los que con él fuesen, á título de servir al Gobernador y á su exército, sirviesen de espias, y notasen como se habian los Españoles de noche y de dia en su milicia; para conforme al recato ó descuido de ellos ordenar la traicion que pensaba hacerles para los matar. Tambien se halló, que habiéndose quejado á Tascaluza los Indios del pueblo Talise, de quien diximos que eran mal obedientes á su curaca, de que su señor les hubiese mandado dar á los Españoles cierto número de Indios é Indias que el Gobernador habia pedido, y doliéndose con él de su cacique, que sin atender al bien de los suyos propios los entregaba á los extraños y no conocidos, para que se los llevasen por esclavos, Tascaluza les habia dicho: No tengais pe-

na de entregar los *Indios* é Indias, que vuestro cacique os los manda entregar, que muy presto os volveré yo no solamente los vuestros, sino tambien los que *traen* los Españoles presos y cautivos de otras partes, y aun los mismos Españoles os entregaré para que sean vuestros esclavos, y os sirvan de cultivar y labrar vuestras tierras y heredades, cabando y arando todos los dias de su vida.

Asimismo las Indias que de esta batalla de Mauvila quedaron en poder de los Castellanos, confirmaron este dicho de Tascaluza, y declararon al descubierto la traicion que tenia armada á los christianos; porque dixeron, que las mas de ellas no eran naturales de aquel pueblo, ni de aquella provincia, sino de otras diversas de la comarca: y que los Indios que por llamamiento y persuasion de Tascaluza se habian juntado para aquella batalla, las habian

traido con grandes promesas que les habian hecho, á unas de darles capas de grana, y á otras ropas de seda, de raso y terciopelo, que en sus bayles y fiestas sacasen vestidas: á otras habian certificado con grandes juramentos, darles caballos, y que en señal de su victoria y triunfo las pasearian en ellos delante de los Españoles. Otras salieron diciendo, pues á nosotras nos prometieron los mismos Españoles por criados y esclavos nuestros, y cada una declaró el número de cautivos que les habian ofrecido que habian de llevar á sus casas.

De esta manera confesaron otras muchas promesas que les habian hecho de lienzos, paños y otras cosas de España. Tambien declararon, que muchas que eran casadas habian venido por obedecer á sus maridos que se lo habian mandado; otras que eran solteras dixeron, que ellas vinieron

por importunidad de sus parientes y hermanos, que les habian certificado las llevaban para que viesen unas fiestas solemnes, y grandes regocijos que despues de la muerte y destruccion de los Castellanos habian de solemnizar, y celebrar en hacimiento de gracias á su gran dios el Sol, por la victoria que les habia de dar.

Otras muchas confesaron, que habian venido á requesta y peticion de sus galanes y enamorados, los quales, pretendiendo casar con ellas, las habian rogado y persuadido fuesen á ver las valentías y hazañas que en servicio y presencia de ellas presumian hacer contra los Españoles. Por los quales dichos quedó bien averiguado, quan de atras tenia imaginado este curaca la traicion que á los nuestros hizo, de la qual él y sus vasallos y aliados quedaron bien castigados, aunque con tanto daño de

los Castellanos, como se ha visto.

La qual pérdida, no solamente fue en la falta de los caballos que les mataron, y en los compañeros que perdieron, sino en otras cosas que ellos estimaban en mas, respecto de aquello para que las tenian dedicadas, que fue una poca de harina de trigo, en cantidad de tres hanegas, y quatro arrobas de vino, que ya no tenian mas quando llegaron á Mauvila, la qual harina y vino, de muchos dias atras, lo traian muy guardado y reservado para las Misas que les decian, y porque anduviese á mejor recaudo y mas en-cobro lo traia el mismo Gobernador con su recamara. Todo lo qual se quemó con los cálices, aras y ornamentos que para el culto divino llevaban, y de allí adelante quedaron imposibilitados de poder oir Misa, por no tener materia de pan y vino para la consagracion de la Eucaristia; y aunque en-

manera de ceremonia que n
lugar de la Misa, se consol
la afliccion que sentian de n
adorar á Jesuchristo, nuestro
Redentor, en las especies sa
tales, lo qual les duró casi tr
hasta que salieron de la Fl
tierra de Christianos.

Ocho dias estuvieron n
Españoles en las malas cho
hicieron dentro en Mauvila;
do estuvieron para poder salir
saron á las que los Indios ten
chas para alojamiento de ello
de estuvieron mas bien acom
y pasaron en ellas otros quin
curándose los heridos, que er

CAPITULO XIII.

Lo que hicieron los Españoles despues de la batalla de Mauvila: un motin que entre ellos se trataba.

Como en la batalla de Mauvila se hubiese quemado todo lo que llevaban para decir Misa, de allí adelante, por órden de los sacerdotes, se componia y adornaba un altar los domingos y fiestas de guardar, y esto quando habia lugar para ello, y se revestia un sacerdote con ornamentos que hicieron de gamuza, á imitacion del primer vestido que en el mundo hubo, que fue de pieles de animales; y puesto en el altar decia la confesion, el introito de la Misa, la oracion, epístola, evangelio y todo lo demas hasta el fin de la Misa, sin consagrar, y llamabanla estos Castellanos Misa seca. El mismo que la

tes, nobles y ricos de aquella provincia, no habia quedado en ella quien pudiese tomar armas: y así pareció ser verdad, porque en todo el tiempo que los nuestros estuvieron en este alojamiento, no acudieron Indios de dia ni de noche, siquiera á darles rebato y arma, que con solo inquietarlos les hicieran mucho daño y perjuicio, segun quedaron de la batalla mal parados.

En Mauvila tuvo nuevas el Gobernador de los navios que los capitanes Gomez Arias, y Diego Maldonado traian, descubriendo la costa, y como andaban en ella, la qual relacion tuvo antes de la batalla, y despues de ella se certificó por los Indios que quedaron presos, de los quales supo que la provincia de Achusi, en cuya demanda iban los Españoles, y la costa de la mar, estaban pocas menos de treinta leguas de Mauvila.

Con esta nueva holgó mucho el Gobernador, por acabar y dar fin á tan larga peregrinacion, y principio y comienzo á la nueva poblacion que en aquella provincia pensaba hacer: que su intento, como atras hemos dicho, era asentar un pueblo en el puerto de Achusi para recibir y asegurar los navios que de todas partes á él fuesen, y fundar otro pueblo veinte leguas la tierra mas adentro, para desde allí principiar y dar orden en reducir los Indios á la fé de la Santa Iglesia Romana, y al servicio y aumento de la Corona de España.

En albricias de esta buena nueva, y porque fue certificado que de Mauvila hasta Achusi habia seguridad por los caminos, dió libertad el Gobernador al curaca que el capitan Diego Maldonado traxo preso del puerto de Achusi; al qual habia traido consigo el Adelantado haciéndo-

le cortesia; y no lo habia enviado antes á su tierra por la mucha distancia que habia en medio, y por el peligro de que otros Indios lo matasen ó cautivasen por los caminos. Pues como supiese el General que estaba su tierra cerca, y que habia seguridad hasta llegar á ella, le dió licencia para que se fuese á su casa, encargándole mucho conservase la amistad de los Españoles, que muy presto los tendria por huespedes en su tierra. El cacique se fue agradecido de la merced que el Gobernador le hacia, y dixo, que holgaria mucho verlo en su tierra para servir lo que á su señoria debia.

Todos estos deseos que el Adelantado tenia de poblar la tierra, y la orden y las trazas que para ello habia fabricado en su imaginacion los desrruyó y anuló la discordia, como siempre suele arruinar y echar por tierra los exércitos, las repúbli-

cas, reynos é *imperios* donde la dexan entrar. Y la puerta que para los nuestros halló fue, que como en este exército hubiese algunos personages de los que se halláron en la conquista del Perú, y en la prision de Atauhuallpa, que vieron aquella riqueza tan grande que allí hubo de oro y plata, y hubiesen dado noticia de ella á los que en esta jornada iban; y como por el contrario en la Florida no se hubiese visto plata ni oro, aunque la fertilidad y las demas buenas partes de la tierra fuesen tantas como se han visto, no contentaban cosa alguna para poblar ni hacer asiento en aquel reyno.

A este disgusto se añadió la fiereza increible de la batalla de Mauvila, que estrañamente les habia asombrado y escandalizado para desear dexar la tierra, y salirse de ella luego que pudiesen; porque decian que era imposible domar gente tan

belicosa, ni sujetar hombres ta
bres, que por lo que hasta allí
bian visto les parecia, que ni
fuerza ni por maña podrian h
con ellos que entrasen debaxo
yugo y dominio de los Españ
que antes se dexarian matar to
y que no habia para que and
gastando poco á poco en aq
tierra, sino irse á otras ya gan
y ricas, como el Perú y Me
donde podrian enriquecer sin t
trabajo; para lo qual seria bien
go que llegasen á la costa d
aquella mala tierra, é irse á la
va-España.

Estas cosas y otras semej
murmuraban y platicaban ent
algunos pocos de los que hemo
cho, y no pudieron tratarla
en secreto que no las oyesen
nos de los que con el Gobernad
bian ido de España, y le eran
les amigos y compañeros, los

les le dieron cuenta de lo que en su exército pasaba, y como hablaban resolutamente de salirse de la tierra luego que llegasen donde pudiesen haber navios, ó barcos siquiera.

CAPITULO XIV.

El Gobernador se certifica del motin: trueca sus propósitos.

El Gobernador no quiso en cosa tan grave dar entero crédito á los que se la habian dicho, sin primero certificarse en ella de sí mismo. Con este cuidado dió en rondar solo de noche mas á menudo que solia, y en hábito disimulado por no ser conocido. Andando asi, oyó una noche al Tesorero Juan Gaytan, y á otros que con él estaban en su choza que decian, que llegando al puerto de Achusi, donde pensaban hallar los navios, se habian de ir á tierra de México ó del Perú, ó volver-

[redacted]

se á España, porque no se podia llevar vida tan trabajosa, por ganar y conquistar tierra tan pobre y misera.

Lo qual sintió el Gobernador gravísimamente, porque entendió de aquellas palabras que su exército se deshacia, y que los suyos, en hallando por donde irse, lo desamparaban todos, como lo hicieron al principio del descubrimiento y conquista del Perú con el Gobernador y Marques Don Francisco Pizarro, que vino á quedar con solos trece hombres en la isla de Gorgona; y que si los que entónces tenia se le iban, no le quedaba posibilidad para hacer nuevo exército, y quedaba descompuesto de su grandeza, autoridad y reputacion, gastada su hacienda en vano, y perdido el excesivo trabajo que hasta allí habian pasado en el descubrimiento de aquella tierra.

Las quales cosas, consideradas por un hombre tan celoso de su honra como lo era el Gobernador, causaron en él precipitados y desesperados efectos: y aunque por entonces disimuló su enojo, reservando el castigo para otro tiempo, no quiso sufrir, ni quiso ver ni experimentar el mal hecho que temia de los que tenian sus ánimos flacos y acovardados; y así con toda buena industria que pudo, sin dar á entender cosa alguna de su enojo, dió órden como volverse á poner la tierra adentro, y alejarse de la costa, por quitar á los mal intencionados la ocasion de desvergonzarsele, y amotinar toda su gente.

Este fue el primer principio y la causa principal de perderse este caballero y todo su exército, y desde aquel dia, como hombre descontento, á quien los suyos mismos habian falsado las esperanzas, cortado

mas acerto á hacer cosa que
estuviese, *ni* se cree que la
diese; antes instigado del
anduvo de allí adelante gast
tiempo y la vida sin fruto
caminando siempre de unas
á otras, sin órden *ni* concie
mo hombre aburrido de la vi
seando se le acabase, hasta
lleció, segun verémos adelan
dió su contento y esperanzas
ra sus descendientes y suceso
dió lo que en aquella conqui
bia trabajado, y la hacienda
ella habia empleado: causó
perdiesen todos los que con
bian ido á ganar aquella tier

tólica, que es lo que mas se debe sentir.

Por lo qual fuera muy acertado en negocio tan grave pedir y tomar consejo de los amigos que tenia, de quien podia fiarse para hacer con prudencia y buen acuerdo lo que al bien de todos mas conviniese: que pudiera este capitan remediar aquel motin con castigar los principales de él, con lo qual escarmentáran los demás de la liga, que eran pocos, y no perderse y dañar á todos los suyos, por gobernarse por solo su parecer apasionado, que causó su propria destruccion; que aunque era tan discreto como hemos visto, en causa propria, y estando apasionado no pudo regirse y gobernarse con la claridad y juicio libre que las cosas graves requiéren: por tanto quien huyere de pedir y tomar consejo desconfie de acertar.

Con el temor del motin deseaba

que no hubiesen visto, po
suyos no sospechasen su in
y atinasen con su pretension
viese por el camino que ha
habia traido; y así con áni
gido, ageno del que hasta e
habia tenido, esforzaba á su
dos diciéndoles, convaleciese
to para salir de aquella mala
donde tanto daño habian re
y mandó echar bando para
tal dia venidero.

CAPÍTULO XV

Dos leyes que los Indios de
rida guardaban contra

las mas notables que los Indios de la Florida tienen, será bien decir aquí las que en la provincia de Coza, que atrás dexamos, y en la de Tascaluza, donde al presente quedan nuestros Españoles, guardan y tienen por ley los Indios en castigar las mugeres adúlteras que entre ellos se hallan. Es así que en toda la gran provincia de Coza era ley, que so pena de la vida, y de incurrir en grandes delitos contra su religion, qualquiera Indio que en su vecindad sintiese muger adúltera, nó por vista de malos hechos, sino por sospecha de indicios, los quales indicios señalaba la ley quáles habian de ser en calidad, y quántos en cantidad, era obligado, despues de haberse certificado en su sospecha, á dar noticia de ella al Señor de la provincia, y en su ausencia á los jueces del pueblo. Estos hacian informacion secreta de tres ó qua-

tro testigos, y hallando culpada la muger en los indicios, la prendian, y el primer dia de fiesta que venia de las que ellos guardaban en su gentilidad, mandaban apregonar, que toda la gente del pueblo saliese despues de comer á tal lugar del campo cerca del pueblo, y de la gente que salia se hacía una calle larga ó corta, segun era el número.

Al un cabo de la calle se ponian dos jueces, y al otro cabo otros dos; los unos de ellos mandaban traer ante sí la adúltera, y llamado al marido le decian: Esta muger, conforme á nuestra ley, está convencida de testigos que es mala y adúltera, por tanto haced con ella lo que la misma ley os manda. El marido la desnudaba luego hasta dexarla como habia nacido, y con un cuchillo de pedernal, que en todo el Nuevo Mundo no alcanzaron los Indios la invencion de las tixeras,

le trasquilaba los cabellos, castigo afrentosísimo, usado generalmente en todas las naciones de este Nuevo Mundo, y así tresquilada y desnuda la dexaba el marido en poder de los jueces, y se iba, llevándose la ropa en señal de divorcio y repudio.

Los jueces mandaban á la muger, que luego así como estaba, fuese por la calle que habia hecha de la gente hasta los otros jueces, y les diese cuenta de su delito.

La muger iba por toda la calle, y puesta ante los jueces les decia: Yo vengo condenada por vuestros compañeros á la pena que la ley manda á las mugeres adúlteras, porque yo lo he sido: enviánme á vosotros para que mandeis en esto lo que os parezca que conviene á vuestra república. Los jueces le respondian: Volved á los que acá os enviaron, y decidles de nuestra parte, que es muy justo que las leyes

[redacted]

de nuestra pátria, que nuestros antepasados ordenaron para la honra, se guarden, cumplan y executen en los malhechores: por tanto, nosotros damos por aprobado lo que en cumplimiento de la ley os mandaron, y á vos os mandamos que en ningun tiempo lo quebranteis.

Con esta respuesta se volvia la muger á los primeros jueces, y el ir y venir que le mandaban hacer, llevando los recaudos por entre la gente hecha calle, no servia mas que de afrentarla y avergonzarla, mandándole parecer delante de todo su pueblo, con denuesto y vituperio, tresquilada, desnuda y con tal delito: porque el castigo de la vergüerza es de hombres.

Toda la gente del pueblo, mientras la pobre muger iba y venía de unos jueces á otros, la tiraban por afrenta y menosprecio terrones, chinas, palillos, paja, puñados de tier-

ra, trapos viejos, pellejos rotos, pedazos de estera y cosas semejantes; segun cada qual acertaba á llevarla para se la tirar en castigo de su delito; que así lo mandaba la ley, dándole á entender que de muger se habia hecho asqueroso muladar.

Los jueces la condenaban luego á perpetuo destierro del pueblo, y de toda la provincia, que era pena señalada por ley; y la entregaban á sus parientes, amonestándolos con la misma pena no le diesen favor ni ayuda para que en público ni en secreto entrase en todo el estado. Los parientes la recibian, y cubriéndola con una manta la llevaban donde nunca mas pareciese en el pueblo, ni en la provincia. Al marido daban licencia los jueces para que se pudiese casar. Esta ley y costumbre guardaban los Indios en la provincia de Coza.

En la de Tascaluza se guardaba

otra mas rigurosa en castigar
adúlteras; y era, que el Indio
por malos indicios viese, como
ver entrar ó salir un hombre á d
hora en casa agena, ó sospech
mal de la muger que era adúlte
despues de haberse certificado en
sospecha, con verle entrar ó s
tres veces, estaba obligado por
vana religion, sopena de mald.
á dar cuenta al marido de su sos
cha, y del hecho de la muger
habiale de dar otros dos ó tres t
tigos que hubiesen visto parte de
que el acusador decia, ó otro in
cio semejante. El marido pesqui
ba á cada uno de ellos de por sí,
vocando sobre él grandes maldic
nes si le mintiese, y grandes b
diciones si le dixese verdad, y
biendo hallado que la muger ha
caido en aquella sospecha, por
malos indicios que habia dado
sacaba al campo cerca del pueb

y la ataba á un arbol, y sino lo habia, á un palo que él hincaba, y con su arco y flechas la asaeteaba hasta que la mataba.

Hecho esto se iba al señor del pueblo, y en su ausencia á su justicia, y le decia: Señor, yo dexo mi muger muerta en tal parte, porque tales vecinos mios me dixeron que era adúltera: mandadlos llamar, y siendo verdad que me lo dixeron, me dad por libre, y no lo siendo, me castigad con la pena que nuestras leyes mandan y ordenan.

La pena era, que los parientes de la muger flechasen al matador hasta que muriese, y le dexasen sin sepultura en el campo, como él habia hecho á la muger; á la qual, como á inocente, mandaba la ley que la enterrasen con toda pompa y solemnidad. Empero hallando el juez que los testigos eran contestes, y que se comprobaban los indicios y

la sospecha, daban por libre al marido, y licencia para que pudiese casarse, y mandaban apregonar sopena de la vida, que ninguna persona, pariente, amigo ó conocido de la muger muerta fuese osado á darle sepultura, ni quitarla tan sola una flecha de lãs que en su cuerpo tenia, sino que la dexasen comer de aves y perros, para castigo y exemplo de su maleficio.

Estas dos leyes se guardaban en particular en las provincias de Coza y Tascaluza, y en general se castigaba en todo el reyno con mucho rigor el adulterio. La pena que daban al cómplice, ni al casado adúltero, aunque la procuré saber, no supo decirmela el que me daba la relacion, mas de que no oyó tratar de los adúlteros sino de ellas. Debió ser porque siempre en todas naciones estas leyes son rigurosas contra las mugeres, y en favor de los

hombres; porque, como decia una dueña de este obispado, que yo conocí, las hacian ellos, como temerosos de la ofensa, y no ellas, que si las mugeres las hubieran de hacer, que de otra manera fueran ordenadas.

CAPITULO XVI.

Salen de Mauvila los Españoles. Entran en Chicaza. Hacen piraguas para pasar un rio grande.

Volviendo al hilo de nuestra historia es de saber, que pasados veinte y tres ó veinte y quatro dias que los Españoles habian estado en el alojamiento de Mauvila, curándose las heridas, y habiendo cobrado algun esfuerzo para pasar adelante en su descubrimiento, salieron de la provincia de Tascaluza, y al fin de tres jornadas que hubieron caminado por unas tierras apacibles, aun-

que no pobladas, entraron en otra llamada Chicaza. El primer pueblo de esta provincia donde los nuestros llegaron no era el principal de ella, sino otro de los de su jurisdiccion, el qual estaba asentado á la ribera de un gran rio, hondo y de barrancas muy altas. El pueblo estaba á la parte del rio por donde los Españoles iban.

Los Indios no quisieron recibir de paz al Gobernador, antes muy al descubierto se mostraron enemigos, respondiendo á los mensageros que les habian enviado, que querian guerra á fuego y á sangre. Quando los nuestros llegaron á dar vista al pueblo, vieron antes de él un esquadron de mas de mil y quinientos hombres de guerra, los quales luego que asomaron los Castellanos salieron á recibirlos, y escaramuzaron con ellos: y habiendo hecho poca defensa, se retiraron al rio des-

amparando el pueblo, que lo tenian desocupado de sus haciendas, mugeres é hijos, porque habian determinado no pelear con los Españoles en batalla campal, sino defenderles el paso del rio, que por ser de mucha agua y muy hondo, y de grandes y altas barrancas les parecia podrian estorvarles el camino, y forzarles á que tomasen otro viage.

Pues como los Españoles arremetiesen á los Indios con toda furia, ellos se arrojaron al agua, y pasaron el rio, de ellos en canoas, que las tenian muchas y muy buenas, y de ellos á nado, como el temor dió la priesa.

De la otra parte del rio, frontero del pueblo, tenian todo su exército, donde habia ocho mil hombres de guerra, los quales habian protestado defender el paso del rio, por cuya ribera tendian su alojamiento dos leguas en largo, para

hacian en el rio á los chr
los molestaban de noche c
tos y arma que les daban,
el rio en quadrillas en sus ca
diversas partes, acudiendo
una, con que daban much
dumbre á los nuestros, lo
para defenderse usaron de
muy bueno, y fue, que en
embarcaderos que el rio
aquel espacio que los Indio
ocupado, donde venian á de
car, hicieron de noche ho
de pudiesen encubrirse los l
ros y arcabuceros, los qual
do venian los Indios los
saltar en tierra. v alejars

de esta manera los maltrataron tres veces, con que los Indios escarmentaron de sus atrevimientos, y no osaron mas pasar por el rio: solo atendian á defender el paso á los nuestros con mucho cuidado y diligencia. El Gobernador y sus capitanes, viendo que por donde estaban les era imposible pasar el rio, por la mucha defensa que los enemigos hacian, y que perdian tiempo en esperar descuido en ellos, dieron orden, que cien hombres, los mas diligentes que entendian algo del arte, hiciesen dos barcas grandes, que por otro nombre les llaman piraguas, y son casi llanas y capaces de mucha gente, y para que los Indios no sintiesen que las hacian, se metiesen en un monte que estaba legua y media el rio arriba, y una legua apartado de la ribera.

Los cien Españoles diputados para la obra se dieron tanta priesa,

que en espacio de doce dias acabaron las piraguas, y para las llevar al rio, hicieron dos carros conforme á ellas, y con acemilas y caballos que las tiraban, y con los mismos Castellanos que rempujaban los carros, y en los pasos dificultosos llevaban á cuestas las barcas, dieron con ellas una mañana antes que amaneciese en el rio, en un muy espacioso embarcadero que en él habia, y de la otra parte habia asimismo un buen desembarcadero.

El Gobernador se halló delante al echar de las barcas en el rio, porque habia mandado que para entonces le tuviesen avisado. El qual mandó, que en cada barca entrasen diez caballeros, y quarenta infantes tiradores, y que diesen priesa á pasar el rio, antes que los Indios viniesen á defenderles el paso. Los infantes habian de remar, y los de á caballo dentro en las barcas iban

encima de sus caballos por no detenerse en subir en ellos de la otra parte.

Por mucho silencio que los Españoles quisieron guardar en echar las barcas al rio y embarcarse en ellas, no pudieron excusar que no los sintiesen quinientos Indios que servian de correr el rio por aquella vanda, los quales acudieron al paso, y viendo las barcas y los Españoles que querian pasar, dieron un grandisimo alarido, avisando á los suyos, pidiéndoles socorro, y luego se pusieron al desembarcadero á defender el paso.

Los Españoles, temiendo no acudiesen mas enemigos, pusieron toda la diligencia en embarcarse, y el Gobernador quiso pasar en la primera barcada, mas los suyos se lo estorvaron, por el mucho peligro que habia en aquel primer viage, hasta tener libre de enemigos el desem-

porque los Indios los flecha
barranca á todo su placer.

La una de las barcas a
al desembarcadero, y la o
yó de él, y por las grande
cas del rio no pudo la ge
en tierra; por lo qual fue
hacer mucha fuerza con
para arribar al desembarca

Los de la primera barc
en tierra, y el primero
fue Diego Garcia, hijo
de de Villanueva de Barca
dado valiente, y en todo
armas muy determinado,
todos sus compañeros le

que saltó en tierra fue Gonzalo Silvestre, los quales dos arremetieron con los Indios, y los retiraron del desembarcadero mas de doscientos pasos, y volvieron á todo correr á los suyos, por el mucho peligro que traian, por ser dos solos y los enemigos tantos. De esta manera arremetieron con los Indios, y se retiraron de ellos quatro veces, sin haber tenido socorro de sus compañeros, porque unos á otros se habian embarazado, y no se daban maña á saltar en tierra con los caballos. A la quinta vez que acometieron á los enemigos iban ya seis de á caballo, que pusieron mas temor á los Indios, para que no volviesen con tanta furia á defender el paso. Los infantes que iban en la primera barca, luego que saltaron en tierra, se metieron en un pueblo pequeño, que estaba en la misma barranca del rio, y no osaron salir de él, porque eran



pocos y todos heridos; porque habian llevado la mayor carga de las flechas. Los de la segunda piragua, como hallaron desocupado de enemigos el desembarcadero, saltaron en tierra con mas facilidad y sin peligro alguno, y acudieron á socorrer los compañeros que andaban peleando en el llano.

El Gobernador pasó en la segunda barcada con otros setenta, ú ochenta Españoles, y como los Indios viesen que los enemgos eran *muchos*, y que no podian resistirles, se fueron retirando á un monte que estaba no lejos del pueblo, y de allí se fueron á los suyos que en el real estaban; los quales, habiendo sentido la grita y alarido que los corredores habian dado, acudieron á mucha priesa á defender el paso; mas encontrando con los corredores, y sabiendo de ellos que muchos Españoles habian pasado ya el rio, se volvieron á su

[redacted]

exército, donde se hicieron fuertes.

Los Christianos fueron sobre ellos, con ánimo de pelear; mas los Indios se estuvieron quedos, fortaleciéndose con palizadas de madera, y con las mismas ramadas que para su alojamiento tenian hechas. Algunos que se mostraron muy atrevidos salieron á escaramuzar, mas ellos pagaron su soberbia, porque murieron alanzeados, que la ligereza de ellos no igualaba con la de los caballos. De esta manera gastaron todo aquel dia, y la noche siguiente se fueron los Indios, que no pareció mas alguno. Entretanto habia pasado el rio todo el exército de los Españoles.

CAPITULO XVII.

Alojanse los nuestros en Chicaza. Danles los Indios una cruelisima y repentina batalla nocturna.

Con el trabajo y peligro que hemos dicho, vencieron nuestros Españoles la dificultad de pasar el primer rio de la provincia de Chicaza, y como se viesen libres de enemigos, deshicieron las piraguas, y guardaron la clavazon, para hacer otras quando fuesen menester. Hecho esto, pasaron adelante en su descubrimiento; y en quatro jornadas que caminaron por tierra llana, poblada, aunque de pueblos derramados y de pocas casas, llegaron al pueblo principal llamado Chicaza, de quien toda la provincia toma el nombre, el qual estaba asentado en una loma llana, prolongada norte sur,

entre unos arroyos de poca agua, empero de mucha arboleda de nogales, robles y encinas, que tenian caída á sus pies la fruta de dos ó tres años, la qual dexaban los Indios perder, porque no tenian ganados que la comiesen, y ellos no la gastaban, porque tenian otras frutas que comer mejores y mas delicadas.

El General, y sus Capitanes llegaron al pueblo Chicaza á los primeros de Diciembre del año de mil quinientos quarenta, y lo hallaron desamparado; y como fuese ya invierno, les pareció que seria bien invernar en él. Con este acuerdo recogieron todo el bastimento necesario, y traxeron de los poblezuelos comarcanos mucha madera y paja, de que hiciéron casas, porque las del pueblo principal, aunque eran doscientas, eran pocas.

Con alguna inquietud y descanso

campo con los caballos , y pre
algunos Indios , de los quales e
ba el Gobernador los mas de
con dádivas y recaudos al c
combidándole con la paz y am
el qual respondia , prometiénd
gas esperanzas de su venida
giendo achaques de su tardanz
plicando los mensages de dia e
por entretener al Gobernado
qual , en recambio de sus dá
le enviaba alguna fruta , pesc
carne de venado.

Entre tanto sus Indios no
ban de inquietar á nuestros Es
les con rebatos , y arma que l
ban todas las noches dos y tr

[redacted]

bres de guerra, por desvelar á los Españoles con los rebatos, y descuidarlos con la muestra de la cobardia, porque pensasen que siempre habia de ser así, y estuviesen remisos en su milicia para quando los acometiesen de veras.

No estuvieron los Indios mucho tiempo en esta cobardia, ántes pareció, que avergonzados de haberla tenido, quisieron mostrar lo contrario, y dar á entender que el huir pasado habia sido artificiosamente hecho, para descubrir mayor ánimo y esfuerzo á su tiempo, como lo hicieron, segun verémos luego.

A los postreros de Enero del año de mil quinientos quarenta y uno, habiendo reconocido lo favorable que les era el viento norte, que aquella noche corrió furiosamente, vinieron los Indios en tres esquadrones á la una de la noche, y con todo el silencio posible llegaron á cien pa-

era el principal, envió á saber e
parage estaban los otros dos col
les ; y habiendo sabido que es
en el mismo parage que el
mandó tocar arma, la qual c
con muchos atambores, pífaros
racoles y otros instrumentos
cos que traian para hacer may
truendo ; y todos los Indios á
dieron un grande alarido para
mayor terror y asombro á los I
ñoles. Traian para quemar el
blo, y para ver los enemigos
hachos de cierta yerba que en
la tierra se cria, la qual hech
roma ó soga delgada y encen
guarda el fuego como una mec

dad estos hachos, que parecian hachas de cera de quatro pavilos, y alumbraban tanto como ellas. En las puntas de las flechas traian sortijuelas hechas de la misma yerba, para tirarlas encendidas, y pegar de lejos fuego á las casas.

Con esta órden y prevencion vinieron los Indios, arremetieron al pueblo, hondeando los hachos, y echaron muchas flechas encendidas sobre las casas; y como ellas eran de paja, con el recio viento que corria, se encendieron en un punto.

Los Españoles, aunque sobresaltados con tan repentino y fiero asalto, no dexaron de salir con toda presteza á defender sus vidas. El Gobernador, que por hallarse apercebido para semejantes rebatos dormia siempre en calzas y jubon, salió á caballo á los enemigos primero que otro algun caballero de los suyos, y por la priesa que los ene-



migos traian, *no habia* podido tomar otras armas defensivas sino una celada y un sayo que llaman de armas, hecho de algodon colchado de tres dedos de grueso, que contra las *flechas* no hallaron otra mejor defensa los nuestros. Con estas armas, y su lanza y adarga salio el Gobernador solo contra tanta multitud de enemigos, porque nunca los supo temer. Otros diez ó doce caballeros salieron en pos de él, mas no luego.

Los demas Españoles, así capitanes como soldados, acudieron con el ánimo acostumbrado á resistir la ferocidad y braveza de los Indios, mas no pudieron pelear con ellos, porque traian por delante en su favor y defensa el fuego, la llama y el humo; todo lo qual el viento recio que soplaba echaba sobre los Españoles, con que los ofendia malamente. Mas con todo eso los nuestros, como podian, salian de sus

quarteles á pelear con los enemigos, unos pasando á gatas por debaxo de llama, porque no los alcanzase, otros corriendo por entre casa y casa, huyendo del fuego : así salieron algunos al campo ; otros acudieron á la enfermeria á socorrer los dolientes, porque tenian los enfermos de por sí en una casa aparte. Los quales, sintiendo el fuego y los enemigos, se acogieron los que pudieron huir, y los que no pudieron perecieron quemados ántes que el socorro les llegase.

Los de á caballo salian segun les daba la priesa el fuego y la furia de los enemigos, que como el rebato fue tan repentino, no tuvieron lugar de se armar y ensillar los caballos. Unos los sacaban de diestro, huyendo con ellos, porque el fuego no los quemase ; otros los desamparaban, que para el fuego no habia otra resistencia sino el huir. Pocos

[redacted]

salieron á socorrer al Gobernador, el qual habia gran espacio de tiempo que con los poquísimos que habian salido al principio de la batalla peleaba con los enemigos, y fue el primero que aquella noche mató Indio, porque siempre se preciaba ser de los primeros en toda cosa. Los Indios de los dos esquadrones colaterales entraron en el pueblo, y con el fuego que en su favor traian hicieron mucho daño, que mataron muchos caballos y Españoles, que no tuvieron tiempo de valerse.

CAPITULO XVIII.

Prosigue la batalla de Chicaza hasta su fin.

Del quartel del pueblo que estaba hácia levante, donde el fuego y el ímpetu de los enemigos fue mayor y mas furioso, salieron quarenta ó cincuenta Españoles huyendo á to-

do correr, cosa vergonzosa, y que hasta aquel punto, en toda esta jornada de la Florida, se habia visto tal. En pos de ellos salió Nuño Tobar con una espada desnuda en la mano, y una cota de malla vestida, toda por abrochar, que la priesa de los enemigos no le habia dado lugar á mas.

Este caballero á grandes voces iba diciendo á los suyos: volved soldados, volved ¿dónde vais? que no hay Córdova, ni Sevilla que os acoja: mirad que en la fortaleza de vuestros ánimos, y en las fuerzas de vuestros brazos está la seguridad de vuestras vidas, y no en huir. A este punto salieron al encuentro de los que huian treinta soldados del quartel del pueblo hácia el sur, donde el fuego aun no habia llegado, y era alojamiento del capitan Juan de Guzman, natural de Talavera de la Reyna, y los soldados eran de su

por el fuego que entre ellos
enemigos habia, salieron por l
te de levante al campo á pele
ellos.

Al mismo tiempo que sa
estos infantes, salió el capita
drés de Vasconcelos, que
alojado en el propio quartel,
veintiquatro caballeros fidalg
su compañia, todos Portugue
gente escogida, que los mas d
habian sido ginetes en las fro
de Africa. Estos caballeros sa
de la parte del poniente, y co
se fue Nuño Tobar así á pie
estaba, y los unos por la una

principal, donde era lo mas recio de la batalla, y donde el Gobernador y los pocos que con él andaban, habian hasta entonces peleado con mucho aprieto y riesgo de las vidas, por ser pocos, y los enemigos muchos.

Mas quando vieron el socorro de los *suyos*, arremetieron con nuevo ánimo á ellos, y el General, con deseo de matar un Indio que habia andado y andaba muy aventajado en la pelea, cerró con él, y habiéndole alcanzado á herir con la lanza, para acabarle de matar, cargo sobre ella y sobre el estrivo derecho, y con el peso y fuerza que hizo, llevó la silla tras sí, y cayó con ella en medio de los enemigos. Los Españoles, viendo á su Capitan General en aquel peligro, aguijaron al socorro caballeros é infantes con tanta presteza, y pelearon tan varonilmente, que lo libraron de que

El Gobernador cayó
sus criados, con el sobresalt
pentino y furioso asalto de
dios, y con la turbacion de
te que les andaba cerca,
caballo sin haber echado l
á la silla; y así los Españ
llegaron al socorro, la hallar
ta sobre la silla, doblada,
suele poner quando desens
caballo; de manera que hab
do el Gobernador mas de u
de tiempo la silla sin cincl
do cayó, habiéndole valido
treza que á la gineta tenia,
mucha.

Los Indios, reconociendo

peleado; mas no dexaron de porfiar en la batalla, unas veces arremetiendo con grande ánimo, y otras retirándose con mucho concierto, hasta que no pudieron sufrir la fuerza de los Españoles, y se apellidaron unos á otros para retirarse y dexar la batalla, y volvieron las espaldas, huyendo á todo correr.

El Gobernador con los de á caballo siguió el alcance, persiguiendo á los enemigos, todo lo que la lumbre del fuego que en el pueblo andaba les alcanzó á alumbrar. Acabada la batalla, tan repentina y furiosa como esta fue, la qual duró mas de dos horas, y habiendo el General seguido el alcance, mandó tocar á recoger, y volvió á ver el daño que los Indios habian hecho, y halló mas del que pensó, porque hubo quarenta Españoles muertos, y cincuenta caballos. Alonso de Carmona dice que fueron ochenta los caballos

breras donde estaban atado:
que *sus* dueños, viéndolos r
zanos con la mucha comida
aquel alojamiento tenian,
nerlos mas seguros, les habia
grandes cadenas de hierro
bestros, con que los tenian
y con la priesa que el fueg
enemigos les dieron, no habia
tado á desatarlas; y así dexa
caballos entregados al fuego
enemigos, para que atados cc
taban los flechasen.

Demas de la pena que n
Españoles sintieron por la
de los compañeros y muerte
caballos, que era la fuerza

habia nombre Francisca de Hinestrosa, casada con un buen soldado, que se decia Hernando Bautista, la qual estaba en dias de parir. Pues como el sobresalto de los enemigos fuese tan repentino, el marido salió á pelear, y acabada la batalla, quando volvió á ver qué era de su muger, la halló hecha carbon, porque no pudo huir del fuego.

Lo contrario sucedió en un soldadillo llamado Francisco Enriquez, que no valia nada, y aunque tenia buen nombre era un cuitado, mas para truhan que para soldado, con quien se burlaban muchos Españoles; el qual estaba enfermo en la enfermeria, que muchos dias habia lo traian acuestas. Pues como sintiese el fuego y el ímpetu de los enemigos, salió huyendo de la enfermeria, y á pocos pasos que dió por la calle, topó un Indio que le dió un flechazo por una ingle, que

[redacted]

casi le pasó á la otra parte, y le dexó tendido en el suelo por muerto, donde estuvo mas de dos horas.

Despues de amanecido le curaron, y en breve tiempo sanó de la *herida*, que se tuvo por mortal, y tambien de la enfermedad, que habia sido muy larga y enfadosa. Por lo qual, burlándose despues con él los que solian burlarse, le decian: Valgate la desventura, duelo que para tí que no vales dos blancas hubo doblada salud y vida, y hubo muerte para tantos caballeros, y tan principales soldados como han muerto en estas dos últimas batallas. Enriquez lo sufria todo, y les decia otras cosas peores.

Dicho hemos atrás como el Gobernador llevó ganado prieto para criar en la Florida, y lo traia con mucha guarda para lo sustentar y aumentar, y por tenerlo en este alojamiento de Chiçaza mas guar-

dado de noche, le habian hecho un corral de madera dentro en el pueblo, con muchos palos hincados en el suelo, y su cobertizo de paja por cima. Pues como el fuego de aquella noche de la batalla fuese tan grande, los alcanzó tambien á ellos, y los quemó todos, que no escaparon sino los lechones que pudieron salir por entre palo y palo del cerco. Estaban tan gordos con la mucha comida que en aquel territorio hallaron, que corrió la manteca de ellos mas de doscientos pasos. No se sintió esta pérdida menos que las demas, porque nuestros Castellanos padecian mucha necesidad de carne, y guardaban esta para el regalo de los enfermos.

Juan Coles, y Alonso de Carmona concuerdan en toda la relacion de esta batalla, y ambos dicen el estrago que el fuego hizo en el ganado prieto, encarecen mucho la des-

de, que cada Indio traia c
cuerpo tres cordeles, uno
var atado un Castellano, o
un caballo, y otro para un
y que se ofendieron mucho
tros quando lo supieron.

CAPITULO XI

Hechos notables que pasar batalla de Chicaza.

Luego que hubieron enterr
muertos y curado los herid
lieron muchos Españoles al
donde habia sido la batalla
y notar las heridas que los

biesen penetrado las flechas, como por guardar la carne para la comer; y hallaron que casi todos ellos tenian flechas atravesadas por las entrañas y pulmones, ó livianos, cerca del corazon, y particularmente hallaron once ó doce caballos con el corazon atravesado por medio, que como otras veces hemos dicho, estos Indios, pudiendo tirarles al codillo, no les tiraban á otra parte.

Hallaron asimismo quatro caballos, que cada uno tenia dos flechas atravesadas por medio del corazon, acertadas á tirar á un mismo tiempo, una de un lado y otra de otro: cosa maravillosa y dura de creer, aunque es cierto que pasó así: y por ser cosa notable se convocaron los Españoles que por el campo andaban para que la viesen todos.

Otro tiro hallaron de extraña fuerza, y fué, que un caballo de un

por ambas tablillas de las e
y pasado quatro dedos de e
otra parte; el qual tiro, pc
sido de brazo tan fuerte y
porque el caballo era uno de
anchos y espesos que en todo
cito habia, mandó el Gol
que quedase memoria de él
crito, y que un Escribano 1
se fee y testimonio del tiro
hizo, que luego vino un Es
que se decia Baltasar He
que yo conocí despues en
natural de Badajoz, é hijo d
mucha bondad y religion,
requeria y convenia que l

vió de aquella flecha, que fué lo que hemos dicho.

Tres dias despues de la batalla acordaron los Castellanos mudar su alojamiento á otra parte, una legua de donde estaban, por parecerles mejor sitio para los caballos, y así lo hicieron con mucha presteza y diligencia. Traxeron madera y paja de los otros pueblos comarcanos: acomodaron lo mejor que pudieron un pueblo, que Alonso de Carmona llama Chicacilla, donde dice, que á mucha priesa hicieron sillas, lanzas y rodelas, porque dice que todo esto les quemó el fuego, y que andaban como gitanos, unos sin sayos, y otros sin zaragüelles: palabras son todas suyas.

En aquel pueblo pasaron con mucho trabajo lo que les quedaba del invierno, el qual fue rigurosísimo de frios y hielos: y los Españoles quedaron de la batalla pasada desnudos

de ropa con que resistir el frio, porque no escaparon del fuego sino los que acertaron á sacar vestido.

Quatro dias despues de la batalla quitó el Gobernador el cargo á Luis de Moscoso, y lo dió á Baltasar de Gallegos, porque haciendo pesquisa secreta, supo que en la ronda y centinela del exército habia habido negligencia, y descuido en los ministros del campo, y que por esto habian llegado los enemigos sin que los sintiesen, y hecho el daño que hicieron; que de mas de la pérdida de los caballos y muerte de los compañeros, confesaban los Españoles haber sido vencidos aquella noche por los Indios, sino que la bondad de algunos particulares, y la necesidad comun les habia hecho volver por sí, y cobrar la victoria, que tenian ya por perdida, aunque la ganaron á mucha costa propria, y poco daño de los Indios; porque no

murieron en esta batalla mas de quinientos de ellos.

Todo lo que de esta nocturna y repentina batalla de Chicaza hemos dicho, lo dice muy largamente Alonso de Carmona en su relacion, con grandes encarecimientos del peligro que los Españoles aquella noche corrieron, por el sobresalto no pensado y tan furioso con que los enemigos acometieron, y dice que los mas de los Christianos salieron en camisa, por la mucha priesa que el fuego les dió. En suma dice, que huyeron y fueron vencidos, que la persuasion de un Frayle les hizo volver, que milagrosamente cobraron la victoria que habian perdido, que solo el Gobernador peleó á caballo mucho espacio de tiempo con los enemigos, hasta que le socorrieron, y que llevaba la silla sin cincha. Juan Coles concuerda con él en todo lo mas de esto, y particu-

larmente dice, que el Gobernador peleó solo como buen capitan.

De mas de lo que conforme á nuestra relacion Alonso de Carmona cuenta de esta batalla, añade las palabras siguientes. Estuvimos allí tres dias, y al cabo de ellos acordaron los Indios de volver sobre nosotros, y morir ó vencer: y cierto no pongo duda en ello, que si la determinacion viniera en efecto, nos lleváran á todos en las uñas, por la falta de armas y sillas que teniamos. Fué Dios servido, que estando un quarto de legua del pueblo para dar en nosotros, vino un gran golpe de agua que Dios envió de su cielo, les mojó las cuerdas de los arcos, y no pudieron hacer nada, se volvieron, y á la mañana corriendo la tierra, hallaron el rastro de ellos, y tomaron un Indio que nos declaró y avisó de todo lo que los Indios venian á hacer, y que habian jura-

do por sus dioses de morir en la demanda, y así el Gobernador visto esto, determinó salir de allí é irse á Chicacilla, donde luego á gran priesa hicimos rodelas, lanzas y sillas: porque en tales tiempos la necesidad á todos hace maestros. Hicimos de dos cueros de oso fuelles, y con los cañones que llevabamos, armamos nuestra fragua, templamos nuestras armas, y apercibimonos lo mejor que podimos. Todas son palabras de Carmona, sacadas á la letra.

Pues como los enemigos hubiesen reconocido y sabido de cierto el daño y extrago que en los Castellanos habian hecho, cobrando mas ánimo y atrevimiento con la victoria pasada, dieron en inquietarlos todas las noches con rebatos y arma; y no como quiera, sino que venian en tres y en quatro esquadrones por diversas partes, y con grande grita y alarido açometian

... los Españoles, porque n
quemasen el alojamiento, como
bian hecho en Chicaza, estab
das las noches fuera del pueblo
tos en quatro esquadrones á las
tro partes de él, y con sus c
nelas puestas, y todos velando
que no habia hora segura par
der dormir, que todas las n
venian dos y tres veces, y m
hubo que vinieron quatro vece
sin la inquietud perpetua que
estas batallas daban, aunque las
de ellas eran ligeras, nunca d
ban de herir ó matar algun ho
ó caballo, y de los Indios tam
quedaban muchos muertos, ma

ñana por amedrentarlos, quatro y cinco quadrillas de á catorce y quince caballos, que corriesen todo el campo en contorno del pueblo, los quales no dexaban Indio á vida, que fuese espia ó que no lo fuese, que no lo alanceasen, y volvian á su alojamiento el sol puesto y mas tarde con relacion verdadera, que quatro leguas en circuito del pueblo no quedaba Indio vivo; mas dende á quatro horas ó cinco, á mas tardar, ya los esquadrones de los Indios andaban revueltos con los de los Castellanos, cosa que los admiraba grandemente, que en tan breve tiempo se hubiesen juntado y venido á inquietarlos.

En estas refriegas que cada noche tenian, aunque siempre hubo muertos y heridos de ambas partes, no acaecieron cosas particulares notables que poder contar, sino fué una noche, que un esquadron de In-

dios fué á dar donde estaba el capitan Juan de Guzman y su compañía, el qual salió á ellos á caballo con otros cinco caballeros, y tambien salieron los infantes; y porque quando los enemigos hondearon sus hachos, y encendieron lumbre estaban muy cerca de los nuestros, pudieron peones y caballos llegar juntos á envistir con ellos. Juan de Guzman, que era un caballero de grande ánimo, empero delicado de cuerpo, arremetió con el Alferez que traía un estandarte, y venía en la primera hilera, al qual tiró una lanzada. El Indio, hurtando el cuerpo, le asió la lanza con la mano derecha, y corrió la mano por ella hasta tocar con la de Juan Guzman; entonces soltó la lanza, y le asió de los cabezones, y dando un gran tiron lo atrancó de la silla, y dió con él á sus pies sin soltar la vandera que llevaba en la mano izquierda, y

todo fué hecho con tanta presteza, que apenas se pudo juzgar como hubiese sido.

Los soldados, quando vieron su capitan en tal aprieto, antes que el Indio le hiciese otro mal, arremetieron con él, lo hicieron pedazos, desbarataron su esquadron, y libraron de peligro á Juan de Guzman, pero no quedaron sin daño, porque los Indios dexaron muertos dos caballos, y heridos otros dos, de seis que á ellos habian salido. Los Españoles no sentian menos la pérdida de los caballos que la de los compañeros, y los Indios gustaban mas de matar un caballo que quatro caballeros, porque les parecia que solamente por ellos les hacian ventaja sus enemigos.

contra el frio que padecían
Chicaza.

Con estas batallas nocturnas
por ser tantas y tan contínuas
saban intolerable trabajo y mol
estuvieron nuestros Castellano
aquel alojamiento hasta fin de
zo, donde, sin la persecucion y
que los Indios les daban, pad
ron la inclemencia del frio, qu
rigurosísimo en aquella regio
como pasasen todas las noches
tos en esquadrones, y con tan
ropa de vestir, que el mas bie
rado no tenía sino unas calzas
bon de gamuza, y casi todos

En esta necesidad contra el frio, se valieron de la invencion de un hombre harto rústico y grosero, llamado Juan Vego, natural de Segura de la Sierra, á quien en la isla de Cuba, al principio de esta jornada, le pasó con Vasco Porcallo de Figueroa un cuento gracioso, aunque para él riguroso, que por ser de burlas y donayres no lo ponemos aquí; mas de decir, que Juan Vego, aunque tosco y grosero daba en ser gracioso: burlábase con todos: deciales donayres y gracias desatinadas, conforme el aljaba de donde salian. Vasco Porcallo de Figueroa, que tambien era amigo de burlas, le hizo una pesada, en cuya satisfaccion le dió en la Habana, donde pasó la burla, un caballo alazano, que despues en la Florida, por haber salido tan bueno, le ofrecieron muchas veces siete y ocho mil pesos por él para la primera funcion

que nuestros ... de su descub...
cipios y medios de su descub... fueron tan ricas
no se prometian, fueron tan ricas
magníficas como esto, mas Ju
Vego nunca quiso venderlo; y a
tó en ello, porque no hubo fu
cion, sino muerte y pérdida d
dos ellos, como la historia lo
Este Juan Vego dió en
una estera de paja, que allí
muy buena, larga, blanda y
para socorrerse del frio de
ches. Hizola de quatro dedos
so, larga y ancha: echaba
debaxo por colchon, y la
tad encima en lugar de f
como se hallase bien en
... para los c

mas, donde todas las noches estaban puestos en esquadron, resistieron el frio de aquel invierno, que ellos mismos confesaban hubieran perecido sino fuera por el socorro de Juan Vego. Ayudó tambien á llevar el mal temporal la mucha comida de maiz, y fruta seca que habia en aquella comarca, que aunque los Españoles padecieron rigor del frio, y las molestias de los enemigos, que no les dexaban dormir de noche, no tuvieron hambre, antes hubo abundancia de bastimentos.

CAPITULO XXI.

Salen los Españoles del alojamiento Chicaza: combaten el fuerte de Alibamo.

El Gobernador y sus capitanes, viendo que era ya pasado el mes de Marzo, y que era ya tiempo de pasar adelante en su descubrimien-

ta guerra y daño les habian h
y siempre de noche; que en
los quatro meses que allí estuv
los Españoles invernando, no
ron los Indios quatro noches si
les rebatos y arma continua. C
ta determinacion comun salier
nuestros de aquel puesto á lo
meros de Abril del año mil qui
tos quarenta y uno; y habiend
minado el primer dia quatro l
de tierra llana, poblada de m
pueblos pequeños, de á quince
veinte casas, pararon un quar
legua fuera de todo lo poblado
reciéndoles que los Indios de C

samientos muy diferentes y agenos de toda paz, como luego verémos.

Como los Españoles parasen para alorjarse en aquel campo, enviaron por todas partes caballos que corriesen la tierra, y viesen lo que habia en circuito del alojamiento, los quales volvieron con aviso, que cerca de allí habia un fuerte hecho de madera, con gente de guerra muy escogida, que al parecer serian como quatro mil hombres. El General, eligiendo cincuenta de á caballo, fue á reconocer el fuerte, y habiéndolo visto, volvió á los suyos, y les dixo: Caballeros, conviene antes que la noche cierre, echemos del fuerte, donde se han fortalecido, á nuestros enemigos, los quales, no contentos con la molestia y pesadumbre que tan porfiadamente en su tierra nos han dado, quieren, aunque estamos fuera de ella, molestarnos todavia, por mostrar que

no temen vuestras armas, pues las vienen á buscar fuera de sus términos: por lo qual será bien que los castiguemos, y que no queden esta noche donde estan; porque si allí los dexamos, saliendo por sus tercios en rueda, nos flecharán toda la noche sin dexarnos reposar.

A todos parecio bien lo que el Gobernador habia dicho; y así, dexando la tercia parte de la gente de infantes y caballos para guarda del real, fue toda la demas con el Gobernador á combatir el fuerte llamado Alibamo, el qual era quadrado, de quatro lienzos iguales, hecho de maderos hincados, y cada lienzo de pared tenia quatrocientos pasos de largo. Por de dentro en este quadro habia otros dos lienzos de madera, que atravesaban el fuerte de una pared á otra. El lienzo del frente tenia tres puertas pequeñas, y tan baxas, que no podia entrar

hombre de á caballo por ellas. La una puerta estaba en medio del lienzo, y las otras dos á los lados junto á las esquinas. En derecho de estas tres puertas habia en cada lienzo otras tres, para que si los Españoles ganasen las primeras, se defendiesen en las del segundo lienzo, y en las del tercero y quarto. Las puertas del postrer lienzo salian á un rio que pasaba por las espaldas del fuerte. El rio, aunque era angosto, era muy hondo, y de barrancas muy altas, que con dificultad las podian subir y baxar á pie, y de ninguna manera á caballo. Y este fue el intento de los Indios, hacer un fuerte donde pudiesen asegurarse de que los Castellanos les ofendiesen con los caballos, entrando por las puertas, ó pasando el rio, sino que peleasen á pie como ellos; porque á los infantes, como ya hemos dicho otras veces, no les habian temor



alguno, por parecerles que les eran iguales y aun superiores. Sobre el rio tenian puentes hechas de madera, flacas y ruines, que con dificultad podian pasar por ellas. A los lados del fuerte no habia puerta alguna.

El Gobernador, habiendo visto y considerado bien el fuerte, mandó que se apeasen cien caballeros de los mas bien armados, y hechos tres esquadrones de á tres hombres por hilera, acometiesen el fuerte, y que los infantes que no iban tan bien armados de armas defensivas como los caballeros, fuesen en pos de ellos, y todos procurasen ganar las puertas. Así se ordenó en un punto. Al Capitan Juan de Guzman le cupo la una puerta, al Capitan Alonso Romo de Cardeñosa la otra, y á Gonzalo Silvestre la tercera; los quales se pusieron en sus esquadrones en derecho de las puertas para los acometer.

Los Indios, que hasta entonces

habian estado encerrados en su fuerte, viendo los Españoles apercibidos para los combatir, salieron cien hombres por cada puerta á escaramuzar con ellos: traian grandes plumages sobre las cabezas, y para parecer mas feroces, venian todos ellos pintados á vandas las caras, los cuerpos, brazos y piernas con tintas ó betun de diversos colores, y con toda la gallardia que se puede imaginar, arremetieron á los Españoles, y de las primeras flechas derrivaron á Diego de Castro, natural de Badajoz, y á Pedro de Torres, natural de Burgos, ambos nobles y valientes, los quales iban en la primera hilera á los lados de Gonzalo Silvestre. Á Diego de Castro hirieron encima de la rodilla en el lagarto de la pierna derecha con un harpon de pedernal: á Pedro de Torres atravesaron una pierna por entre las dos canillas. Francisco de Reynoso,

caballero *natural de Astorga*, viendo solo á Gonzalo Silvestre, que era su caudillo, se pasó de la segunda fila donde iba á la primera, *por no le dexar ir solo.*

En el segundo esquadron, donde iba por Capitan Juan de Guzman, derribaron de otro flechazo con harpon de pedernal á otro caballero, llamado *Luis* Bravo de Xerez, que iba al lado del Capitan, y le hirieron en el lagarto del muslo. Al Capitan Alonso Romo de Cardeñosa, que iba á combatir la tercera puerta, le quitaron de su lado uno de sus dos compañeros, que habia por nombre Francisco de Figueroa, muy noble en sangre y en virtud, natural de Zafra, el qual fue asimismo herido por el lagarto del muslo, y tambien con harpon de pedernal; que estos Indios, como gente plática en la guerra, tiraban á los Españoles de los muslos abaxo, que era lo que llevaban

sin armas defensivas, y tirávanles con harpones de pedernal, por poder hacer mayor daño; porque sino hiriesen de punta, cortasen de filo al pasar.

Estos tres caballeros murieron poco despues de la batalla, y todos en una hora, porque las heridas habian sido iguales: causaron con su muerte mucha lastima, porque eran nobles, valientes y mozos, porque ninguno de ellos llegaba á los veinte y cinco años. Sin las heridas que hemos dicho, hubo otras muchas; porque los Indios peleaban valentisimamente, y tiraban á las piernas á sus enemigos. Lo qual visto por los nuestros, dieron á una todos un alarido, diciendo, que cerrasen de golpe con los contrarios, y no les diesen lugar á que gastasen sus flechas, con que tanto daño les hacian, y así los acometieron con toda furia y presteza, y los llevaron retirando hasta las puertas del fuerte.

hasta su fin:

El Gobernador, que con
te de á caballo se habia pu
lado de los esquadrones,
pitanes Andres de Vasc
Juan de Añasco al otro
otros treinta caballeros,
ron todos á los Indios. U
tiró una flecha al Genera
delante de los suyos, y le
la celada, encima de la
golpe tan recio, que la fle
de la celada mas de una
to, y el Gobernador confe
pues haberle hecho ver re
Pues como los caballeros

ger dentro los Indios, fue grande la mortandad de ellos. Los Españoles, con la misma furia que habian cerrado con los enemigos en el llano, con esa misma entraron por las puertas, revueltos con ellos, y tan igualmente, que no se pudo averiguar qual de los tres Capitanes hubiese entrado primero.

Dentro en el fuerte fue grande la matanza de los Indios, que como los Españoles los viesen encerrados, y se acordasen de las muchas pesadumbres que en el alojamiento pasado sin cesar les habian dado, los apretaron malamente con la ira y enojo que contra ellos tenian, y á cuchilladas y á estocadas, con gran facilidad, como á gente que no llevaba armas defensivas, mataron gran número de ellos. Muchos Indios, no pudiendo salir por las puertas al rio, por la priesa que les daban, confiados en su ligereza saltaron por cima

de las cercas, y cayeron en poder de los caballeros que andaban en el campo, donde los alancearon todos. Otros muchos Indios que pudieron salir al rio por las puertas, lo pasaron por las puentes de madera, empero muchos de ellos, con la priesa que unos á otros se daban al pasar, cayeron en el rio; y era cosa graciosa ver los golpazos que daban en el agua, porque caian de mucha altura. Otros que no pudieron tomar las puentes, ni la furia de los enemigos les daba tanto espacio, se echaron de las barrancas abaxo, y pasaron el rio á nado. De esta manera desembarazaron el fuerte en poco espacio, y los que pudieron pasar el rio, como que estuvieran ya seguros, se pusieron en esquadron, y los nuestros quedaron de estotra parte.

Un Indio de los que se habian escapado, viendose fuera de aprie-

to, deseando mostrar la destreza que en su arco y flechas tenia, se apartó de los suyos, y dió voces á los Castellanos, dandoles á entender por señas y algunas palabras, que se apartase un ballestero de ellos en desafio singular, y se tirasen sendos tiros, á ver qual de ellos era mejor tirador. Uno de los nuestros, que habia nombre Juan de Salinas, hidalgo montañés, salió muy apriesa de entre los Españoles, los quales, por asegurarse de las flechas, se habian puesto al reparo de unos arboles que tenian por delante, y fue el rio abaxo á ponerse en derecho de donde estaba el Indio, y aunque uno de sus compañeros le dió voces que esperase, que queria ir con él á hacerle escudo con una rodela, no quiso diciendo, que pues su enemigo no traia ventajas para sí, no queria llevarlas contra él: luego puso una jara en su ballesta, y apuntó al

Indio para le tirar, el qual hizo lo mismo con su arco, habiendo escogido una flecha de las de su carcax.

Ambos soltaron los tiros á un mismo tiempo. El montañes dió al Indio por medio de los pechos, de manera que fue á caer; mas antes que llegase al suelo, llegaron los suyos á socorrerle, y se lo llevaron en brazos, mas muerto que vivo, porque llevaba toda la jara metida por los pechos. El Indio acertó al Español por el pescuezo, en derecho del oido izquierdo, que por hacer buena punteria al enemigo, y tambien por darle el lado del cuerpo, que tiene menos traves que la delantera, habia estado ladeado al tirar de la ballesta, y le atravesó la flecha por la cerviz, echándole tanto de una parte como de otra, y así la traxo atravesada, y volvió á los suyos muy contento del tiro que ha-

bia hecho en su enemigo. Los Indios, aunque pudieron, no quisieron tirar á Juan de Salinas, porque el desafio habia sido uno á uno. El Adelantado, que habia deseado castigar la desvergüenza y atrevimiento de aquellos Indios, apellidando á los de á caballo, y pasando el rio por un buen vado que estaba arriba del fuerte, los llevaron alanceando por un llano adelante mas de una legua, y no cesaran hasta acabarlos todos, si la noche no les atajara con quitarles la luz del dia; mas con todo eso murieron en este trance mas de dos mil Indios, y pagaron bien su osadia, para que no pudiesen quedar loándose de los Castellanos que en su tierra habian muerto, ni de la mucha molestia que en todo el invierno pasado les habian dado. Habiendo seguido el alcance, se volvieron los Españoles á su alojamiento, y curaron los heridos, que fue-

ron muchos, por cuya necesidad pararon allí quatro dias que no pudieron caminar.

CAPITULO XXIII.

Por falta de sal mueren muchos Españoles. Como llegan á Chisca.

Volviendo en nuestra historia un poco atras de donde estabamos, porque se vayan contando los sucesos en el tiempo y lugar que acaecieron, porque no volvamos de mas lejos á encontrarlos, es de saber, que luego que nuestros Españoles salieron de la gran provincia de Coza, y entraron en la Tascaluza, tuvieron necesidad de sal; y habiendo pasado algunos dias sin ella, la sintieron de manera que les hacia mucha falta; y algunos, cuya complexîon debia de pedirla mas que la de otros, murieron por falta de ella, y

de una muerte extrañisima. Dabales una calenturilla lenta, y al tercero ó quarto dia no habia quien á cincuenta pasos pudiese sufrir el hedor de sus cuerpos, que era mas pestífero que el de los perros ó gatos muertos; y así perecian sin remedio alguno, porque ni sabian qual lo fuese, ni qué les hiciesen; porque no llevaban medico, ni tenian medicinas, ni aunque las hubiera se entendia que les pudieran aprovechar, porque quando sentian la calenturilla ya estaban corrompidos; cá tenian el vientre y las tripas verdes como yerbas dende el pecho abaxo.

De esta manera empezaron á morir algunos con grande horror y escandalo de los compañeros, de cuyo temor muchos de ellos usaron del remedio que los Indios hacian para preservarse y socorrerse en aquella necesídad; y era, que quemaban

cierta yerba que ellos conocian, y de la ceniza hacian legia, y en ella como en salsa mojaban lo que comian, y con esto se preservaban de morir podridos como los Españoles, los quales muchos de ellos, por ser sobervios y presuntuosos, no querian usar de este remedio, por parecerles cosa sucia é indecente á su calidad; y decian, que era baxeza hacer lo que los Indios hacian, y estos tales fueron los que murieron: y quando en su mal pedian la legia ya no les aprovechaba, por ser pasada la coyuntura que debia de preservar que no viniese la corrupcion, mas despues de llegada no debia ser bastante para remediarla, como no remedió á los que la pidieron tarde: castigo merecido de soberbios, que no hallen en la necesidad lo que despreciaron en la abundancia. Así murieron mas de sesenta Españoles en la temporada que les faltó la sal,

que fue casi un año, y en su lugar diremos como hicieron sal, y socorrieron su necesidad.

Asimismo es de advertir, que quando el Gobernador llegó á Chicaza, por la mucha variedad de lenguas que halló, conforme á las muchas provincias que habia pasado, que casi cada una tenia su lenguage diferente de la otra, eran menester diez, doce y catorce intérpretes para hablar á los caciques é Indios de aquellas provincias; y pasaba la razon dende Juan Ortiz hasta el postrero de los intérpretes, los quales se ponian como atenores para recibir y dar la razon al otro, segun se iban entendiendo unos á otros. Con este trabajo y cansancio pedia y recibia el Adelantado las relaciones de las cosas, que de toda aquella gran tierra le convenia informarse. Este trabajo faltaba en los Indios é Indias particulares que de qualquier

ra provincia los nuestros para su servicio prendian; porque dentro de dos meses que hubiesen comunicado con los Españoles, entendian á sus amos lo que en la lengua castellana les hablaban, y ellos en la misma lengua daban á entender lo que les era forzoso y mas comun, y á seis meses que hubiesen conversado con los Castellanos, servian de intérpretes para con otros nuevos Indios. Toda esta habilidad mostraban en el lenguage, y para otra qualquiera cosa la tenian muy buena todos los de este gran reyno de la Florida.

Del alojamiento de Alibamo, que fue el postrero de la provincia de Chicaza, salió el exército pasados los quatro dias que por necesidad de los heridos allí estuvo; y al fin de otros tres que caminó por un despoblado, llevando siempre la via al Norte, por huir de la mar, llegó á

dar vista á un pueblo llamado Chisca, el qual estaba cerca de un rio grande, que por ser el mayor de todos los que nuestros Españoles en la Florida vieron, le llamaron el rio grande, sin otro renombre. Juan Coles en su relacion dice, que este rio se llamaba en lengua de los Indios Chucagua, y adelante haremos mas larga mencion de su grandeza, que será de admiracion. Los Indios de esta provincia Chisca, por la guerra continua que con los de Chicaza tienen, y por el despoblado que entre las dos provincias hay, no sabian cosa alguna de la ida de los Españoles á su tierra, y así estaban descuidados. Los nuestros, luego que vieron el pueblo, sin guardar orden arremetieron á él, prendieron muchos Indios é Indias de todas edades, y saquearon todo lo que en él hallaron, como si fuera de los de la provincia de Chicaza, don-

de fortaleza. No podian sub
sino por dos escaleras. A e
se recogieron muchos Indios
se acogieron á un monte mu
que habia entre el pueblo y
grande. El señor de aquella
cia se llamaba Chisca, con
misma. Estaba enfermo en l
y era ya viejo. El qual, si
el ruido y alboroto que en el
andaba, se levantó y salió de
sento, y como viese el robo
sion de sus vasallos, tomó u
cha de armas, y á toda furia
decendir, haciendo grandes
que habia de matar quantos
tierra hubiesen ...

tar enfermo, era un viejecito pequeño de cuerpo, que en todos quantos Indios vieron estos Españoles en la Florida, no vieron otro de tan ruin persona; empero el ánimo de las valentias y hazañas de su mocedad, que habia sido belicoso, y el señorio de una provincia tan grande y buena como la suya, le daban esfuerzo á hacer aquellos fieros y otros mayores.

Sus mugeres y criados se asieron de él, y con lagrimas y ruegos, encareciendo la falta de su salud, le detuvieron que no baxase; y los Indios que subian del pueblo le dixeron, que los que habian venido eran hombres nunca vistos ni oidos, y que eran muchos, y traian unos animales muy grandes y ligeros; que si queria pelear con ellos, mirase que los suyos estaban descuidados y no apercibidos, que para vengar su injuria apellidase la gente que

habia en la comarca, y aguardase mejor coyuntura, y entretanto fingiese toda buena aparencia de amistad, y se acomodase con las ocasiones conforme ellas se ofreciesen, ó de paciencia y sufrimiento, ó de ira y venganza, y no quisiese hacer inconsideradamente alguna temeridad para mayor ofensa suya y daño de sus vasallos. Con estas razones, y semejantes que sus mugeres, criados y vasallos dixeron al curaca, lo detuvieron á pelear con los christianos; mas él quedó tan enojado, que un recaudo que el Gobernador, sabiendo que estaba en su casa, le enviaba de paz y amistad, no quiso oir, diciendo que no queria escuchar recaudo de quien le habia ofendido, sino hacerle guerra á fuego y á sangre, y así se la declaraba dende luego porque no se descuidase, que pensaba degollarlos presto á todos juntos.

CAPÍTULO XXIV.

Los Españoles vuelven el saco al curaca Chisca: huelgan de tener paz con él.

El General, sus capitanes y soldados, que de todo el invierno pasado venian hartos y ahitos de pelear, y traian muchos heridos y enfermos, así hombres como caballos, ninguna inclinacion tenian á la guerra sino á la paz; y con el deseo de ella, confusos de haber saqueado el pueblo, y de haber enojado al curaca, le enviaron otros muchos recaudos, con todas las buenas palabras, blandas y suaves que se sufrian decir; porque demas de los inconvenientes que los Españoles traian consigo, vieron que en menos de tres horas que hubieron llegado al pueblo, se habian juntado con el cacique casi quatro mil hombres de guerra, to-

dos apercibidos de sus armas, y temieron los nuestros, que pues aquellos se habian juntado en tan breve tiempo, vendrian muchos mas adelante. Vieron asimismo, que el sitio del lugar, así en el pueblo como fuera de él, era muy bueno y favorable para los Indios, y malo y desacomodado para los Castellanos; porque por los muchos arroyos y montes que en todo aquel espacio habia, no podian aprovecharse de los caballos, como era menester para ofender á los Indios; y lo que les era de mayor consideracion, y ellos lo traian bien experimentado era ver, que con la guerra y batallas no medraban nada, sino que antes se iban consumiendo: porque de dia en dia les mataban hombres y caballos, por todo lo qual instaban á la paz con mucho deseo de ella.

Al contrario entre los Indios, despues que se juntaron á consultar,

los recaudos de los nuestros, habia muchos que deseaban la guerra, porquè estaban lastimados con la prision de sus mugeres, hijos, hermanos y parientes, y con la hacienda robada; y para restituirse en todo lo perdido, les parecia, segun la ferocidad de sus ánimos, que no tenian camino mas corto que el de las armas, y qualquiera otro se les hacia largo; y deseando verse ya en la batalla, contradecian la paz, sin dar razon alguna mas que la de su perdida. Asimismo habia otros Indios, que sin haber perdido cosa alguna que deseasen cobrar, sino solo por mostrar sus fuerzas y valentia, y por la natural inclinacion que generalmente tienen á la guerra, contradecian la paz. Los quales proponian era caso de honra diciendo, que seria bien experimentar qué hombres eran en las armas aquellos tan extraños y no conocidos, y á

donde llegaban *sus fuerzas* y ánimo: y para que ellos y otros por ellos escarmentasen en lo por venir de ir á sus tierras, seria muy bien hecho *darles á conocer su esfuerzo y valentia*. Otros Indios hubo mas pacificos y cuerdos, que dixeron se debia aceptar la paz y amistad que los Españoles ofrecian, porque con ella mas seguramente que con la guerra y enemistad podian cobrar las mugeres é hijos presos, y la hacienda perdida, y asegurar, que la que se podia perder, como era ver quemar sus pueblos, y talar los campos en tiempo que las mieses estaban cerca de sazonar, no se perdiese, y que no habia para qué experimentar quan valientes fuesen aquellas gentes; pues la razon claramente les decia, que hombres que tantas tierras de enemigos habian pasado para llegar á las suyas, no podian dexar de ser valentisimos, cu-

ya paz y concordia les era mejor que la guerra: la qual sin los daños propuestos causarian la muerte de muchos de ellos, la de sus hermanos, parientes y amigos; y darian venganza de sí á sus enemigos los Indios comarcanos. Por tanto seria mejor aceptasen la amistad, y viesen como les iba con ella; que quando no les fuese bien, con mucha facilidad, y con mas ventajas que las que entonces tenian, podrian volver á tomar las armas, y salir con lo que ahora pretendian.

Este consejo venció á los demas, y el curaca se inclinó á él, y guardando su enojo para quando se ofreciese mejor ocasion, respondió á los mensageros del Gobernador diciendo, que ante todas cosas le dixesen qué era lo que los Castellanos querian; y siendole respondido que no mas de que les desembarazasen el pueblo para su alojamiento, y les

diesen la comida que hubiesen menester, que seria poca, porque ellos pasaban de camino, y no podian parar mucho en su tierra, dixo, que era contento de concederles la paz y amistad que le pedian, desocupar el pueblo y dar el bastimento, con condicion que soltasen luego sus vasallos, y les restituyesen toda la hacienda que les habian tomado, *sin que de ella faltase ni una sola olla de barro*: palabras fueron suyas, y que no subiesen á su casa, ni le viesen, que con estas condiciones él seria amigo de los Españoles, donde no, que los desafiaba luego á la batalla.

Los nuestros aceptaron las condiciones, porque no habian menester la gente que habian preso, que ellos traian servicio bastante, y la hacienda toda era una miseria de gamuzas, y algunas mantas, pocas y pobres. Todo se les restituyó, que

no faltó ni una olla de barro, como dixo el curaca. Los Indios desocuparon el pueblo, y dexaron la comida que en sus casas tenian para los Castellanos. Los quales, por causa de los enfermos, porque se regalasen, pararon en aquel pueblo llamado Chisca seis dias. El último de ellos, con permision del cacique, que ya estaba menos enojado, le visitó el Gobernador, y le agradeció la amistad y hospedage, y otro dia siguiente se partió en demanda de su viage y descubrimiento.

CAPITULO XXV.

Salen los Españoles de Chisca: hacen barcas para pasar el rio grande. Llegan á Casquin.

Habiendo salido el exército de Chisca, anduvo quatro jornadas pequeñas de á tres leguas: que la indisposicion de los heridos y enfer-

mos no consentia que fuesen mas largas, y todos quatro dias caminaron el rio arriba. Al fin de ellos llegaron á un paso por donde se podia pasar el rio grande, no que se vadease, sino que tenia paso abierto para llegar á él: porque en todo lo de atras de su ribera habia monte grandisimo y muy cerrado, y tenia las barrancas de una parte y otra muy altas y cortadas, que no podian subir ni baxar por ellas. En este paso fue necesario que el Gobernador y su exército parasen veinte dias, porque para pasar el rio era menester se hiciesen barcas ó piraguas como las que se hicieron en Chicaza, porque luego que los nuestros llegaron al paso del rio, se mostraron de la otra parte mas de seis mil Indios de guerra, bien apercibidos de armas, y gran número de canoas para defenderles el paso.

Otro dia despues que el Gober-

nador llegó á este alojamiento, vinieron quatro Indios principales con embaxada del señor de aquella misma provincia donde los Españoles estaban, cuyo nombre, por haberse ido de la memoria, no se pone aquí. Puestos ante el General, sin haber hablado palabra, ni hecho otro semblante alguno, volvieron los rostros al Oriente, é hicieron una adoracion al sol con grandisima reverencia: luego volviendose al Poniente hicieron otra no tan grande á la luna, y luego, enderezándose hácia el Gobernador, le hicieron otra menor: de manera que todos los circunstantes notaron las tres maneras de veneracion que habian hecho, por sus grados. Luego dieron su embaxada diciendo, que el curaca, su señor, todos sus caballeros, y la demas gente comun de su tierra, les enviaban á que en nombre de todos ellos le diesen la bien venida, y le

dixo muy buenas palabras
vió muy contentos de
dad.

Todo el tiempo que l
les estuvieron en aquel al
que fueron veinte dias ó
vieron estos Indios al ex
mucha paz y amistad;
curaca principal nunca vi
Gobernador, antes se anc
sando con achaques de fa
lud: de donde se entendi
biese enviado la embaxa
cho el demas servicio por
que no le talasen los can
estaban fértiles, y cerca d
los frutos, y porque no le

las barcas los Españoles pusieron, que todos trabajaban en ellas sin diferencia alguna de capitanes á soldados, antes era tenido por capitan el que mas trabajo ponia en ellas, echaron al cabo de quince dias dos barcas al rio, acabadas de todo punto, y de noche y de dia las guardaban con mucho cuidado, porque los enemigos no se las quemasen, los quales en todo el tiempo que los Españoles se ocupaban en su trabajo, no cesaron de molestarlos en las canoas, que las tenian muchas y muy buenas, que hechos sus esquadrones, unas veces baxando el rio abaxo, otras subiendo el rio arriba, al emparejar les echaban muchas flechas, y los Españoles se defendian y los apartaban de sí con los arcabuces y ballestas con que les hacian mucho daño, porque de sus reparos tiraban á no perder tiro, y hacian hoyos en las orillas del rio, donde se

las barcas, tenian quatro
en las quales cabian cie:
cuenta infantes y treinta
para que los Indios las vi
y entendiesen que no
ofender, las llevaron á v
el rio arriba y abaxo. L
reconociendo que no pod
der el paso, acordaron al:
é irse á sus pueblos.

Los Españoles sin co
alguna pasaron el rio en su
y en algunas canoas que c
na industria habian gan
enemigos. Deshechas las l
guardar la clavazon, qu
necesaria pasaron adela

quatrocientas casas, asentado á la ribera de un rio, mayor que Guadalquivir por Córdova. En toda la ribera de aquel rio y su comarca habia muchas sementeras de maiz ó zara, y gran cantidad de árboles frutales, que mostraban ser la tierra muy fértil. Los Indios del pueblo, que ya tenian noticia de la ida de los Castellanos, salieron en comunidad, sin personage señalado, á reconocer al Gobernador, le ofrecieron sus personas, casas y tierras, y le dixeron, que de todo le hacian señor. Desde á poco vinieron de parte del curaca dos Indios principales, acompañados de otros muchos, y de nuevo, en nombre del señor y de todo su estado, ofrecieron al General, como lo habian hecho los primeros, su vasallage y servicio: y el Gobernador los recibió con mucha afabilidad, y les dixo muy buenas palabras, con

que se volvieron muy contentos.

Este pueblo, toda su provincia, y el curaca, Señor de ella, habian un mismo nombre, y se llamaban *Casquin*. Por la mucha comida que tenia para la gente, por regalar los enfermos y tambien los caballos descansaron los Españoles seis dias, los quales pasados, fueron en otros dos al pueblo, donde el cacique *Casquin* residia, que estaba en la misma ribera, siete leguas el rio arriba, toda tierra muy fértil y poblada; aunque los pueblos eran pequeños, de á quince, veinte, treinta y quarenta casas. El cacique, acompañado de mucha gente *noble*, *salió á recibir* al Gobernador, y le ofreció su amistad, servicio y su propia casa en que se alojase, la qual estaba en un cerro alto hecho á mano en un lado del pueblo, donde habia doce ó trece casas grandes, en que el curaca tenia toda su familia de muge-

res y criados, que eran muchos. El Gobernador dixo, que aceptaba su amistad, mas nò su casa, por no desacomodarle, y holgó de aposentarse en una huerta que el mismo cacique señaló, quando vió que no queria sus casas, donde los Indios, sin una buena casa que en ella habia, hicieron con mucha presteza grandes y frescas ramadas, que eran así menester, por ser ya mayo y hacer calor. El exército se alojó parte en el pueblo, y parte en las huertas, donde todos estuvieron muy á placer.

Hacese una solemne pr
Indios y Españoles par
la Cruz.

Tres dias habia que el e:
taba alojado en el puebl
Casquin, con mucho cont(
dios y Españoles, quand(
dia el curaca, acompaña(
la nobleza de su tierra, q
bia hecho convocar para a
lemnidad, se puso ante el
dor, y habiendo él y todo:
hecho una grandísima r(
le dixo: Señor, como nos l
taja en el esfuerzo y en l
así creemos que nos la hac

[redacted]

todos ellos, te suplicamos tengas por bien de pedir á tu Dios que nos llueva, que nuestros sembrados tienen mucha necesidad de agua. El General respondió, que aunque pecadores todos los de su exército, y él, suplicarian á Dios nuestro Señor les hiciese merced, como padre de misericordias. Luego en presencia del cacique mandó á maestre Francisco Ginovés, gran oficial de Carpinteria, y de fábrica de navios, que de un pino, el mas alto y grueso que en toda la comarca se hallase, hiciese una cruz.

Tal fue el que por aviso de los mismos Indios se cortó, que despues de labrado, quiero decir, quitada la corteza, y redondeado á mas ganar, como dicen los carpinteros, no lo podian levantar del suelo cien hombres. El maestro hizo la cruz en toda perfeccion, en cuenta de cinco y tres, sin quitar nada al árbol de

[redacted]

su altor: salió hermosisima por ser tan alta. Pusieronla sobre un cerro alto hecho á mano, que estaba sobre la barranca del rio, y servia á los Indios de atalaya, y sobrepujaba en altura á otros cerrillos que por allí habia. Acabada la obra, que gastaron en ella dos dias, y puesta la cruz, se ordenó el dia siguiente una solemne procesion, en que fue el General, los capitanes, y la gente de mas cuenta, y quedó á la mira un esquadron armado de los infantes y caballos que para guarda y seguridad del exército era menester.

El cacique fue al lado del Gobernador, y muchos de sus Indios nobles fueron entremetidos entre los Españoles. Delante del General, de por sí aparte en un coro, iban los Sacerdotes, Clérigos y Frayles, cantando las Letanias, y los soldados respondian. De esta manera fueron un buen trecho mas de mil hombres,

entre fieles é infieles, hasta que llegaron donde la cruz estaba, y delante de ella hincaron todos las rodillas, y habiéndose dicho dos ó tres oraciones, se levantaron, y de dos en dos fueron primero los Sacerdotes, y con los hinojos en tierra adoraron la cruz y la besaron. En pos de los Eclesiasticos fue el Gobernador y el cacique con él, sin que nadie se lo dixese, é hizo todo lo que vió hacer al General, y besó la cruz. Tras ellos fueron los demas Españoles é Indios, los quales hicieron lo mismo que los Christianos hacian.

De la otra parte del rio habia quince ó veinte mil animas de ambos sexôs, y de todas las edades, los quales estaban con los brazos abiertos, y las manos altas, mirando lo que hacian los Christianos: y de quando en quando alzaban los ojos al cielo, haciendo ademanes con ma-

ando baxo y sordo, c
te lastimada, y á los n
ban que llorasen, y ell
mismo. Toda esta solen
tentaciones hubo de la
otra del rio al adorar d
quales al Gobernador y
los suyos movieron á n
ra, por ver que en tierr
ñas, y por gente tan a
doctrina christiana, fue
demostracion de humil
mas adorada la insignia
redencion. Habiendo te
la cruz de la manera qu
cho, se volvieron con l
den de procesion que h

se gastado en ella largas quatro horas de tiempo.

Dios nuestro Señor, por su misericordia, quiso mostrar á aquellos gentiles, como oye á los suyos que de veras lo llaman, que luego la noche siguiente, de media noche adelante, empezó á llover muy bien, y duró el agua otros dos dias, de que los Indios quedaron muy alegres y contentos, y el curaca y todos sus caballeros, en la forma de la procesion que vieron hacer á los Christianos para adorar la cruz, fueron á rendir las gracias al Gobernador, por tanta merced como su Dios les habia hecho por su intercesion; y en suma con muy buenas palabras le dixeron, que eran sus esclavos, y de allí adelante se jactarian y preciarian de serlo. El Gobernador les dixo, que diesen las gracias á Dios que crió el cielo y la tierra, y hacia aquellas misericordias y otras mayores.

Hanse contado estas cosas con tanta particularidad, porque pasaron así, y porque fue órden y cuidado del Gobernador, y de los Sacerdotes que andaban con él, que se adorase la cruz con toda solemnidad que les fuese posible; porque viesen aquellos gentiles la veneracion en que la tenian los Christianos. Todo este capítulo de la adoracion cuenta muy largamente Juan Coles en su relacion, y dice que llovió quince dias. Acabadas estas cosas, habiendo ya nueve ó diez dias que estaban en aquel pueblo, mandó el Gobernador se apercibiese el exército para caminar el dia siguiente en demanda de su descubrimiento.

El cacique Casquin, que era de edad de cincuenta años, suplicó al Gobernador le diese licencia para ir con él, y permitiese que llevase gente de guerra y de servicio, los unos para que acompañasen el exército,

y los otros para que llevasen el bastimento, porque habian de ir por tierras despobladas, y para que limpiasen los caminos, y en los alojamientos traxesen leña y yerba para los caballos. El Gobernador le agradeció su buen comedimiento, y le dixo, que hiciese lo que mas su gusto fuese, con lo qual salió el curaca muy contento, y mandó apercibir, ó ya lo estaba, gran número de gente de guerra y servicio.

CAPITULO XXVII.

Indios y Españoles van contra Capaha: descríbese el sitio de su pueblo.

Es de saber, para mayor claridad de nuestra historia, que este cacique Casquin, y sus padres, abuelos y antecesores, de muchos siglos atrás, tenian guerra con el Señor y Señores de otra provincia llamada Ca-

paha, que confinaba con la
Los quales, porque eran ma
Señores de tierra y vasallos, h
traido y traian siempre á Casqu
rinconado, y casi rendido, qu
osaba tomar las armas, por no
jar á Capaha, y por no irrita
que le hiciese el daño, que
mas poderoso podia. Estaba qu
solo se contentaba con guarda
términos, sin salir de ellos, n
ocasion á que le ofendiesen, s
los tiranos basta no darsela.
como ahora viese Casquin la b
coyuntura que se le ofrecia,
con la fuerza y poder ageno
garse de todas sus injurias pas
y él fuese sagaz y astuto, pid
Gobernador la licencia que h
dicho, con la qual, y con la in
cion de vengarse, sacó sin la
te de servicio cinco mil Indio
guerra, bien apercibidos de ar
y adornados de grandes plum

que por ninguna cosa saldrán de sus casas sin estas dos. Llevó tres mil Indios cargados de comida, los quales tambien llevaban sus arcos y flechas.

Con este aparato salió Casquin de su pueblo, habiendo pedido licencia para ir delante con su gente, con achaque de descubrir los enemigos si los hubiese, y de tener proveidos los alojamientos de las cosas necesarias para quando el exército Español llegase. Sacó su gente en esquadron formado, dividido en tres tercios, vanguardia, batalla y retaguardia, en toda buena órden militar. Un quarto de legua en pos de los Indios salieron los Españoles, y así caminaron todo el dia. La noche se alojaron los Indios delante de los Castellanos. Pusieron sus centinelas tambien como los nuestros, y entre las unas centinelas y las otras pasaba la ronda de á caballo. Con esta

deros, y el medio era de a
pia, mas tan honda que por
de veinte pasos se habia d
esta cienega era término d
provincias enemigas de C
Capaha. La gente pasó por
las puentes que habia hech
dera: los caballos pasaron
con mucho trabajo, por l
nos que á las orillas de un
otra de la cienega habia.
todo el quarto dia en pas
media legua de ella se alo
Indios y Españoles en una
sisimas dehesas de tierra
cible. Otras dos jornadas c

frontera, y defensa de toda la provincia contra la de Casquin, y por ende lo tenian fortificado de la manera que dirémos. El pueblo tenia quinientas casas grandes y buenas: estaba en un sitio algo mas alto y eminente que los derredores: teníanlo hecho casi isla con una caba ó foso de diez ó doce brazas fondo, y de cincuenta pasos en ancho, y por dondè menos de quarenta, hecho á mano, el qual estaba lleno de agua, y la recibia del rio grande que atrás hicimos mencion, que pasaba tres leguas arriba del pueblo. Recibiala por una canal abierto á fuerza de brazos, que desde el foso iba hasta el rio grande á tomar el agua: la canal era de tres estados de fondo, y tan ancha que dos canoas de las grandes baxaban y subian por ellas juntas sin tocar los remos de la una con los de la otra. Este foso de agua tan ancho como hemos dicho, rodeaba

las tres partes del pueblo, que aun no estaba acabada la obra: la otra quarta parte estaba cercada de una muy fuerte palizada, hecha pared, de gruesos maderos hincados en tierra, pegados unos á otros, y otros atravesados, atados y embarrados, con barro pisado con paja, como ya lo hemos dicho arriba. Este gran foso y su canal tenia tanta cantidad de pescado, que todos los Españoles é Indios que fueron con el Gobernador se hartaron de él, y pareció que no le habian sacado un pece.

El cacique Capaha, quando sus enemigos los Casquines asomaron á dar vista al pueblo, estaba dentro, mas pareciéndole que por estar su gente desapercibida, y por no tener tanta como fuera menester no podian resistir á sus contrarios, les dió lugar, y antes que llegasen al pueblo se metió en una de las canoas que en el foso tenia, y se fue por la ca-

nal hasta el rio grande, á guarecerse en una isla fuerte que en él tenia. Los Indios del pueblo que pudieron haber canoas, fueron en pos de su señor: otros que no las pudieron haber se huyeron á los montes que por allí cerca habia, y otros mas tardíos y desdichados quedaron en el pueblo. Los Casquines, hallándolo sin defensa, entraron en él, no de golpe sino con recato y temor no hubiese dentro alguna celada de enemigos, que aunque llevaban el favor de los Españoles, todavia, como gente muchas veces vencida, temian á los de Capaha, que no podian perderles el miedo, la qual dilacion dió lugar á que mucha gente del pueblo, hombres, mugeres y niños se escapasen huyendo.

Despues que los Casquines se certificaron que no habia en el pueblo quien los contradixese, mostraron bien el odio y rencor que á los

moradores de él tenian, porque
taron los hombres que pudiero
ber á las manos, que fueron m
ciento y cincuenta, y les qui
los cascos de la cabeza, para s
llevar á su tierra en señal de bl
que entre todos estos Indios s
de gran vitoria y venganza d
injurias. Saquearon todo el pu
robaron particularmente las cas
Señor, con mas contento y a
so que otra alguna; porque er
yas, cautivaron muchos mucha
niños y mugeres, y entre ell
hermosisimas mozas, muger
Capaha, de muchas que teni
quales no habian podido emba
con el cacique su marido,
turbacion y mucha priesa que
bresalto de la no pensada veni
los enemigos les habia causad

CAPITULO XXVIII.

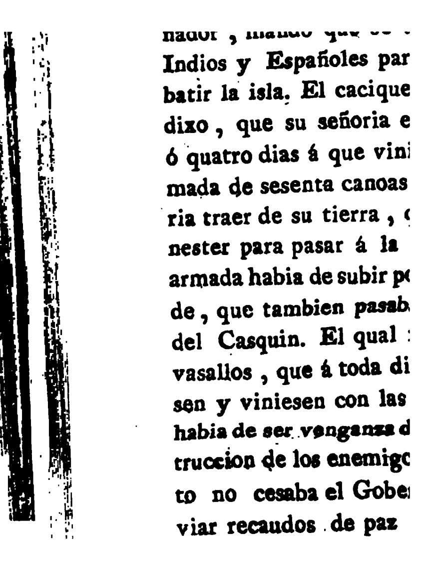
Saquean los Casquines el pueblo y entierro de Capaha: van en su busca.

No se contentaron los Casquines con haber saqueado la casa del curaca, robado el pueblo, y hecho la mortandad y prisioneros que pudieron, sino que fueron al templo que estàba en una plaza grande que el pueblo tenia, el qual era entierro de todos los señores que habian sido de aquella provincia, padres, abuelos y antecesores de Capaha. Aquellos templos y entierros, como ya en otras partes se ha dicho, son lo mas estimado y venerado que entre estos Indios de la Florida se tiene; y creo que es lo mismo en todas naciones, y no sin mucha razon, porque son reliquias, no digo de Santos, sino de los pasados que

tendiesen lo mucho que.(
berbio, y altivo por no
hasta entonces ofendido
habia de sentir que su
hubiesen tenido atrevimi
trar en su templo y enti
nospreciarlo, no solamen
en él, empero hicieron t
nominias y afrentas que
porque saquearon todo lo
templo habia de riqueza
despojos y trofeos que se
cho de las pérdidas de
sados.

Derribaron por el sue
arcas de madera que ser

habia, y no se contentó con los derramar por el suelo, sino que los pisaron y cocearon con todo vilipendio y menosprecio. Quitaron muchas cabezas de Indios Casquines, que los de Capaha habian puesto por señal de triunfo y victoria, en puntas de lanzas á las puertas del templo, y en lugar de ellas pusieron otras cabezas que ellos aquel dia cortaron de los vecinos del pueblo: en suma, no dexaron de pensar cosa que no la hiciesen. Quisieron quemar el templo, las casas del curaca, y todo el pueblo, mas no osaron por no enojar al Gobernador. Todas estas cosas hicieron los Casquines antes que el Gobernador entrase en el pueblo; el qual, luego que supo que Capaha se habia ido á la isla á fortalecerse en ella, le envió recaudos de paz y amistad, con Indios suyos de los que habian preso: mas él no quiso aceptarla, antes hizo lla-



nador, mando que se
Indios y Españoles par
batir la isla. El cacique
dixo, que su señoria e
ó quatro dias á que vini
mada de sesenta canoas
ria traer de su tierra,
nester para pasar á la
armada habia de subir p
de, que tambien pasab
del Casquin. El qual
vasallos, que á toda di
sen y viniesen con las
habia de ser venganza d
truccion de los enemigo
to no cesaba el Gobe
viar recaudos de paz

é ir por agua y tierra donde los enemigos estaban. Salieron los Castellanos al quinto dia de como llegaron al pueblo de Capaha.

Los Indios Casquines, por hacer daño en las sementeras de sus enemigos, caminaron hechos una ala de media legua en ancho, talando y destruyendo quanto por delante topaban. Hallaron muchos Indios de los suyos que estaban cautivos, y servian de cultivar en los heredamientos y campos de los de Capaha, á los esclavos, porque no se les huyesen, les deszocaban de los pies, como ya hemos dicho de otros; y con prisiones crueles y perpetuas los tenian como á esclavos, mas por señal de victoria, que por el provecho y servicio que les podian hacer: pusiéronlos en libertad los Casquines, y los enviaron á su tierra. El Gobernador, y el cacique Casquin llegaron con sus exércitos al rio.

Grande, y hallaron que Capahà estaba fortalecido en la isla con palenques de madera gruesa, que la atravesaban de una parte á otra; y como tuviese mucha maleza de zarzas y monte que la isla criaba, estaba mala de entrar, y peor de andar por ella. Por esta aspereza, y por la mucha y muy buena gente de guerra que Capaha tenia dentro; se aseguraba que no se la ganasen. Con todas estas dificultades mandó el Gobernador que en veinte canoas se embarcasen doscientos Castellanos infantes, y en las demas fuesen tres mil Indios, y todos juntos acometiesen la isla, y procurasen ganarla como buenos guerreros. Con esta órden fueron en las sesenta canoas el número de Indios y Españoles que se ha dicho. Al saltar en tierra hubo una desgracia que lastimó generalmente á todos los Castellanos, y fué, que uno de ellos

llamado Francisco Sebastian, natural de Villanueva de Barcarrota, que habia sido soldado en Italia, gentil hombre de cuerpo y rostro, muy alegre de su condicion, se ahogó por darse priesa á saltar en tierra con una lanza, hincando el recaton en el suelo, y no pudiendo alcanzar la tierra, por haber rehuido la canoa para atrás, cayó en el agua, y por llevar una cota vestida se fué luego á fondo, que no pareció mas. Poco antes, yendo en la canoa, habia estado como otras veces muy regocijado con sus compañeros, y dicholes mil gracias y donayres, y entre otras habia dicho éstas. La mala ventura me truxo á estos desesperaderos, que Dios en buena tierra me habia echado, que era en Italia, donde segun el uso del lenguage, me hablaban de Señoria, como si yo fuera señor de vasallos, y vosotros aquí aun no os preciais de ha-

como si yo fuera hijo de e
tenia yo en la paz y en
si acertaba á matar algun
turco, moro ó frances,
que despojarle, armas ves
ballos, que siempre me v
mas aquí he de pelear co
nudo, que anda saltando d
pasos delante de mí, fl
como á fiera, sin que le
canzar; y ya que mi bu
me ayuda y le alcance y
hallo que quitarle, sino
un plumage, como si n
provecho; y lo que mas
què el lucero de Italia,
... astrologo jud

del agua. Estas cosas y otras semejantes habia dicho Francisco Sebastian poco antes que se ahogára; que causaron mucha lástima á sus compañeros.

Los quales á la primera arremetida, á pesar de los enemigos, tomaron tierra, y con mucho ánimo y esfuerzo ganaron el primer palenque, y los llevaron retirando hasta el segundo, con que pusieron tanto temor y espanto á las mugeres, niños y gente de servicio que en la isla habia, que á mucha priesa dando gritos se embarcaron en sus canoas para huir por el rio adelante. Los Indios que estaban puestos para defensa del segundo palenque, viendo á su cacique delante, y conociendo el peligro que sus mugeres, hijos y todos corrian de ser esclavos de sus enemigos, y que en sola aquella batalla, sino peleaban como hombres y la vencian, perdian toda la honra



dexado ,
ria como desesperados, ave
do á los que se habian ret
huido de los Casquines, pel
gran esfuerzo , hirieron m
pañoles , y los detuvieron
ni los Indios no pasaron

CAPITULO X

Huyen los Casquines de
Capaba pide paz a
nador.

Viendo los Indios de
habian detenido el ir
enemigos , cobrando
victorioso mayor áni
... Casquin

lo que habeis hecho, para quando los estrangeros se hayan ido, que entonces verémos qué hombres sois vosotros para la guerra.

Solas estas palabras fueron parte para que los Casquines, como gente amedrentada, y otras muchas veces vencida, no solamente dexasen de pelear, mas que totalmente perdiesen el ánimo, y á espaldas vueltas huyesen á las canoas sin respeto alguno de su cacique, ni temor de las voces y amenazas que los Españoles y el Gobernador les hacian porque no dexasen desamparados los doscientos Christianos que con ellos habian ido. Y así huyendo, como si los vinieran alanceando, tomaron sus canoas, y quisieron tomar las que los Castellanos habian llevado, sino que hallaron en cada una de ellas dos Christianos que habian quedado para guarda de ellas, que se las defendieron á golpe de espada,

que los Indios quisieron llevárselas todas, porque los enemigos no tuvieran con que seguirles.

Con esta vileza y poquedad de ánimo huyeron los Casquines, habiendo entendido poco antes ganar la isla con el favor y ayuda de los Españoles, sin que sus contrarios osaran tomar las armas. Nuestros infantes, viendo que eran pocos contra tantos enemigos, y que no tenian caballos, que era la mayor fuerza de ellos para resistirles, empezaron á retirarse con buena órden, á donde habian dexado las canoas. Los Indios de la isla, viendo los Christianos solos, y que se retiraban, arremetieron á ellos con gran denuedo para matarlos. Mas el cacique Capaha, que era sagáz y prudente, quiso aprovecharse de esta ocasion para con ella ganar la gracia del Gobernador, y el perdon de la rebeldía y pertinacia que habia

tenido en no haber querido recibir la paz y amistad que siempre le habia ofrecido. Parecióle asimismo, que con aquella gentileza le obligaba á que no permitiese que los Casquines le hiciesen en su pueblo y sembrados mas del mal que le habian hecho, que lo habia sentido en extremo.

Con este acuerdo salió á los suyos, y á grandes voces les mandó, que no hiciesen mal á los Christianos, sino que los dexasen ir libremente. Por esta merced que Capaha les hizo escaparon de la muerte nuestros doscientos infantes, que si no fuera por su generosidad y cortesía murieran todos en aquel trance. El Gobernador se contentó por entonces con haber recogido los suyos vivos, por la magnanimidad de Capaha, la qual se estimó y engrandeció mucho entre todos los Españoles. El dia siguiente bien de ma-

[redacted]

ñana vinieron quatro Indios principales con embaxada de Capaha al Gobernador, pidiéndole perdon de lo pasado, y ofreciéndole su servicio y amistad en lo por venir, que no permitiese que sus enemigos le hiciesen mas daño en su tierra del que le habian hecho, y que suplicaba á su Señoria se volviese al pueblo, que el dia siguiente iria personalmente á besarle las manos, y darle la obediencia que le debia. Esto contenia en suma la embaxada, mas los Embaxadores la dieron con muchas palabras, y gran solemnidad de ceremonias, y ostentacion de respeto y veneracion que al sol y á la luna hicieron, y ninguna al cacique Casquin que estaba presente, como sino lo estuviera, antes hicieron que no lo habian visto.

El General respondió diciendo, que Capaha viniese quando él mas gustase, que siempre seria bien re-

cibido, que holgaba de aceptar su amistad, y que en su tierra no se le haria mas daño alguno ni en una hoja de un árbol; que del que se le habia hecho, habia sido él causa por no haber querido recibir la paz y amistad que tantas veces se le habia ofrecido; y que en lo pasado, le rogaba no se hablase mas cosa alguna. Con esta respuesta envió el Gobernador los Embaxadores muy contentos, habiéndolos regalado y acariciado con buenas palabras. Al Casquin no le plugo nada la embaxada de su enemigo, ni la respuesta del Gobernador; porque quisiera que Capaha perseveráre en su pertinacia para vengarse de él, y destruirle con el favor de los castellanos. El Gobernador, luego que recibió la embaxada de Capaha, se volvió al pueblo; y por el camino mandó echar vando que ni Indio ni Español fuese osado á tomar cosa alguna que

[redacted]

fuese de daño á los de la provincia, y llegado al pueblo mandó, que los Indios de Casquin, asi de guerra como de servicio, se fuesen luego á su tierra, quedando algunos de ellos para servir á su curaca, que quiso quedarse con el Gobernador. A medio dia, caminando el exército, vino una embaxada de Capaha al General diciendo, suplicaba á su Señoría le avisase de su salud, y estuviese cierto y seguro que el dia siguiente vendria á besarle las manos. A puesta de sol, que ya habian llegado al pueblo, vino otro Embaxador diciendo las mismas palabras; y estas dos embaxadas se dieron con las propias solemnidades y ceremonias que la primera de adorar al sol, á la luna y al Gobernador. El General respondió con mucha suavidad, y mandó regalar los mensageros, porque entendiesen que les tenia amistad. El dia siguiente á las

ocho de la mañana vino Capaha acompañado de cien hombres nobles, adornados de muy hermosos plumages, y mantas de todas suertes de pelleginas.

Antes que viese al Gobernador fue á ver su templo y entierro: debió de ser porque estaba en el camino para la posada del General, ó porque sentia aquella afrenta mas que todas las que se le habian hecho; y como entrase dentro y viese el destrozo pasado, disimulando el sentimiento que tenia, levantó del suelo por sus manos los huesos y cuerpos muertos de sus antepasados que los Casquines habian echado por tierra, y habiéndoles besado los volvió á las arcas de madera que servian de sepulturas; y habiendo acomodado aquello lo mejor que le fué posible, fué á su casa, donde estaba aposentado el Gobernador, el qual salió de su aposento á recibirle, y

lo abrazó con mucha afabilidad; y habiendo hecho el curaca su ofrecimiento de vasallage, hablaron en muchas particularidades que el Gobernador *le preguntó de su tierra*, y de las provincias comarcanas, á *las* quales el cacique respondió con satisfaccion del General, y de los capitanes que estaban delante, en que mostró ser de buen entendimiento. Era Capaha de edad de veinte y seis ó veinte y siete años.

El qual viendo que el Gobernador cesaba de sus preguntas, y que no habia á que responderle, y por otra parte no pudiendo disimular mas *el enojo que contra el* cacique Casquin tenia, por las ofensas que le habia hecho; del qual, aunque habia salido con el Gobernador á recibirle, y se habia hallado presente á todo lo que se habia hablado, nunca habia hecho caso, como si hubiera estado ausente; viendo pues

el campo sosegado, volvió el rostro á él, y le dixo: Contento estarás Casquin de haber visto lo que nunca imaginaste, ni de tus fuerzas lo esperabas, que es la venganza de tus enojos y afrentas: agradécelo al poder ageno de los Españoles: ellos se irán, y nosotros nos quedarémos en nuestras tierras, como antes nos estabamos. Ruega al sol y á la luna, nuestros dioses, que nos dén buenos temporales.

CAPITULO XXX.

Apadrina el Gobernador á Casquin dos veces: hace amigos á los dos curacas.

El Gobernador, antes que Casquin respondiese, preguntó á los Intérpretes, qué era lo que Capaha habia dicho; y habiéndolo sabido, le dixo: que los Españoles no habian venido á sus tierras para los dexar

le habian dado, tenia él
culpa, por no haber espe
pueblo quando los Castell
ron á él, ó por no le hab
algun mensagero al cami
lo hiciera, no entraran
gos en su pueblo ni en su
y pues el daño pasado lo
sado su propia inadverten
gaba tuviese por bien de
saña, y olvidar las pasion
dos hasta aquel dia habia
y de allí adelante fuesen
buenos vecinos; y que es
dia, y encargaba á los d
amigo de ambos; y si era

señoria, y por servirle, holgaba de ser amigo de Casquin, y así se abrazaron como dos hermanos; mas el semblante de los rostros, ni el mirarse el uno al otro era de verdadera amistad; empero con la que pudieron fingir, hablaron los dos curacas con el General en muchas cosas, así de España como de las provincias que los Españoles habian visto en la Florida: duró la conversacion hasta que les avisaron que era hora de comer, para que se pasasen á otro aposento, donde les tenian puesta la mesa para todos tres, porque el Gobernador siempre honraba á los caciques con sentarlos á comer consigo. El Adelantado se sentó á la cabecera de la mesa, y Casquin, que desde el primer dia que con él habia comido, se sentaba á su mano derecha, tomó el mismo asiento. Capaha que lo vió, dixo, sin mostrar mal semblante: Bien sabes Casquin

y echase de sí, por sospech
viese de que habiendo esta
en poder de sus enemigos,
posible que dexasen de esta
minadas.

El Gobernador, porque
ca no se desdeñase, le dixo
ser dádiva de su mano las a
Ellas eran hermosas en extr
aunque lo eran tanto, y el
era mozo, bastó la sospec
odiarlas y apartarlas de sí.
hecho se podrá ver quanto
mine entre estos Indios aque
y con el destierro y castigo
mugeres parece que se co
lo que ...

á Casquin, por sus canas y sin ellas le diera yo el primer lugar de mi mesa, y le hiciera toda la demas honra que pudiera, mas comiendo en la agena, no me parece justo perder mis preeminencias, porque son de mis antepasados; y mis vasallos, principalmente los nobles, me lo tendrian á mal. Si V. S. gusta que yo coma á su mesa, sea con darme el lugar de su mano derecha, porque es mio, donde no, yo me voy á comer con mis soldados, que me será mas honroso, y para ellos de mayor contento, que no verme con mengua de lo que soy, y de lo que mis padres me dexaron. Casquin, que por una parte deseaba aplacar el enojo pasado á Capaha, y por otra veia que era verdad todo lo que habia dicho y alegado en su favor, se levantó de la silla, y dixo al Gobernador: Señor, Capaha tiene mucha razon, y pide justicia:

mucha y muy buena sal: y á las p
guntas y repreguntas que les hic
ron, respondieron, que de aqu
metal amarillo que les pedian hab
tambien mucho en aquella tierra.

Con estas nuevas se regocijaro
grandemente los Castellanos, y pa-
ra las verificar se ofrecieron dos sol-
dados á ir con los Indios. Estos eran
naturales de Galicia, el uno llama-
do Hernando de Silvera, y el otro
Pedro Moreno, hombres diligentes,
y que se les podia fiar qualquiera
cosa. Encargoseles que por donde
pasasen notasen la disposicion de la
tierra, y traxesen relacion si era
fértil y bien poblada. Y para con-
tratar, y comprar la sal y el oro,
llevaron perlas, gamuzas y otras co-
sas de legumbres, llamadas frisoles,
que Capaha les mandó dar, é Indios
que los acompañasen, y dos de los
mercaderes para que los guiasen.
Con este acuerdo fueron los Españo-

les, y al fin de los once dias que tardaron en su viage, volvieron con seis cargas de sal de piedra cristalina, no hecha con artificio, sino criada así naturalmente. Traxeron mas una carga de azofar muy fino y muy resplandeciente: y de la calidad de las tierras que habian visto dixeron, que no era buena, porque era esteril y mal poblada. De la burla y engaño del oro se consolaron los Españoles con la sal, por la necesidad que de ella tenian.

El Gobernador, con las malas nuevas que sus dos soldados le dieron de las tierras que habian visto, acordó volverse al pueblo de Casquin, para de allí tomar otro viage hácia el poniente, á ver qué tierras habia por aquel parage; porque hasta allí, desde Mauvila, habian caminado siempre hácia el norte, por huir de la mar. Con esta determinacion dexaron los Castellanos á Ca-

dos, salieron de él, y
quatro jornadas por el rio
una tierra fertil, y de mu
y al fin de ellas llegaron
vincia llamada Quiguate,
ñor y moradores salieron
recibir al Gobernador, le
ron, y otro dia le dixo
pasase adelante su señoría
pueblo principal de su
donde tenia mejor recaud
servir que en aquel.

Otras cinco jornadas
los Españoles, siempre
abaxo, por tierra, como d
la pasada, poblada de gent
dante de comida. Al fin d

les; en el uno de ellos estaba la casa del Señor, puesta en un cerro alto hecho á mano, en los dos barrios se alojaron los Españoles, y en el tercero se recogieron los Indios, y hubo bastante alojamiento para todos. Dos dias despues que llegaron se huyeron sin causa alguna todos los Indios y el curaca, y pasados otros dos dias se volvieron, pidiendo perdon de su mal hecho: disculpabase el cacique diciendo, que cierta necesidad forzosa le habia hecho ir sin licencia de su señoria, pensando volver aquel mismo dia, y que no le habia sido posible. Debió el curaca, despues de huido, temer que los Españoles á la partida le quemasen el pueblo y los campos, y este miedo le hizo volverse, que segun pareció, con mala intencion se habia ido: porque en su ausencia habian andado sus Indios amotinados, haciendo el daño que con asechan-

sas habian podido, que dos ó tres Castellanos habian herido, y todo lo disimuló el Gobernador por no romper con ellos.

*Una de las noches que los Es*pañoles estuvieron en este alojamiento, acaeció que el ayudante de sargento mayor, que se llamaba Pablos Fernandez, natural de Valverde, fue al Gobernador á media noche, y le dixo, que el tesorero Juan Gaytan, habiéndole apercibido que rondase á caballo el quarto de la modorra, no habia querido hacerlo; escusándose con que era tesorero de su Magestad. El Gobernador se enojó grandemente, porque este caballero fue uno de los que en Mauvila habian murmurado de la conquista, y tratado de salirse de la tierra, luego que llegasen donde hallasen navios, y volverse á España, ó irse á México; lo qual, como en su lugar diximos, fue causa de atajar y descon-

certar los motivos y buenas trazas que el Gobernador en su imaginacion traia hechas, para conquistar y poblar la tierra.

Pues como ahora con la inobediencia presente le recordasen el enojo pasado, se levantó de la cama, y poniéndose en el patio de la casa del curaca, que estaba en alto, dixo á grandes voces, que aunque era á media noche las oyeron en todo el pueblo: ¡Qué es esto soldados y capitanes! ¿viven todavia los motines que en Mauvila se trataban de volveros á España, ó de iros á México, que con achaque de oficiales de la hacienda Real no quereis velar los quartos que os caben.? ¿A qué deseais volver á España? ¿Dexasteis en ella algunos mayorazgos que ir á gozar? ¿A qué quereis ir á México? á mostrar la vileza y poquedad de vuestros ánimos, que pudiendo ser señores de un tan gran

Reyno, donde tantas y tan hermo
sas provincias habeis descubierto y
hollado, hubiesedes tenido por me-
jor, desamparándolas por vuestra pu-
silanimidad y cobardia, iros á po-
sar á casa extraña, y á comer á me-
sa agena, pudiéndola tener propia,
para hospedar y hacer bien á otros
muchos? ¿Qué honra os parece que
os harán quando tal hayan sabido?
Habed vergüenza de vosotros mis-
mos, y apercibios, que oficiales de
la hacienda Real y no oficiales, to-
dos hemos de servir á su Magestad:
y nadie presuma exêntarse por pre-
eminencias que tenga, que le cor-
taré la cabeza, sease quien fuere; y
desengañaos, que mientras yo vi-
viere nadie ha de salir de esta tier-
ra, sino que la hemos de conquistar
y poblar, ó morir todos en la de-
manda: por tanto haced lo que de-
beis, dexando vanas presunciones,
que ya no es tiempo de ellas.

Con estas palabras , dichas con grande rabia y dolor de corazon, mostró el Gobernador la causa del descontento perpetuo que desde Mauvila habia tenido, y el que siempre tuvo hasta que murió. Los que las tomaron por sí hicieron de allí adelante lo que se les ordenaba, sin contradecir cosa alguna, porque entendian que el Gobernador no era hombre con quien se podia burlar, y mas habiéndose declarado tanto como se declaró.

CAPITULO XXXII.

Llega el exército á Colima: halla invencion de hacer sal: pasa á la provincia Tula.

Seis dias estuvieron los Españoles en el pueblo llamado Quiguate. Al seteno salieron de él, y en cinco jornadas que caminaron siempre por la ribera del rio de Casquin abaxo, lle-

garon al pueblo principal de otra provincia llamada Colima, cuyo Señor salió de paz, y recibió al Gobernador y á su exército con mucha familiaridad y muestras de amor, de que los Castellanos holgaron no poco, porque llevaban nueva que los Indios de aquella provincia usaban traer yerba en las flechas, de que los nuestros iban muy temerosos: porque decian, si á la ferocidad y braveza que los Indios tienen en tirar sus flechas, le añaden tósigo, ¿qué remedio podremos tener nosotros? mas hallando que no la usaban, recibieron con mayor regocijo la amistad de los Colimas, aunque les duró poco, porque dentro de dos dias se amotinaron sin ocasion alguna, y se fueron al monte el curaca y sus vasallos.

Los nuestros, habiendo estado en el pueblo Colima un dia despues de la huida de los Indios, recogien-

do bastimento para el camino, siguieron su viage, y caminaron atravesando unos campos de sementeras fértiles, y por unos montes claros y apacibles para andar por ellos, y al fin de quatro dias de camino llegaron á la ribera de un rio, donde se alojó el exército. Ciertos soldados, despues de haber hecho su alojamiento, se baxaron paseando al rio, y andando por la orilla, echaron de ver en una arena azul que habia á la lengua del agua. Uno de ellos, tomando de ella, la gustó y halló que era salobre, dió aviso á los compañeros, y les dixo, que le parecia se podria hacer salitre de aquella arena para hacer pólvora para los arcabuces. Con esta intencion dieron en la coger mañosamente, procurando coger la arena azul sin mezcla de la blanca. Habiendo cogido alguna cantidad la echaron en agua, y en ella la estregaron entre las manos, co-

laron el agua, y la pusieron á cocer: la qual con el mucho fuego que le dieron se convirtió en sal, algo amarilla de color, mas de gusto y efecto de salar muy buena.

Con el regocijo de la nueva invencion, y por la mucha necesidad que tenian de sal, pasaron los Españoles ocho dias en aquel alojamiento, é hicieron gran cantidad de ella. Algunos hubo que con el ánsia que tenian de sal, viéndose ahora con abundancia de ella, la comian á bocados sola, como si fuera azucar, y á los que se lo reprehendian les decian: Dexadnos hartar de sal, que harta hambre hemos traido de ella: y de tal manera se hartaron nueve ó diez de ellos, que en pocos dias murieron de hidropesia, porque á unos mata la hambre, y á otros el hastio.

Los Españoles, proveidos de sal, y alegres con la invencion del ha-

cerla quando la hubiesen menester, salieron de aquel alojamiento y provincia que ellos llamaban de la sal, y caminaron dos dias para salir de sus términos, y entraron en los de otra provincia llamada Tula, por la qual caminaron quatro dias por tierras despobladas; y el último de ellos á mediodia paró el exército en un hermoso llano, donde se alojó; y aunque las guias dixeron al Gobernador, que el pueblo principal de aquella provincia estaba media legua de allí, no quiso que la gente pasase adelante, porque habian caminado seis dias sin parar, y queria que entrasen otro dia, habiéndose refrescado en aquel alojamiento. Empero él quiso ver el pueblo aquella misma tarde, para lo qual eligió sesenta infantes y cien caballos, que fuesen con él á reconocerle. Estaba asentado en un llano entre dos arroyos, cuyos moradores estaban des-

. . ..ieron tocaron
salieron á pelear con todo
ánimo y esfuerzo que se pue
Empero lo que admiró muy
á los nuestros fue ver que e
hombres saliesen muchas
con sus armas, y que peleasen
misma ferocidad que los varo

Los Españoles arremetier
los Indios y los rompieron;
vueltos unos con otros peleand
traron en el pueblo, donde tu
bien que hacer los Christianos
que hallaron enemigos temer
que pelearon sin temor de mori
aunque les faltasen las armas
fuerzas, no querian darse á ...

cisco de Reynoso, Cabeza de Baca, y subió á un aposento alto que servia de granero, donde halló cinco Indias metidas en un rincon, y por señas les dixo, que se estuviesen quedas, que no queria hacerles mal. Ellas viéndole solo arremetieron con él todas juntas, y como alanos á un toro le asieron por los brazos, piernas y cuello, y una de ellas le hizo presa del viril. El Reynoso, sacudiéndose con gran fuerza todo el cuerpo y los brazos para desembarazarlos, y defenderse á puñadas, estrivó recio sobre un pie, y rompió el suelo de la cámara, que era de un cañizo flaco, y se le sumió el pie y la pierna hasta lo último del muslo, y quedó asentado en el suelo, con que le acabaron de sugetar las Indias, y á bocados y puñadas lo tenian á mal partido para matarlo. Francisco de Reynoso, aunque se veia en tal aprieto, por su honra,

por ser la pendencia con mugeres, no queria dar voces á los suyos pidiéndoles socorro.

A este punto acertó á entrar un soldado en lo baxo del aposento, donde ahogaban á Cabeza de Baca, y oyendo el estruendo que encima andaba, alzó los ojos y vió la pierna colgada, y entendiendo que fuese de algun Indio, porque estaba desnuda sin calza ni calzado, alzó la espada para cortarla de una cuchillada, mas al mismo tiempo sospechó lo que podia ser, por el mucho ruido que sintió arriba, y llamó apriesa otros dos compañeros, y todos tres subieron al aposento, y viendo qual tenian las Indias á Francisco de Reynoso, arremetieron con ellas y las mataron todas: porque ninguna de ellas quiso soltarle, ni dexar de darle puñadas y bocados aunque las mataban. Así libraron de la muerte á Francisco de Reynoso, que estaba

ya muy cerca de ella. Este año de quinientos noventa y uno, en que estoy sacando de mano propria en limpio esta historia, supe por el mes de Febrero, que todavia vivia este caballero en su pátria.

Otra suerte no mejor sucedió aquel dia en Juan Paez, natural de Usagre, que era Capitan de ballesteros, el qual, no siendo nada suelto sobre un caballo, sino atado y torpe, quiso pelear á caballo; y andando la batalla á los últimos lances, topó un Indio, que aunque se iba retirando, todavia peleaba. Juan Paez arremetió con él, y sin tiempo, maña ni destreza, que no la tenia, le tiró una lanzada. El Indio, hurtando el cuerpo, aparto de sí la lanza con un trozo de pica de mas de una braza que por arma llevaba, y tomándolo á dos manos le dió un palo en medio de la boca, que le quebró quantos dientes



Estraña fiereza de ... Tulas. Trances de arm... ellos tuvieron los ... ñoles.

El General, porque e... mandó tocar á recoger, ... muchos Indios muertos ... algunos de los suyos ma... volvió al Real, nada co... jornada de aquel dia; ... candalizado de la obsti... meridad con que aquell... learon, y que las Ind... el mismo ánimo y fier...

El dia siguiente en...

tes el campo á ver si habia juntas de enemigos. Toparon algunos que servian de atalayas, y los prendieron, mas no fue posible llevar alguno de ellos vivo al Real para tomar lengua de él: porque maniatándolos para llevarlos, luego se echaban en el suelo, y decian ó me mata ó me dexa, y no respondian palabra á quantas preguntas les hacian, y si querian arrastrarlos porque se levantasen, se dexaban arrastrar; por lo qual fue forzoso á los Castellanos matarlos todos.

En el pueblo, porque demos relacion de sus particularidades, hallaron los nuestros muchos cueros de vaca sobados, y aderezados con su pelo, que servian de mantas en las camas; otros muchos cueros hallaron crudos por adobar. Tambien hallaron carne de vaca, mas no hallaron vacas por los campos, ni pudieron saber de donde hubiesen traido

los cueros. Los Indios de esta provincia Tula son diferentes de todos los demas Indios que hasta ella nuestros Españoles hallaron, porque de los demás *hemos dicho que son hermosos* y gentiles hombres; estos son así hombres como mugeres feos de rostro, y aunque son bien dispuestos, se afean con invenciones que hacen en sus personas. Tienen las cabezas increiblemente largas, y ahusadas para arriba, que las ponen así con artificio, atándoselas desde el punto que nacen las criaturas hasta que son de nueve ó diez años: lábranse las caras con puntas de pedernal, particularmente los bezos por de dentro y de fuera, y los ponen con tinta negros, con que se hacen feisimos y abominables; y al mal aspecto del rostro corresponde la mala condicion del ánimo, como adelante mas en particular verémos.

La quarta noche que los Espa-

ñoles estuvieron en el pueblo de Tula, vinieron los Indios en gran número al quarto del Alva, y llegaron con tanto silencio, que quando las centinelas los sintieron ya andaban revueltos con ellas. Acometieron el Real por tres partes; y aunque los Españoles no dormian, los Indios que dieron en el quartel de los ballesteros, llegaron tan arrebatadamente y con tanta ferocidad, ímpetu y presteza, que no les dieron lugar á que pudiesen armar sus ballestas, ni hiciesen otra alguna resistencia, mas que huir con ellas en las manos ácia el quartel de Juan de Guzman, que era el mas cercano al de los ballesteros. Los Indios saquearon eso poco que nuestros tiradores tenian, y con los soldados de Juan de Guzman que salieron á resistirlos, pelearon desesperadamente con el nuevo corage que recibieron, de que, segun al parecer

daba menos fiera la pelea,
en todas ellas habia muerto
dos, gran voceria y much
sion, por la oscuridad de l
que no les dexaban ver si
amigos ó enemigos: *por lo qu*
saron los Españoles unos á ot
todos anduviesen apellidando
bre de Nuestra Señora, y d
tol Santiago, para que por
conociesen los Christianos,
hiriesen ellos mismos. Lo
hicieron lo mismo, que tod
en la boca el nombre de su
cia Tula. Muchos de ellos
gar de arcos y flechas con q

sa fue, que el Indio que tres dias antes quebró los dientes al Capitan Juan Paez, dió cuenta á los suyos de la buena suerte que con su baston habia hecho. Los quales, pareciéndoles que en el género de la arma estaba la buena ventura, y no en la destreza del que usó bien de ella, porque los Indios generalmente son grandes aguoreros, traxeron aquella noche muchos bastones, y con ellos dieron hermosisimos golpes á muchos soldados, particularmente á un Juan de Baeza, que era de los alabarderos de la guarda del General, el qual aquella noche habia acertado á hallarse con espada y rodela: tomándole dos Indios en medio con sus bastones, el uno de ellos al primer golpe le hizo pedazos la rodela, y el otro le dió otro golpe sobre los hombros, tan recio que lo tendió á sus pies, y lo acabáran de matar si los suyos no le socorrieran. De esta

manera sucedieron otras mucl
tes muy graciosas, que por s
de palos las reian despues lo
dos, refiriéndolas unos con
valióles mucho que fuesen ba
y no flechazos, que hacian m
La gente de á caballo,
la fuerza de los Españole
que mas temian los Indios,
ron los esquadrones de ello
desbarataron de la orden qu
mas no por eso dexaban d
con grande ánimo y deseo
los Castellanos, ó de mo
demanda; y así pelearon m
hora con mucha obstinacio
bastaba que los caballeros
y saliesen muchas veces p
ni que matasen gran núm
por ser la tierra llana y li
alanceaban á toda su volunt
que dexasen de pelear, y s
hasta que vieron el dia.
acordaron retirarse, tom

guarida y defensa contra los caballos el monte de uno de los arroyos que pasaban á los lados del pueblo.

Los Españoles holgaron no poco de que los Indios se retirasen y dexasen de pelear, porque los vieron combatir desesperadamente, con grandes ansias de matar á los Christianos, que como si fueran insensibles se entraban por las armas de ellos, á trueque de los matar ó herir. La batalla se acabó al salir del sol, y los Españoles, sin seguir el alcance, se recogieron al pueblo á curar los heridos, que fueron muchos, y no mas de quatro muertos.

CAPITULO XXXIV.

Batalla de un Indio Tula con tres Españoles de á pie, y uno de á caballo.

Porque la verdad de la historia nos obliga á que digamos las hazañas,

así hechas por los Indios, como las que hicieron los Españoles, y que no les hagamos agravio á los unos por los otros, dexando de decir las valentias de la una nacion, por contar solamente las de la otra, sino que se digan todas como acaecieron en su tiempo y lugar, será bien digamos un hecho singular y extraño que un Indio Tula hizo, poco despues de la batalla que hemos referido; y suplicamos no se enfade el que lo oyere, porque lo contamos tan particularmente, que el hecho pasó así, y en sus particularidades hay que notar.

Fue el caso, que algunos Españoles que presumian de mas valientes, andaban de dos en dos derramados por el campo, donde habia sido la batalla, mirando, como lo habian de costumbre, los muertos, y notando las grandes heridas dadas de buenos brazos: esto hacian

siempre que habia pasado alguna batalla grande y muy reñida. Un soldado que se decia Gaspar Caro, natural de Medellin, peleó aquella noche á caballo; y como quiera que fue, ó le derribaron los enemigos, ó él cayó del caballo: al fin lo perdió, y el caballo se huyó de la batalla, y se fue por el campo. Para cobrarlo pidió Gaspar Caro á un amigo el caballo, fue á buscar el suyo, y habiéndolo hallado se volvió con él trayéndolo antecogido; y así llegó donde andaban quatro soldados mirando los muertos y heridos. Uno de ellos llamado Francisco Salazar, natural de Castilla la Vieja, subió en el caballo, por mostrar su buena gineta, que presumia de ella.

A este punto uno de los tres soldados que estaban á pie, llamado Juan de Carranza, natural de Sevilla, dió voces diciendo: Indios, Indios; y la causa fue que vió levan-



entendiendo que era n
fueron corriendo el unc
y el otro á otra, por
dios que saliesen. Juan
que habia visto al In
riendo á las matas dor
condido, y el uno de s
ñeros fue á toda pries
y el otro, no habiendo
un Indio, fue poco á

El bárbaro, como
podia escapar, porq
y peones le habian
das partes, salió de
riendo á recibir á Ju
traia en las manos

pitan de ballesteros estaba bien afilada de filos, con una hasta de mas de media braza, muy acepillada y pulida. Con ella á dos manos dió el Indio á Juan de Carranza un golpe sobre la rodela, que derribando al suelo la mitad de ella, le hirió malamente en el brazo. El Español, así del dolor de la herida, como de la fuerza del golpe, quedó tan atormentado que no tuvo vigor para ofender al enemigo. El qual revolvió sobre el otro Español que iba cerca de Carranza, y le dió otro golpe ni mas ni menos que al primero, que partió la rodela en dos partes, le dió otra mala herida en el brazo, y lo dexó como á su compañero inhabilitado para pelear. Este soldado se decia Diego de Godoy, y era natural de Medellin.

Francisco de Salazar, que era el que habia subido en el caballo de Gaspar Caro, viendo los dos Espa-

ñoles mal parados, arremetió á toda furia contra el Indio. El qual, porque el caballo no le atropellase, corrió á meterse debaxo de una encina que estaba cerca. *Francisco de Salazar*, no pudiendo entrar con el caballo debaxo del arbol, se llegó á él, y caballero como estaba, tiraba al Indio unas muy tristes estocadas, que no podia alcanzarle con ellas. El Indio, no pudiendo bracear bien con la hacha, porque las ramas del arbol se lo estorvaban, salió de debaxo de él, y se puso á mano izquierda del caballero, y alzando la hacha á dos manos, dió al caballo encima de toda la espalda junto á la cruz, y con el gábilan de la hacha se la abrió toda hasta el codillo, y el caballo quedó sin poderse menear.

A este punto llegó otro Español que venia á pie, que por parecerle que para un Indio *solo bastarian* dos Españoles á pie y uno á

caballos, no se habia dado mas priesa: este era Gonzalo Silvestre, natural de Herrera de Alcántara. Como el Indio lo vió cerca, salió á recibirle con toda ferocidad y braveza, habiendo cobrado nuevo ánimo y esfuerzo con los tres golpes tan victoriosos que habia dado: y tomando la hacha á dos manos, le tiró un golpe, que fuera como los dos primeros, si Gonzalo Silvestre no entrara mas recatado que los otros, para poderle hurtar el cuerpo, como lo hizo. La hacha pasó rozando la rodela, que no asió en ella, y por la mucha fuerza que llevaba no paró hasta el suelo. El Español le tiró entonces una cuchillada de reves de alto á baxo, y alcanzandole con la espada, le hirió en la frente, por todo el rostro abaxo, en el pecho y en la mano izquierda, de manera que se la cortó cercen por la muñeca. El infiel, viendose con so-



con del brazo cortado
radamente *se* arrojó d
herir al Español de en
cara. El qual, apartar
con la rodela, metió
debaxo de ella, y de re
cuchillada por la cint
la poca ó ninguna resi
mas, ni de vestidos
llevaba, ni aun de h
aquella parte el cuer
tambien por el buen br
ñol, se la partió to
velocidad y buen cort
da, que despues de h
do, quedó el Indio

co de Salazar traxo á la pelea, el qual viendo qual estaba su caballo, lo tomó sin hablar palabra, guardando su enojo para mostrarlo en otra parte, y antecogido lo llevó al Gobernador y le dixo: Porque vea V. S. la desdicha de algunos soldados que en el exército tiene, aunque ellos presumen de valientes, y vea juntamente la ferocidad y braveza de los naturales de esta provincia Tula, le hago saber, que uno de ellos de tres golpes de hacha inabilitó de poder pelear á dos Españoles de á pie, y á uno de á caballo, y los acabara de matar si Gonzalo Silvestre no llegara á tiempo á los socorrer, el qual de la primera cuchillada que dió al enemigo le abrió la cara, el pecho, y le cortó una mano; y de la segunda le partió por la cintura.

El Gobernador, y los que con él estaban, se admiraron de oir la

valentia y destreza del Indio, y del buen brazo del Español: y porque Gaspar Caro con el enojo de la desgracia de su caballo se desmandaba á notar de *infelices ó cobardes á los tres Españoles*, queriendo el General volver por la honra de ellos, que cierto eran valientes, y hombres para qualquiera buen hecho, le dixo, que se reportase de su enojo, y mirase que eran suertes de ventura, la qual en ninguna cosa se mostraba mas variable que en los sucesos de la guerra, favoreciendo hoy á unos y mañana á otros; que procurase curar con brevedad el caballo, que le parecia no moriria, porque la herida no era penetrante, y que por la admiracion que con su relacion le habia causado, queria ir á ver con sus propios ojos lo sucedido: porque de cosas tan hazañosas era razon que muchos pudiesen dar testimonio de ellas. Diciendo esto fue acompaña-

do de mucha gente á ver el Indio muerto, y las valentias que dexaba hechas, y de los mismos Españoles heridos supo las particularidades que hemos referido, de que el Gobernador y todos los que lo oyeron se admiraron de nuevo.

CAPITULO XXXV.

Los Españoles salen de Tula. Entran en Utiangue: alojanse en esta provincia para invernar.

Los Españoles estuvieron en el pueblo llamado Tula veinte dias, curando los muchos heridos que de la batalla pasada habian quedado. En este tiempo hicieron muchas correrias por toda la provincia, que era bien poblada de gente, y prendieron muchos Indios é Indias de todas edades, mas no fue posible por alhagos ó amenazas que les hiciesen, que ninguno de ellos quisiese

ir con los Castellanos: y quando querian llevarlos por fuerza, se dexaban caer en el suelo sin hablar palabra, dando á entender que los matasen ó los dexasen, lo que mas quisiesen: tan emperrados é indómitos, como decimos, se mostraron estos Indios, de cuya causa era forzoso matar los varones que eran para pelear. Las mugeres, muchachos y niños dexaban ir libres, ya que no podian llevarlos consigo.

Sola una India de esta provincia quedó en servicio de un Español, natural de Leon, llamado Juan Serrano, la qual era tan mal acondicionada, brava y soberbia, que si su amo ó qualquiera de los de su camarada le decia algo sobre lo que ella habia de hacer, así en la comida, como en otra cosa de su servicio, le tiraba á la cara la olla, los tizones del fuego, ó lo que podia haber á las manos: queria que la dexasen ha-

cer á su voluntad, ó que la matasen; porque como ella decia, no habia de obedecer, ni hacer lo que le mandasen: y así la dexaban y sufrian, y con todo eso se huyó, de que el amo holgó mucho, por verse libre de una muger brava. Por esta fiereza é inhumanidad que los Indios de esta provincia tienen consigo, son temidos de todos los de su comarca, que solamente de oir el nombre de Tula se escandalizan, y con él asombran los niños para hacerles callar quando lloran: y para prueba de esto, baxándonos de la ferocidad de los viejos, contarémos un juego de niños.

Es así que de esta provincia Tula, quando los Españoles salieron de ella, no sacaron mas de un muchacho de nueve ó diez años, y era de un caballero natural de Badajoz, llamado Christoval Mosquera, que yo despues conocí en el Perú. En

los pueblos que los christianos descubrieron adelante, donde los Indios salian de paz, se juntaban los muchachos á hacer sus juegos y niñerias, *que casi siempre eran de darse batalla* unos á otros, dividiéndose ó por apellidos ó por barrios, y muchas veces se encendian en su pelea, de manera que salian muchos de ellos mal *descalabrados. Los* Castellanos mandaban al muchacho Tula se pusiese á una parte, y pelease contra la otra, el qual salia con mucho contento de que le mandasen entrar en batalla. Los de su vanda le hacian luego capitan, y con *sus soldados arremetia á los contrarios* con grande alarido y grita, apellidando el nombre de Tula, y esto solo bastaba para que huyesen los contrarios.

Luego mandaban los Españoles que el muchacho Tula se pasase á la parte vencida, y pelease contra

la vencedora: él lo hacia así, y con el mismo apellido los vencia, de manera que siempre salia victorioso; y los Indios decian que sus padres hacian lo mismo, porque eran cruelisimos con sus enemigos, y no tomaban á vida. Y el deformarse las cabezas, que algunos las tenian de media vara en largo, y el pintarse las caras y las bocas por de dentro y de fuera, decian sus vecinos que lo hacian por hacerse mas feos de lo que de suyo lo son, porque igualase la fealdad de sus rostros con la maldad de sus ánimos, y con la fiereza de su condicion, que en toda cosa eran inhumanisimos.

Pasados veinte dias que los Castellanos estuvieron en el pueblo Tula, mas por necesidad de curar los heridos, que por gusto que hubiesen tenido de parar en tierra de tan mala gente, salieron del pueblo, y en dos dias de camino salieron de su

en ella si hallasen comodidad, por-
que se les iba ya acercando el in-
vierno.

Caminaron por ella quatro dias y notaron que la tierra era de suy buena y fértil, empero mal pobla da, de poca gente y esa *muy* beli cosa: porque siempre fueron por camino inquietando á los Español con armas y rebatos continuos q á cada media legua les daban, ju tándose de ciento en ciento, y qua do mas se juntaban no llegabar doscientos: hacian poco daño á christianos, porque habiendo ec do de lejos una rociada ó dos de con grande alarido, se pon

mentaban, que en pudiendo juntarse veinte hombres, luego volvian á hacer lo mismo, y para salir mas de improviso, y causar mayor sobresalto se echaban en tierra, y se cubrian con la yerba porque no los viesen, mas ellos pagaban bien su atrevimiento.

Con estos rebatos, mas dañosos para los Indios que para los Castellanos, caminó el exército los quatro dias, y al fin de ellos llegó al pueblo principal de la provincia, que habia el mismo nombre Utiangue, de quien toda su tierra lo tomaba; donde se alojaron sin contradiccion alguna, porque sus moradores lo habian desamparado. Los Indios de esta provincia son mejor agestados que los de Tula, y no se pintan las caras, ni ahusan las cabezas. Mostraronse belicosos, porque nunca quisieron aceptar la paz y amistad que el Gobernador les envió á ofrecer

muchas veces, con los prop
dios de la provincia que ace
prender.

El General y sus capita
biendo visto el *pueblo, que e*
de y de buenas casas, con
comida en ellas, asentado
buen llano, con dos arroyos
dos, los quales tenian mucl
para los caballos, y que er
do, se determinaron de inv
él, porque era ya mediado
del año mil quinientos qua
uno; y no sabian si pasando
te hallarian tan buena co
como la que tenian prese
sueltos en esta determinacio
raron la cerca del pueblo,
de madera, y estaba por
partes desportillada: junta
toda diligencia mucho ma
que es verdad que en el pu
bia tanto, que casi hubo
para todo el invierno.

Apercibieronse de mucha leña y de mucha fruta seca, como nueces, pasas, ciruelas pasadas, y otras suertes de frutas y semillas incógnitas en España. Hallaron por los campos gran cantidad de conejos como los de España, que aunque los habia por todo aquel gran reyno, en ninguna provincia habia tantos como en la comarca de este pueblo Utiangue, donde asimismo habia muchos venados y corzos, de los quales, así los Españoles como sus criados, los Indios domésticos, mataban muchos, saliendo á caza por fiesta y regocijo, aunque iban apercibidos para pelear si topasen enemigos: y muchas veces se convertia la caceria de los venados en batalla de buenos flechazos y lanzadas, mas siempre era con mas daño de los Indios que de los Españoles. Nevó aquel invierno bravisimamente en esta provincia, que hubo tempora-

da de mes y medio que por la mucha nieve no pudieron salir al campo; empero con los muchos regalos de leña y bastimento tuvieron el mejor invierno de quantos pasaron en la Florida, que ellos mismos confesaban que en casa de sus padres en España no pudieran pasarlo mas regaladamente, ni aun tanto.

CAPITULO XXXVI.

Del buen invierno que se pasó en Utiangue. De una traicion contra los Españoles.

Por lo que en el capitulo pasado hemos dicho del contento y regalo con que los nuestros pasaban el invierno en el pueblo Utiangue, es mucho de llorar, que una tierra tan fértil y abundante de las cosas necesarias para la vida humana como estos Españoles descubrieron, la dexasen de conquistar y poblar, por

no haber hallado en ella oro ni plata, no advirtiendo que sino se halló fue, porque estos Indios no procuran estos metales ni los estiman: que oido he á personas fidedignas, que ha acaecido hallar los Indios de la costa de la Florida talegos de plata de navios que con tormenta han dado al traves en ella, y llevarse el talego como cosa que les habia de ser de mas provecho, y dexar la plata por no la preciar ni saber que fuese. Segun esto, y porque es verdad que generalmente los Indios del Nuevo Mundo, aunque tenian oro y plata, no usaban de ella para el comprar y vender, no hay porque desconfiar que la Florida no la tenga, que buscandolas se hallaran minas de plata y oro, como cada dia en México y en el Perú se descubren de nuevo: y quando no se hallasen, bastaria dar principio á un imperio de tierras tan anchas y largas como

hemos visto y veremos, y de provincias tan fértiles y abundantes, así de lo que la tierra tiene de suyo, como para las frutas, legumbres, *mieses y ganados que* de España y México se le pueden llevar: que para plantar y criar no se pueden desear mejores tierras, y con la riqueza de perlas que tienen, y con la mucha seda que luego se puede criar, pueden contratar con todo el mundo, y enriquecer de oro y plata, que tampoco la tiene España de sus minas, aunque las tiene, sino la que le traen de fuera, de lo que ella ha descubierto y conquistado desde el año de mil quatrocientos noventa y dos á esta parte. Por todo lo qual no seria razon que se dexase de intentar esta empresa, siquiera por plantar en este gran reyno la fé de la santa madre iglesia romana, y quitar de poder de nuestros enemigos tanto número de animas co-

no tiene ciegas con la idolatría: á
a qual hazaña provea nuestro Se-
ñor, como mas su servicio sea, y
que los Españoles se animen á lo
ganar y sujetar. Y volviendo á nues-
tra historia decimos, que los Cas-
tellanos estuvieron en el pueblo de
Utiangue invernando á todo su pla-
cer y regalo, alojados en buen pue-
blo, bastecidos de comida para sí y
para los caballos.

El curaca principal de la pro-
vincia, viendo que los Españoles
estaban de asiento, pretendió con
amistad fingida y trato doble echar-
los de ella, para lo qual envió men-
sageros al Gobernador con recaudos
falsos, dandole esperanzas que muy
presto saldria á servirle. Estos men-
sageros servian de espias, y no ve-
nian sino de noche, para ver como
se habian los Españoles en su aloja-
miento, si velaban, si se recata-
ban, si dormian con descuido y ne-

gligencia, de qué manera, y en qué lugar tenian las armas, y como estaban los caballos, para notarlo todo, y conforme á lo que hubiese visto, ordenar *el asalto. De parte de los* nuestros habia descuido *en lo* que tocaba á recatarse de los Indios mensageros, porque en diciendo el Indio al Español centinela, que venia con recaudo del *curaca*, á *qualquiera* hora que fuese de la noche, en lugar de decirle que volviese de dia, lo llevaba luego al Gobernador, y lo dexaba con él para que diese su embaxada. El Indio, despues de haberla dado, paseaba todo el pueblo, *miraba los caballos y las* armas, el dormir y velar de los Castellanos, y de todo llevaba larga relacion á su cacique.

El Gobernador, teniendo noticia de estas cosas por sus espias, mandaba á los mensageros *no vinie*sen de noche sino de dia; mas ellos

porfiaban en su mala intencion con venir siempre de noche y á todas horas; de la qual desvergüenza se quejaba el General muchas veces á los suyos, diciendo, no habria un soldado que con una buena cuchillada que á uno de estos mensageros nocturnos diese, los escarmentase que no viniesen de noche, que yo les he mandado que no vengan sino de dia, y no me aprovecha nada. De estas palabras se indignó un soldado llamado Bartolomé de Argote, hombre noble, que se habia criado en casa del marques de Astorga, primohermano del otro Bartolomé de Argote, uno de los treinta caballeros que fueron de Apalache con Juan de Añasco á la baia de Espiritu Santo, el qual siendo centinela una noche, á una de las puertas del pueblo mató una de las espías, porque contra su voluntad quiso pasar á dar su recaudo falso. Del qual hecho

holgó mucho el Goberna
aprobó con loores, y el
allí adelante quedó puesto
valientes, que hasta en
lo tenian *por tal*, *ni ente*
fuera para tanto; mas él h
todos los del exército no l
do para hacer. Con la m
mensagero cesaron los m
las tramas de los *Indios*, p
ron que los Castellanos l
entendido, y que estando
no podian medrar con ello

El General y su gent
paba en guardar su pueb
correr cada dia con los ca
da la comarca, *para tene*
noticia de lo que los Indi
sen maquinar contra ellos.
cuidado pasaban el inviern
cho descanso y regalo, q
tenian guerra con los natu
ca fue de momento que l
daño. Despues que el rig

nieves se fue aplacando, salió un capitan con gente á hacer una correria, y prender Indios, que los habia menester para servicio. El qual volvió al fin de ocho dias con pocos Indios presos, de cuya causa mandó el Gobernador que fuese otro capitan con mas gente: el qual hizo lo mismo que el pasado, que habiendo gastado en su correria otros ocho dias, al fin de ellos volvió, y trajo pocos prisioneros.

Pues como el General viese la poca maña que sus dos capitanes se habian dado, quiso él por su persona hacer una entrada, y eligiendo cien caballeros, y ciento y cincuenta infantes, caminó con ellos veinte leguas, hasta que llegó á los confines de otra provincia llamada Naguatex, tierra fértil y abundante, llena de gente muy hermosa, y bien dispuesta.

En el primer pueblo de esta pro-

[redacted]

vincia, donde el señor de ella residia, aunque no era el principal de su estado, dió el Gobernador una madrugada de sobresalto, y como hallase los Indios desapercibidos, prendió mucha gente, hombres y mugeres de todas edades, y con ella se volvió á su alojamiento, habiendo tardado en su jornada catorce dias, y halló los suyos que habia qüatro ó cinco dias que estaban con mucha pena de su tardanza; mas con su presencia se regocijaron todos, y hubieron parte de sus ganancias, las quales repartió por los capitanes y soldados que habian menester gente de servicio.

CAPÍTULO XXXVII.

Entran los Españoles en Naguatex: uno de ellos se queda en esta provincia.

En todo el tiempo que los Españoles estuvieron invernando en el pueblo y alojamiento de Utiangue, que fueron mas de cinco meses, no sucedió cosa de momento que sea de contar, mas de lo que se ha dicho. Pues como entrase el mes de abril del año de mil quinientos quarenta y dos, le pareció al Gobernador que era tiempo de pasar adelante en su descubrimiento.

Con este acuerdo salió de Utiangue, y fue encaminado al pueblo principal de la provincia Naguatex, que tenia el mismo nombre, y por él se llamaba así toda su provincia, y era diferente del que hemos dicho, donde el Gobernador hizo la corre-

de tierra fertil, y muy pobl
gente, las quales andubiero
nuestros en siete dias, sin q
acaeciese cosa notable en el c
mas de que en algunos pasos
chos de arroyos ó montes sal
Indios á dar rebatos, empe
viéndoles el rostro se acogian
pies.

Al fin de los siete dias l
al pueblo Naguarex, lo halla
amparado de sus moradore
alojaron en él, donde es
quince ó diez y seis dias. C
todas partes la comarca, y
la comida que habian mene
resistencia

al Gobernador diciendo, suplicaba á su señoria le perdonase no haberle esperado en su pueblo para le servir, como hubiera sido razon, y que de vergüenza del mal hecho pasado no osaba venir luego, mas que dentro de pocos dias saldria á besarle las manos, y reconocerle por señor; y entre tanto que él no salia, mandaria á sus vasallos le sirviesen en todo lo que les mandasen. Esta embaxada dieron con grandes ceremonias, como hemos dicho de otras. El Adelantado respondió, que siempre que viniese seria bien recibido, y que holgaria conocerle y tenerle por amigo, como lo eran los mas de los curacas por cuyas tierras habia pasado. El embaxador volvió muy contento con las palabras del Gobernador.

Otro dia siguiente bien de mañana vino otro mensagero, traxo consigo quatro Indios principales, y mas de quinientos Indios de ser-

eran sus deudos muy
que entre tanto que él venia le
viesen é hiciesen su mandado; y
pues le enviaba los hombres mas p
cipales de su casa y estado,
en rehenes de su venida, la tu
por cierta.

El Gobernador respondió
buenas palabras agradeciendo
nida de los Indios, y mandó
las correrías no prendiesen m
dios, como hasta entonces se
hecho: empero el cacique nu
no á ver al Gobernador, por
se entendió que hubiese env
embaxadas, y los Indios pri
y los de servicio por temer
los campos y quem

tellanos con mucho deseo de darles contento.

El Gobernador, habiéndose informado de lo que en aquella provincia y su comarca habia, así por relacion de los Indios, como por la de los Españoles que salian á correr la tierra, salió del pueblo Naguatex con su exército, acompañado de los quatro Indios principales, y otra mucha gente de servicio, que el cacique envió con bastimento que llevasen, hasta poner los Castellanos en otra provincia.

Habiendo caminado los Españoles dos leguas, echaron menos á un caballero natural de Sevilla, que habia por nombre Diego de Guzman, el qual habia ido á esta conquista, como hombre noble y rico, con muchos vestidos costosos, y galanos, con buenas armas, y tres caballos, que metió en la Florida, y se trataba en todo como caballero, sino

tro Indios principales , hasta
qué hubiese sido del Español,
que temieron que lo hubiesen m
to los Indios.

Hizose gran pesquisa entr
Españoles , y supose que *el di*
tes le habian visto en el Real, y
quatro dias antes habia jugado
to tenia , hasta perder los ves
y las armas, y un muy buen
llo morcillo que le habia que
y que pasando adelante en la p
y ceguera de *su juego*, habia
dido una India de su servicio
por su desdicha le habia cabid
suerte, de las que el Gobern

lado el Diego de Guzman.

Averiguóse asimismo, que muy lanamente habia pagado todo lo que ıabia perdido, salvo á la India, y ıue habia dicho al ganador, que le sperase quatro ó cinco dias que él e la enviaria á su posada; y que no e la habia enviado: y que la India altaba juntamente con él. Por los ıuales indicios se sospechó, que por ıo la dar, y por la vergüenza de ıaber jugado las armas y el caballo, ıue entre soldados se tiene por cosa rilisima, se hubiese idoá los Indios.

Esta sospecha se certificó luego, porque se supo que la India era hija lel curaca y señor de aquella provincia Naguatex, moza de diez y ocho años, y hermosa en extremo, las quales cosas pudieron haberle cegado, para que inconsideradamente negase á los suyos, y se fuese á los estraños.

El Gobernador mandó á los qua-

muerto á traicion, en cuya
za mandaria los hiciesen q
ellos, y á todos los Indios
sigo traian.

Los principales, con t
la muerte, enviaron mensag
fuesen á toda diligencia á
partes, donde entendian que
haber nuevas de Diego de G
y les encargaban que volvi
la misma diligencia, antes
Españoles por su tardanza l
sen algun agravio.

Los mensageros fueron
ron el mismo dia, con rela
Diego de Guzman quedab

Y porque decimos que estos Españoles jugaban, y no hemos dicho con qué, es de saber, que despues que en la sangrienta batalla de Mauvila les quemaron los naypes que llevaban, con todo lo demas que allí perdieron, hacian naypes de pergamino, y los pintaban á las mil maravillas; porque en qualquiera necesidad que se les ofrecia, se animaban á hacer lo que habian menester, y salian con ello, como si toda su vida hubieran sida maestros de aquel oficio; y porque no podian, ó no querian hacer tantos quantos eran menester, hicieron los que bastaban, irviendo por horas limitadas, andando por rueda entre los jugado-es; de donde, ó de otro paso semejante, podriamos decir que huiese nacido el refran que entre los ahures se usa decir jugando: Démos priesa señores, que vienen los naypes; y como los que ha-

CAPITULO XXI.

Diligencias que se hicieron por h ber á Diego de Guzman: su res puesta, y la del curaca.

El Gobernador, habiendo oido nueva que los mensageros traxer dixo á los quatro Indios princi les, que le engañaban en dec que era vivo el Español, porqu tenia por cosa muy cierta que lo bian muerto. Entonces uno de e con semblante no de prisionero, grave y señoril, que parece q quieren mostrar estos Indios q do mas oprimidos están, dixo ... hombres que h

vuelva con testimonio que á V. S. satisfaga de lo que se hubiere hecho del Español, que los tres que quedaremos damos nuestra fé y palabra que volverá con el Christiano, ó traerá nueva cierta de su determinacion; y para que V. S. se certifique de que no es muerto, mande escribirle una carta, y pidale que se venga ó responda á ella, para que por su letra, pues nosotros no sabemos escribir, se vea como es vivo; y quando nuestro compañero no volviere con esta satisfaccion, los tres que quedaremos pagarémos con las vidas, lo que él de su promesa y de la nuestra no cumpliere, y bastará, y aun sobrará sin que V. S. mate nuestros Indios, que tres hombres como nosotros muramos por la traicion de un Español que negó á los suyos, sin que le hubiesemos hecho fuerza ni sabido de su ida. Todas fueron palabras del Indio, que

pareció bien lo que el Indio
pal habia dicho y promet
nombre de todos quatro, y
ron que él mismo fuese poi
de Guzman, y que Baltasar
llegos, que era su amigo y
patria, le escribiese afeán
mal hecho, si en él perseve
exhortándole se volviese, é
el deber como hijodalgo, y
restituirian sus armas y cal
le darian otras quando las
menester.

El Indio principal fue cc
ta, y con recaudo de pala
el Gobernador le dió para

gre, quemarle los pueblos, talar los campos, y matar los Indios principales y no principales que consigo tenia, y todos los mas que de sus vasallos pudiese haber.

Con estas amenazas fue el Indio el segundo dia de la ausencia de Diego de Guzman, y volvió el tercero con la misma carta que habia llevado, y en ella traxo el nombre de Diego de Guzman, escrito con carbon, que lo escribió para que viesen que era vivo, y no respondió otra palabra. El Indio dixo, que aquel Christiano no queria ni pensaba volver á los suyos.

El curaca respondió al Gobernador diciendo, que su señoria entendiese por muy cierto que él no hacia fuerza alguna á Diego de Guzman para que se quedase en su tierra, ni se la haria para que se volviese, no queriendo él, como no queria volverse: antes, como á yer-

los Españoles ó Castellanos qu
tasen quedarse con él: y que s
hacer en esto el deber, su se
quisiese destruirle su tierra, y
tar sus parientes y vasallos, n
dria razon, ni haria *justicia*
la debia hacer; y por última
puesta decia, que como hombı
deroso hiciese lo que quisiese
él no habia de hacer mas de l
habia dicho.

El Adelantado, habiendo
do tres dias en hacer estas di
cias, viendo que el Español n
ria volver, y que el cacique
razon, y pedia justicia, acor

de su término y ponerlo en el ageno.

Este pobre caballero hizo esta flaqueza por la ceguera del juego y aficion de la muger, que por no la dar al que se la habia ganado, tuvo por mejor entregarse á sus enemigos, para que de él hiciesen lo que quisiesen, que no carecer de ella: donde en suma se podrá ver lo que del jugar inconsideradamente nace, y donde teniamos bien que decir de lo que con propios ojos en esta pasion hemos visto, si fuera de nuestra profesion decirlo, mas quedese para los que la tienen de reprehender los vicios.

Volviendo á Diego de Guzman decimos, que si quedando con la reputacion y crédito con que entre los Indios de Naguatex quedó, les hubiese despues acá predicado la fé católica, como debia á christiano y á caballero, pudieramos, no solamente disculpar su mal hecho, em-

segun el crédito que general
los Indios dan á los que con e
tienen ; mas como no supimo
de él , no podemos decir ma
que entonces pasó.

Lo que hemos dicho de
de Guzman lo refiere *Alo*
Carmona en su relacion , aun
tan largamente como nosotr
llama Francisco de Guzman.

Los Españoles , despue
pérdida de Diego de Guzm
minaron cinco jornadas por
vincia de Naguatex ; y a
ellas llegaron á otra llamad
cane , cuyos naturales eran
tes que los pasados , porque

nostraron el odio que les tenian, y esearon pelear con ellos, presenándoles la batalla muchas veces. Empero los Españoles la reusaban, orque ya entonces traian pocos caallos, que los Indios les habian muerto mas de la mitad de ellos, y eseaban conservar los que quedaan; porque, como muchas veces emos dicho, era la mayor fuerza e ellos, que de los infantes no se es daba nada á los Indios.

Tardaron los Españoles ocho lias en atravesar esta provincia de Guancane, y no reposaron en ella lia alguno, por escusar el pelear on los Indios, que tanto ellos deeaban.

En toda esta provincia habia muhas cruces de palo puestas encima le las casas, que casi no se hallaba lguna que no la tuviese. La causa, egun se supo, fue que estos Indios uvieron noticia de los beneficios y

maravillas que Alvar Nuñez Cabeza de Baca, Andrés Dorantes y sus compañeros, en virtud de Jesuchristo nuestro Señor, habian hecho por las *provincias que anduvieron de la Florida*, los años que los Indios los tuvieron por esclavos, como el mismo Alvar Nuñez lo dexó escrito en sus comentarios. Y aunque es verdad que Alvar Nuñez y *sus* compañeros no llegaron á esta provincia de Guancane, ni á otras muchas que hay entre ellas y las tierras donde ellos anduvieron, todavia pasando de mano en mano y de tierra en tierra, llegó á ella la fama de las hazañas *obradas por Dios*, por medio de aquellos hombres; y como estos Indios las supiesen, y hubiesen oido decir que todos los beneficios que en curar los enfermos aquellos Christianos habian hecho, era con hacer la señal de la cruz sobre *ellos*, y que la traian por divisa en

sus manos, les nació devocion de ponerla sobre sus casas, entendiendo que tambien las libraria de todo mal y peligro, como habia sanado los enfermos. Donde se vé la facilidad que generalmente todos los Indios tuvieron, y estos tienen para recibir la fé católica, si hubiese quien la cultivase, principalmente con buen exemplo, á que ellos miran mas que á otra cosa ninguna.

CAPITULO XXXIX.

Sale el Gobernador de Guancane: pasa por otras siete provincias pequeñas: llegá á la de Anilco.

De la provincia Guancane salió el Gobernador con propósito de volver al rio grande que atrás habia dexado, no por el mismo camino que hasta allí habia traido despues que lo pasó, sino por otro diferente, ha-

ciendo un cerco largo para volver descubriendo otras nuevas tierras y provincias sin las que habia visto, y pensaba pasar tomando noticia de ellas.

El motivo que para esto tuvo fue el deseo de poblar antes que las fuerzas de su exército se acabasen de gastar, porque así en la gente como en los caballos las veia irse disminuyendo de dia en dia; porque de los unos y de los otros, con las batallas y enfermedades pasadas, se habia gastado mas que la mitad, á lo menos de los caballos, y sentia gran dolor, que sin provecho suyo ni ageno se perdiese tanto trabajo como en aquel descubrimiento habian pasado y pasaban, y que tierras tan grandes y tan fértiles quedasen sin que los Españoles las poblasen, principalmente los que tenia presentes, porque no dexaba de entender, que si él se perdia, ó mo-

ia sin dar principio al poblar de la tierra, que en muchos años despues no se juntaria tanta y tan buena gente, y tantos caballos y armas como él habia metido en la conquista.

Por lo qual, arrepentido del enojo pasado, que habia sido causa que no poblase en la provincia y puerto de Achusi, como lo tenia determinado, queria remediarlo ahora como mejor pudiese; y porque estaba lejos de la mar, y habia de perder tiempo si para poblar en la costa la fuese á buscar, habia propuesto, llegado que fuese al rio grande, poblar un pueblo en el sitio mejor y mas acomodado que en su ribera hallase, hacer luego dos vergantines, y echarlos por el rio abaxo con gente de confianza, de los que él tenia por mas amigos, que saliesen al mar del norte, y diesen aviso en México, en Tierra-Firme, en las islas de

bierto, para que de todas partes
diesen Españoles Castellanos co
nados y semillas de las que en
no habia, para la poblar, culti
gozar de ella; todo lo qual s
diera hacer con mucha facilida
mo despues verémos. *Mas esto*
positos tan grandes y tan b
atajó la muerte, como ha hecho
mayores y mejores que en el r
ha habido.

Decimos que el Gobernad
lió de Guancane hácia el po
en demanda del rio grande
así que aunque en este paso
otros de esta nuestra historia
dicho la derrota que el exérc

:hamente el rumbo que los nuestros
omaban; porque, como ya en otra
arte hè dicho, aunque lo procuré
aber, no me fue posible, porque
uien me daba la relacion, por no
er cosmografo ni marinero, no lo
abia, y el exército no llevaba ins-
rumentos para tomar la altura, ni
abia quien lo procurase ni mirase
n ello; porque con el disgusto que
odos traian de no hallar oro ni pla-
a, nada les sabia bien. Por lo qual
e me perdonará esta falta, con otras
nuchas que ésta mi obra lleva, que
o holgara que no hubiera de que pe-
lir perdon.

Habiendo salido el Gobernador
le Guancane, atravesó siete provin-
ias, á las mayores jornadas que pu-
o, sin parar dia en alguna de ellas,
or llegar presto al rio grande, y
acer en aquel verano lo que lleva-
a trazado, para empezar á poblar
a tierra, y hacer asiento en ella;

de tierra fértil, donde los
hallaron mucha comida.
grande arboleda, con rios
des, y arroyos pequeños
ellas corrian; y las otras
mal pobladas, de poca gen
ra no tan fértil ni tan ap
mo las otras: aunque se
ba que las guias, por ser
ma tierra, los hubiesen l
lo peor de ellas. Los natu
tas siete provincias, unos
recibir al Gobernador de
de guerra: mas con los
otros sucedió cosa de m
poder contar, sino que
se daban por amigos se

son las siete provincias, que por lo menos debian de tener ciento y veinte leguas de travesia.

Al fin de este apresurado camino, llegaron á los términos de una gran provincia, que habia nombre Anilco. Caminaron por ella treinta leguas, hasta el pueblo principal que tenia el mismo nombre, el qual estaba asentado á la ribera de un rio mayor que nuestro Guadalquivir. Tenia quatrocientas casas grandes y buenas, con una hermosa plaza en medio de ellas: las casas del curaca estaban en un cerro alto, hecho á mano, que señoreaba todo el pueblo.

El cacique, que tambien se llama Anilco, estaba puesto en arma; y tenia delante del pueblo, al encuentro de los nuestros, un esquadron de mil y quinientos hombres de guerra, toda gente escogida. Los Españoles, viendo el apercibimien-

ponerse todos

con ellos.

Entre tanto que los Espa

detuvieron, pusieron en co

Indios las mugeres, hijos y

da que en sus casas tenian:

sándola en balsas y canoas d

parte del rio, otros metien

los montes y malezas que

bera del mismo rio habia.

Los Castellanos, habiénd

to en esquadron, camina

el de los Indios, mas ello

ron esperar, y sin tirar fle

tiraron al pueblo, y de

y unos en canoas, y otros

y otros á nado pasaron

poner en cobro lo que en él habia.

Los nuestros, viendo huir los Indios, arremetieron con ellos, y al embarcar prendieron algunos, y en el pueblo hallaron muchas mugeres de todas edades, y niños y muchachos que no habian podido huir.

El Gobernador envió luego recaudos á toda priesa al cacique Anilco, ofreciéndole paz y amistad, y pidiéndole la suya; y tambien se los habia enviado antes de entrar en el pueblo; mas el curaca estuvo tan estraño que no quiso responder á los primeros, ni respondió á los segundos, ni hablaba palabra á los mensageros, sino que como mudo los hacia señas con la mano que se fuesen de su presencia.

Los Españoles se alojaron en el pueblo, donde estuvieron quatro dias procurando canoas, y haciendo grandes balsas; y quando tuvieron recaudo de ellas, pasaron el rio sin

contradicion de los enemigos. Caminaron quatro jornadas por unos despoblados de grandes montañas, y al fin de ellas entraron en otra provincia llamada *Guachoya: lo que en ella sucedió, que fueron cosas de notar, contarémos con el favor divino en el capítulo siguiente.*

CAPITULO XL.

Entran los Españoles en Guachoya. Cuentase como los Indios tienen guerra perpetua unos con otros.

Pasado el despoblado, el primer pueblo que los Españoles vieron de la provincia de Guachoya fue el principal de ella, que habia el mismo nombre, el qual estaba á la ribera del rio grande, en cuya demanda iban los nuestros. Estaba asentado sobre dos cerros altos, el uno cerca del otro: tenia trescien-

tas casas, las medias de ellas estaban en un cerro, y las otras en el otro; y el sitio llano que habia entre los dos cerros servia de plaza: en lo mas alto del uno de ellos estaba la casa del cacique.

Estas dos provincias Guachoya y Anilco tenian entre sí gran odio y enemistad, y se hacian cruel guerra; por lo qual no pudieron tener aviso los Guachoyas de la ida de los Españoles á su pueblo, y así los hallaron desapercibidos. Mas como quiera que pudieron, se pusieron en arma el cacique y sus vasallos para defender el pueblo; mas viendo la pujanza de los contrarios, y que no podian resistirla, se acogieron al rio grande, y en muy hermosas canoas, que como gente enemistada para semejantes necesidades tenian apercibidas, lo pasaron, llevando consigo sus mugeres, hijos y toda la hacienda que llevar pudie-

maiz, y otras semillas y frutas
la tierra tiene en abundancia,
alojaron á todo su placer.

Porque, como hemos visto,
todas las provincias que estos E
ñoles anduvieron tenian guerra
con otros, será razon decir aq
qué suerte era esta guerra que s
cia, para lo qual es de saber, q
era guerra de poder á poder
exército formado, ni con b
campales, sino muy raras ve
por codicia y ambicion de q
los estados los unos Señores
otros.

La guerra que se hacian
... contadas salte



prendian en los tales lances eran tenidos por esclavos, unos con prisiones perpetuas, como en algunas provincias hemos visto deszocado un pie, otros como prisioneros de rescate, para trocar unos por otros.

La enemistad entre ellos no llegaba á mas que á hacerse mal en las personas con muertes, heridas ó prisiones, sin pretender quitarse los estados; y si alguna vez se encendia la guerra, llegaba hasta quemarse los pueblos y talar los campos; mas luego que los vencedores habian hecho el daño que querian, se recogian á sus tierras, sin querer señorear las agenas: de donde parece que la guerra y enemistad que hay entre ellos, mas es por gentileza, y por mostrar la valentia y esfuerzo de sus ánimos, y por andar exercitados en la milicia, que por desear la hacienda y estado ageno.

Los prisioneros que de la una

cando unos p
van de nuevo á sus asechanzas
esta manera de guerra la tiene
hecha naturaleza entre ellos ,
causa de que perpetuamente , c
quiera que se hallen , anden a
bidos de sus armas , porque e
guna parte estan seguros de
migos. Y de aquí nace , que
tan exercitados en esta contin
licia , sean tan belicosos en
tan diestros en sus armas , p
larmente en los arcos y flech
como son armas de tiro, co
lejos pueden hacer efecto ,
mas que otras , como cazad
andan á cazar hombres y a
Y esta guerra no la tie



otros: exercicio por cierto loable en la soldadesca, para que nadie se descuide, y cada uno pueda mostrar la gallardia de su persona. Esta es en comun la enemistad de los Indios del gran Reyno de la Florida; y ella misma seria gran parte para que aquella tierra se ganase con facilidad, porque todo Reyno diviso, &c.

Al fin de tres dias que los Españoles habian estado en el pueblo Guachoya, el Señor de él, que habia el mismo nombre, habiendo sabido lo que en la provincia de Anilco entre Indios y Españoles habia pasado, y como aquel curaca no habia querido recibir de paz al Gobernador, antes habia menospreciado su amistad y mensages con no responder á ellos, quiso no perder la ocasion que en las manos tenia para vengarse de sus enemigos los de Anilco, y como hombre mañoso que era, y lleno de astucias, envió lue-

cha fruta y pescado, con los
envió á decir, suplicaba á su
ria le perdonase la inadverten
habia tenido en no le haber e
do y recibido en su pueblo, y
se licencia para venir á besa
manos, que si se la daba, v
dentro de quatro dias á bes
personalmente, y que desde
le ofrecia su vasallage y serv

El Gobernador holgó con
baxada, y respondió á los
geros, dixesen á su curaca l
decia su buen ánimo, y estir
mucho su amistad, que vin
pesadumbre alguna, que se

venir, envió cada dia siete ú ocho recaudos, que todos contenian unas mismas palabras, diciendo que su Señoría le avisase de su salud, y si habia en qué le servir, con otras impertinencias de ningun momento: los quales recaudos enviaba Guachoya como hombre recatado y astuto, para ver si con ellos descubria alguna novedad, ó como los tomaba el Adelantado.

Mas habiendo visto que los recibia con buena amistad se aseguró, y el último dia de los quatro vino antes de comer como lo habia avisado el dia antes. Traxo en su compañía cien hombres nobles, todos conforme á la usanza de ellos, muy bien aderezados de grandes plumages, y hermosas mantas de martas, y otras pelleginas de mucha estima. Todos traían sus arcos, y flechas de las mejores que ellos hacen para su mayor ornamento.

bos vuelven sobre Anilco.

El Gobernador, que estaba alo
do en la casa de Guachoya, sab
do que venia cerca, salió á reci
le hasta la puerta de ella. Al c
que y á todos los suyos habló a
rosamente, de que ellos qued
muy favorecidos y contentos.
go se entraron en una gran sal
en la casa habia, y el General
diante los muchos intérpretes
tos como atenores, habló con
raca, informándose de lo que
tierra y en las provincias con
nas habia, en pro y contra
conquista.

paredes de la sala, entre los Españoles que en ella habia, todos á un tiempo, inclinando las cabezas y abriendo los brazos, y volviéndolos á cerrar y haciendo otros ademanes de gran veneracion y acatamiento, le saludaron con diferentes palabras, enderezadas todas á un fin, diciendo: El sol te guarde, sea contigo, te alumbre, te engrandezca, te ampare, te favorezca, te defienda, te prospere, te salve, y otras semejantes, cada qual como se le ofrecia la palabra, y por buen espacio quedó el mormullo de aquellas palabras entre ellos, de lo qual admirado el Gobernador, dixo á los caballeros y capitanes que con él estaban: ¿no mirais cómo todo el mundo es uno?

Este paso quedó bien notado entre los Españoles, de que entre gente tan bárbara se usasen las mismas ó semejantes ceremonias que al ester

nudar se usan entre los que se tienen por muy políticos. De donde se puede creer, que esta manera de salutacion sea natural en todas gentes, y no causada por una peste, como vulgarmente se suele decir, aunque no falta quien lo retifique.

El cacique comió con el Gobernador, y sus Indios estuvieron todos al derredor de la mesa, que no quisieron, aunque los Españoles se lo mandaron, irse á comer hasta que su Señor hubiese comido, lo qual tambien se notó entre los nuestros. Luego les dieron de comer en otro aposento, que para todos ellos tenian aderezada la comida.

Para aposento del curaca desocuparon una de las piezas de su propia casa, donde se quedó con pocos criados, y los Indios Gentiles-hombres se fueron á puesta de sol de la otra parte del rio, y volvieron por la mañana, y así lo hicieron los dias

ue los Castellanos estuvieron en aquel pueblo.

Entretanto persuadió el curaca Guachoya al Gobernador volviese á la provincia de Anilco, que él se ofrecia á ir con su gente sirviendo á su Señoría, y para facilitar el pasage del rio de Anilco, mandaria llevar ochenta canoas grandes, sin otras pequeñas, las quales irian por el rio grande abaxo siete leguas hasta la boca del rio de Anilco, que entraba en el rio grande, y que por él subirian hasta el pueblo de Anilco, que todo el camino que las canoas habian de hacer por ambos rios, seria como veinte leguas de navegacion; y que entretanto que las canoas baxaban por el rio grande, y subian por el de Anilco, irian ellos por tierra, para llegar todos juntos á un tiempo al pueblo de Anilco.

El Gobernador fué fácil de persuadir á esta viage, porque desea-

ba saber lo que en aquella provincia hubiese de provecho y socorro para el intento que tenia de hacer los vergantines. Deseaba asimismo atraer de paz y amistad al curaca Anilco á su devocion, para que sin las pesadumbres y trabajos de la guerra pudiese poblar, y hacer su asiento entre aquellas dos provincias, que le habian parecido abundantes de comida, donde podria esperar el suceso de los dos vergantines que pensaba enviar por el rio abaxo.

La intencion del Gobernador para volver al pueblo de Anilco era la que hemos visto; mas la del curaca Guachoya era muy diferente, porque era de vengarse con fuerzas agenas de su enemigo Anilco, el qual en las guerras y pendencias continuas que tenian, siempre lo habia traido y traia muy avasallado y rendido, y pretendia ahora en esa



ta ocasion satisfacerse de todas las injurias pasadas.

Para lo qual incitó al Gobernador con toda la disimulacion posible, que volviese al pueblo de Anilco: y mandó con gran solicitud y diligencia apercebir las cosas necesarias para el viage.

Luego que fueron aprestadas, y hubieron traido las canoas, mandó el General, que el capitan Juan de Guzman con su compañía fuese en ellas, para gobernar y dar órden á quatro mil Indios de guerra que en ellas iban, sin los remeros, los quales tambien llevaban sus arcos y flechas, y les dió de plazo para su navegacion tres dias naturales; que parecia término bastante para que los unos y los otros llegasen juntos al pueblo de Anilco.

Con esta órden salió el capitan Juan de Guzman por el rio grande abaxo, y á la misma hora salieron

por tierra el Gobernador con sus Españoles, y Guachoya con dos mil hombres de guerra, sin otra gran multitud de Indios que llevaban los bastimentos: y sin que á los unos ni á los otros les acaeciese cosa de momento, llegaron todos á un tiempo á dar vista al pueblo de Anilco, cuyos moradores, aunque el cacique estaba ausente, tocaron arma, y se pusieron á la defensa del paso del rio, con todo el ánimo y esfuerzo posible; mas no pudiendo resistir á la furia de los enemigos, que eran Indios y Españoles, volvieron las espaldas y desampararon el pueblo.

Los Guachoyas entraron en él como en pueblo de enemigos tan odiados, y como gente ofendida que deseaba vengarse, lo saquearon, y robaron el templo y entierro de los señores de aquel estado, donde sin los cuerpos de sus difuntos, tenia el cacique lo mejor y mas rico, y es-

timado de su hacienda, y los despojos y trofeos de las mayores victorias que de los Guachoyas habia habido, que eran muchas cabezas de los Indios mas señalados que habian muerto, puestas en puntas de lanzas á las puertas del templo, muchas vanderas, y gran cantidad de armas de los Guachoyas, de las que habian perdido en las batallas que habian tenido con los Anilcos.

Las cabezas de sus Indios quitaron de las lanzas, y en lugar de ellas pusieron otras de los Anilcos: sus insignias militares y sus armas llevaron con gran contento y alegria de verse restituidos en ellas: los cuerpos muertos, que estaban en arcas de madera, derribaron por tierra, y con todo el menosprecio que pudieron mostrar, los hollaron y pisaron en venganza de sus injurias.

Guachoyas. El Gobernado
tende pedir socorro.

No contenta la saña de lo
choyas con lo que en la hac
difuntos de Anilco habian h
satisfechos con verse restitu
sus vanderas y armas, pasó
de ellos á otras cosas peore
que á ninguna persona, de
sexô ni edad que en el pu
llaron, quisieron tomar á vi
que las mataron todas, y
mas capaces de misericordi
viejas, ya en la extrema
niños de teta, con esas u
mayor crueldad, porque á

á los niños, quanto mas pequeños, los tomaban por una pierna, y los echaban en alto, y en el ayre, antes que llegasen al suelo, los flechaban entre cinco, seis, mas ó menos, como acertaban á hallarse.

Con estas crueldades, y mas todas las que mas pudieron hacer, recatándose de los Españoles, mostraron los Guachoyas el odio y rencor que como gente ofendida tenian á los Anilcos, las quales cosas vistas por algunos Castellanos, que no habian podido los Indios encubrirlas tanto como quisieran, dieron luego noticia de ellas al Gobernador: el qual se enojó grandemente de que hubiesen hecho agravio á los de Anilco, que su intencion no habia sido de hacerles mal ni daño, sino de ganarlos por amigos.

Y porque la crueldad de los Guachoyas no pasase adelante, mandó tocar á toda priesa á recoger, y re-

prehendió al cacique de lo que sus Indios habian hecho, y para prevenir que no hiciesen mas daño, mandó echar vando, que so pena de la vida nadie *fuese osado pegar fuego á las* casas, ni hacer mal á los Indios; y porque los Guachoyas no ignorasen el vando, mandó que los interpretes lo declarasen en su lengua: *y porque temió que todavia habian* de hacer el daño que pudiesen, hurtándose de los Españoles, salió á toda priesa del pueblo de Anilco, y se fué al rio, habiendo mandado á los Castellanos que llevasen antecogidos los Indios, porque no *se quedasen* á quemar *el pueblo*, y matar la gente que en él se hubiese escondido.

Con estos apercibimientos se remedió algo del mal para que no fuese tanto como pudiera ser, y el General se embarcó con toda su gente, así Españoles, como Indios, y pa-



[redacted]

só el rio para volverse á Guachoya.

Mas no habian caminado un quarto de legua, quando vieron humear el pueblo, y encenderse muchas casas en llamas de fuego. La causa fue que los Guachoyas, no pudiendo sufrir no quemar el pueblo, ya que les habia sido prohibido el quemarlo al descubierto, quisieron quemarlo como pudiesen, para lo qual dexaron brasas de fuego metidas en las alas de las casas, y como ellas fuesen de paja, y con el verano estuviesen hechas yesca, tuvieron poca necesidad de viento para encenderse presto.

El Gobernador quiso volver al ueblo para socorrerle que no se quease del todo, mas á este punto vió udir muchos Indios vecinos suyos e á toda diligencia venian á ma- el fuego, y con esto lo dexó y iió su camino para el pueblo de

ber.

Habiendo llegado al
hecho asiento en él con s
dexó todos los otros cui
ministros del campo, y
mó el cuidado de hacer
tines. En ellos imaginab
caba dia y noche. Mand
madera necesaria, que
mucha abundancia en
vincia. Hizo juntar las
deles que en el pueblo
ca se pudiesen haber
Mandò á los Indios le
da la resina y goma de
los y otros arboles que

[redacted]

capitanes y soldados que por ma fieles amigos tenia, de quien pudie se confiar, que volverian en los ver gantines quando los enviase á pedir el socorro que tenia pensado.

Para quando hubiese enviado los vergantines, habia determinado pasar de la otra parte del rio grande á una gran provincia llamada Quigualtanqui: de la qual, por ciertos corredores que habia enviado, caballeros é infantes, tenia noticia que era abundante de comida, y poblada de mucha gente, y el pueblo principal de ella estaba cerca del pueblo Guachoya, el rio enmedio, y que era de quinientas casas, cuyo señor y cacique, llamado tambien Quigualtanqui, habia respondido mal á los recaudos que el Governador le habia enviado, pidiendole paz, y ofreciendole su amisd: que con mucho desacato habia cho muchos denuestos y vitupe-

a todos ...
muy presto, y les quitaria
mala vida que traian, perdido
tierras agenas, robando y ma
como salteadores ladrones,
mundos, y otras palabras ofe
Y habia jurado por el sol y
na de no les hacer amistad,
se la habian hecho los dema
cas por cuyas tierras habia
do, sino que los habian de
ponerlos por los arboles.

En este paso dice Al
Carmona estas palabras: Po
que el Gobernador muriese
juntar todas las canoas de ac
blo, y las mayores juntaro

huida, y así se volvieron sin hacer efecto. Lo qual, visto por los principales de aquella tierra, enviaron un mensagero al Gobernador, avisando que otra vez no tuviese atrevimiento de enviar á sus tierras Españoles, porque ninguno volveria vivo; y que agradeciese á su buena fama, y al buen tratamiento que á los Indios de la provincia donde al presente estaba, hacia, que por esta causa no habia salido su gente á matar todos los Españoles que á su tierra habian pasado: que si algo pretendia de su tierra, que se viesen persona por persona, que le daria á entender el poco comedimiento y miramiento que habia tenido en haber enviado á correr su tierra, y que no le acaeciese otra vez, que juraba á sus dioses de le matar á él y á toda su gente, ó morir en la demanda.

Todas son palabras de Alonso de

Carmona, que por ser casi las mismas que de Quigualtanqui hemos dicho, quise sacarlas á la letra.

A los quales denuestos siempre el Gobernador *habia replicado con* mucha blandura y suavidad, rogandole con la paz y amistad; y aunque es verdad que Quigualtanqui, por el mucho comedimiento del General, habia *trocado sus malas palabras* en otras buenas, dando muestras de paz y concordia, siempre se le habia entendido que era con falsedad y engaño, por coger descuidados á los Españoles: que por las espias sabia el Gobernador que andaba maquinando *traiciones* y maldades, y que hacia llamamiento de su gente y de las provincias comarcanas contra los christianos, para los matar á traicion debaxo de amistad. Todo lo qual sabia el General, y lo tenia guardado en *su pecho* para castigarlo á su tiempo, que to-



davia tenia ciento y cincuenta caballos, y quinientos Españoles, con los quales, despues de haber enviado los vergantines, pensaba pasar el rio grande, hacer su asiento en el pueblo principal de Quigualtanqui, y gastar allí el estio presente, y el invierno venidero, hasta tener el socorro que pensaba pedir. El qual se le pudiera dar con mucha facilidad de toda la costa, ciudad de México, y de las islas de Cuba y Santo Domingo, subiendo por el rio grande, que era capaz de todos los navios que por él quisiesen subir, como adelante veremos.

[redacted]

CAPITULO XLIII.

Muerte del Gobernador. Sucesor que dexó nombrado.

En los cuidados y pretensiones que hemos dicho andaba engolfado dia y noche este heroico caballero, deseando, como buen padre, que los muchos trabajos que él y los suyos en aquel descubrimiento habian pasado, y los grandes gastos que para él habian hecho, no se perdiesen sin fruto de ellos, quando á los veinte de Junio del añomil quinientos quarenta y dos sintió una calenturilla, que el primer dia se mostró lenta, y al tercero rigurosisima. El Gobernador, viendo el excesivo crecimiento de ella, entendió que su mal era de muerte, y así luego se apercibió para ella, y como catolico christiano ordenó casi en cifra su testamento, por no haber recaudo



bastante de papel, y con dolor y arrepentimiento de haber ofendido á Dios confesó sus pecados.

Nombró por sucesor en el cargo de Gobernador y Capitan General del reyno y provincias de la Florida á Luis de Moscoso de Alvarado, á quien en la provincia de Chicaza habia quitado el oficio de Maese de Campo, para el qual auto mandó llamar ante sí á los caballeros, capitanes y soldados de mas cuenta, y de parte de la magestad imperial les mandó, y de la suya les rogó y encargó, que atenta la calidad, virtud y meritos de Luis de Moscoso, lo tuviesen por su Gobernador y Capitan General hasta que su magestad enviase otra orden; y de que así lo cumplirian les tomó juramento en forma solemne.

Hecha esta diligencia, llamó de dos en dos, y de tres en tres á los mas nobles del exército, y despues

de ellos mandó que entrase toda la demas gente de veinte en veinte, y de treinta en treinta, y de todos se despidió con gran dolor suyo, y muchas *lagrimas de ellos; y les encargó* la conversion á la fe catolica de aquellos naturales, y el aumento de la corona de España, diciendo que el cumplimiento de estos deseos le atajaba la muerte. *Pidióles muy* encarecidamente tuviesen paz y amor entre sí.

En estas cosas gastó cinco dias, que duró la calentura recia, la qual fue siempre en crecimiento, hasta el dia seteno que lo privó de esta presente vida. *Falleció* como catolico christiano, pidiendo misericordia á la Santisima Trinidad, invocando en su favor y amparo la sangre de Jesuchristo nuestro Señor, la intercesion de la Virgen, y de toda la corte celestial, y la fe de la iglesia romana.

Con estas palabras, repitiendolas muchas veces, dió el anima á Dios este magnánimo y nunca vencido caballero, digno de grandes estados y señorios, é indigno de que su historia la escribiera un Indio. Murió de quarenta y dos años.

Fue el Adelantado Hernando de Soto, como al principio diximos, natural de Villanueva de Barcarrota, hijodalgo de todos quatro costados, de lo qual, habiendose informado la Cesarea magestad, le habia enviado el hábito de Santiago, mas no gozó de esta merced, porque quando la cédula llegó á la isla de Cuba, ya el Gobernador habia entrado al descubrimiento y conquista de la Florida.

Fue mas que mediano de cuerpo, de buen ayre, y parecia bien á pie y á caballo: era alegre de rostro, de color moreno, diestro de ambas sillas, y mas de la gineta que de la

brida. Fue pacientisimo en los trabajos y necesidades, tanto que el mayor alivio que sus soldados en ellas tenian, era ver la paciencia y sufrimiento de su Capitan General.

Era venturoso en las jornadas particulares que por su persona emprendia, aunque en la principal no lo fue, pues al mejor tiempo le faltó la vida.

Fue el primer Español que vió y habló á Atahuallpa, rey tirano, y último de los del Perú, como decimos en la propia historia del descubrimiento y conquista de aquel imperio.

Fue severo en castigar los delitos de milicia; los demas perdonaba con facilidad. Honraba mucho á los soldados, á los que eran virtuosos y valientes. Fue valentisimo por su persona, en tanto grado, que por do quiera que entraba peleando en las batallas campales, dexaba hecho

lugar y camino por do pudiesen pasar diez de los suyos, y así lo confesaban todos ellos, que diez lanzas de todo su exército no valian tanto como la suya.

Tuvo este valeroso capitan en la guerra una cosa muy notable y digna de memoria, y fue, que en los rebatos que los enemigos daban en su campo de dia, siempre era el primero, ó el segundo que salia al arma, y nunca fue el tercero; y en las que le daban de noche, jamas fue el segundo sino siempre el primero: que parecia que despues de haberse apercibido para salir al arma, la mandaba tocar él mismo. Con tanta prontitud y vigilancia como esta andaba de continuo en la guerra. En suma fue una de las mejores lanzas que al Nuevo Mundo han pasado, pocas tan buenas, y ninguna mejor, sino fue la de Gonzalo Pizarro, á la qual de comun consentimiento

[redacted]

se le dió siempre la honra del primer lugar.

Gastó en este descubrimiento mas de cien mil ducados, que hubo en la primera conquista del Perú de las partes de Casamarca, de aquel rico despojo que allí hubieron los Españoles. Gastó su vida, y feneció en la demanda, como hemos visto.

CAPITULO XLIV.

Dos entierros que hicieron al Adelantado Hernando de Soto.

La *muerte del Gobernador y Capitan* General Hernando de Soto, tan digna de ser llorada, causó en todos los suyos gran dolor y tristeza, así por haberlo perdido, y por la orfanidad que les quedaba, que lo tenian por padre, como por no poderle dar la sepultura que su cuerpo merecia,

ni hacerle la solemnidad de obsequias que quisieran hacer á capitan y señor tan amado.

Doblábaseles esta pena y dolor con ver, que antes les era forzoso enterrarlo con silencio y en secreto, que no en público, porque los Indios no supiesen donde quedaba; porque temian no hiciesen en su cuerpo algunas ignominias y afrentas que en otros Españoles habian hecho: que los habian desenterrado y atasajado, y puestoslos por los árboles cada coyuntura en su rama: y era verisimil que en el Gobernador, como en cabeza principal de los Españoles, para mayor afrenta de ellos, las hiciesen mayores y mas vituperosas; y decian los nuestros, que pues no las habia recibido en vida, no seria razon que por negligencia de ellos las recibiese en muerte.

Por lo qual acordaron enterrarlo

de noche con centinelas puestas, para que los Indios no lo viesen, ni supiesen donde quedaba. Eligieron para sepultura una de muchas hollas grandes y anchas que cerca del *pueblo habia* en un llano, de donde los Indios para sus edificios habian sacado tierra, y en una de ellas enterraron al famoso Adelantado Hernando de Soto, con *muchas lágrimas de* los sacerdotes y caballeros que á sus tristes obsequias se hallaron.

El dia siguiente, para disimular el lugar donde quedaba el cuerpo, y encubrir la tristeza que ellos tenian, echaron *nueva por los Indios*, que el Gobernador estaba mejor de salud, y con esta novela subieron en sus caballos é hicieron muestras de mucha fiesta y regocijo, corriendo por el llano, y trayendo galopes por las hollas y encima de *la misma* sepultura: cosas bien diferentes y

contrarias de las que en sus corazones tenian, que deseando poner en el mauseolo, ó en la aguja de Julio Cesar al que tanto amaban y estimaban, lo hollasen ellos mismos para mayor dolor suyo; mas hacíanlo por evitar que los Indios le hiciesen otras mayores afrentas. Y para que la señal de la sepultura se perdiese del todo, no se habian contentado con que los caballos la hollasen, sino que antes de las fiestas habian mandado echar mucha agua por el llano y por las hollas, con achaque de que al correr no hiciesen polvo los caballos.

Todas éstas diligencias hicieron los Españoles por desmentir los Indios, y encubrir la tristeza y dolor que tenian; empero como se puede fingir mal el placer, ni disimular el pesar, que no se vea de muy lejos al que lo tiene, no pudieron los nuestros hacer tanto que los Indios no

sospechasen, así la muerte del Gobernador, como el lugar donde lo habian puesto: que pasando por el llano y por las hollas, se iban deteniendo, y con mucha *atencion miraban* á todas partes, hablaban unos con otros, señalaban con la barba, y guiñaban con los ojos ácia el puesto donde el cuerpo estaba.

Y como los *Españoles viesen y notasen* estos ademanes, y con ellos les creciese el primer temor, y la sospecha que habian tenido, acordaron sacarlo de donde estaba, y ponerlo en otra sepultura no tan cierta, donde el hallarlo, si los Indios lo *buscasen, les fuese mas dificultoso*; porque decian, que sospechando los infieles que el Gobernador quedaba allí, cabarian todo aquel llano hasta el centro, y no descansarian hasta haberlo hallado: por lo qual les pareció, seria bien *darle* por sepultura el *rio* grande; y antes

que lo pusiesen por obra quisieron ver la hondura del rio, si era suficiente para esconderlo en ella.

El contador Juan de Añasco, y los capitanes Juan de Guzman, Arias Tinoco, Alonso Romo de Cardeñosa, y Diego Arias, Alferez general del exército, tomaron el cargo de ver el rio, y llevando consigo un vizcayno, llamado Joanes de Abbadia, hombre de la mar, y gran ingeniero, lo sondaron una tarde con toda la disimulacion posible, haciendo muestras que andaban pescando, y regocijandose por el rio, porque los Indios no lo sintiesen, y hallaron que enmedio de la canal tenia diez y nueve brazas de fondo, y un quarto de legua de ancho, lo qual visto por los Españoles, determinaron sepultar en él al Gobernador; y porque en toda aquella comarca no habia piedra que echar con el cuerpo para que lo llevase á fondo, cor-

taron una muy gruesa encina, y á medida del altor de un hombre la socavaron por un lado, donde pudiesen meter el cuerpo, y la noche siguiente, con todo el *silencio posible*, *lo desenterraron*, y pusieron en el trozo de la encina, con tablas clavadas, que abrazaron el cuerpo por el otro lado, y así quedó como en una arca, y *con muchas lágrimas* y dolor de los sacerdotes y caballeros que se hallaron á este segundo entierro, lo pusieron enmedio de la corriente del rio, encomendando su ánima á Dios, y le vieron irse luego á fondo.

Estas fueron las obsequias tristes y lamentables que nuestros Españoles hicieron al cuerpo del Adelantado Hernando de Soto, su Capitan General, y Gobernador de los reynos y provincias de la Florida, indignas de un varon tan heroyco, aunque bien miradas, semejantes casi

en todo á las que mil ciento treinta y un años antes hicieron los Godos, antecesores de estos Españoles, á su Rey Alarico en Italia, en la provincia de Calabria, en el rio Bisento, junto á la ciudad de Cosencia.

Dixe semejantes casi en todo, porque estos Españoles son descendientes de aquellos Godos, las sepulturas ambas fueron rios, y los difuntos las cabezas y caudillos de su gente, y muy amados de ella; y los unos y los otros valentisimos hombres, que saliendo de sus tierras, y buscando donde poblar y hacer asiento, hicieron grandes hazañas en reynos agenos. Y aun la intencion de los unos y de los otros fue una misma, que fue sepultar sus capitanes donde sus cuerpos no se pudiesen hallar, aunque sus enemigos los buscasen. Solo difieren en que las obsequias de estos nacieron de

temor y piedad que á su Capitan General tuvieron, no maltratasen los Indios su cuerpo, y las de aquellos nacieron de presuncion y vanagloria que al mundo, *por honra y magestad de* su Rey, quisieron mostrar. Y para que se vea mejor la semejanza, será bien referir aquí el entierro que los Godos hicieron á su Rey Alarico, *para los que no lo saben.*

Aquel famoso Príncipe, habiéndo hecho innumerables hazañas por el mundo con su gente, y habiendo saqueado la imperial cuidad de Roma, que fue el primer saco que *padeció despues de su imperio y mo*narquia, á los 1162 años de su fundacion, y á los 412 del parto virginal de Nuestra Señora, quiso pasar á Sicilia, y habiendo estado en Regio, y tentado el pasage se volvió á Cosencia, forzado de la *mucha* tempestad que en la mar habia, don-

de falleció en pocos dias. Sus Godos, que le amaban muy mucho, celebraron sus obsequias con muchos y excesivos honores y grandezas; y entre otras inventaron una solemnisima y admirable, y fue, que á muchos cautivos que llevaban, mandaron divertir y sacar de madre al rio Bisento, y enmedio de su canal edificaron un solemne sepulcro, donde pusieron el cuerpo de su Rey con infinito tesoro: palabras son del Colenucio, y sin él lo dicen todos los historiadores antiguos y modernos, Españoles y no Españoles, que escriben de aquellos tiempos. Habiendo cubierto el sepulcro, mandaron volver á echar el rio á su antiguo camino; y los cautivos que habian trabajado en la obra, porque en algun tiempo no dixesen donde quedaba el Rey Alarico, los mataron todos.

Parecióme tocar aquí esta his-

toria, por la mucha semejanza que tiene con la nuestra, y por decir que la nobleza de estos nuestros Españoles, y la que hoy tiene toda España, sin contradicion alguna *viene de aquellos Godos*: porque despues de ellos no ha entrado en ella otra nacion sino los Alarabes de Berberia, quando la ganaron en tiempo del Rey Don Rodrigo. Mas *las pocas reliquias*, que de esos mismos Godos quedaron, los echaron poco á poco de toda España, y la poblaron como hoy está; y aun la descendencia de los Reyes de Castilla derechamente, sin haberse perdido la sangre *de ellos, viene de aquestos* Reyes Godos, en la qual antigüedad y magestad tan notoria hacen ventaja á todos los Reyes del mundo.

Todo lo que del testamento, muerte y obsequias del Adelantado Hernando de Soto hemos dicho, lo refieren ni mas ni menos Alonso de

Carmona, y Juan Coles en sus relaciones, y ambas añaden, que los Indios, no viendo al Gobernador, preguntaban por él; y que los Christianos les respondian, que Dios habia enviado á llamarle para mandarle grandes cosas que habia de hacer luego que volviese; y que con estas palabras, dichas por todos ellos, entretenian á los Indios.



ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE CONTIENE ESTE TOMO.

[redacted]



FIN DEL TOMO III.



